



ISBN: 978-84-09-27051-4

POR EL EXPRESIDIARIO PINILLO

HACEN FALTA CUATRO SIGLOS PARA ENTENDER A CERVANTES

HACEN FALTA CUATRO SIGLOS



PARA ENTENDER A CERVANTES

POR EL EXPRESIDIARIO PINILLO,
NATURAL VECINO DEL MUNDO

**HACEN FALTA CUATRO SIGLOS
PARA ENTENDER A CERVANTES**

HACEN FALTA CUATRO SIGLOS



PARA ENTENDER A CERVANTES

**POR EL EXPRESIDIARIO PINILLO,
NATURAL VECINO DEL MUNDO**

Hacen falta cuatro siglos para entender a Cervantes. Por el expresidiario pinillo, natural vecino del mundo, Valladolid, edición del autor, enero de 2021, tercera edición revisada, 140 págs. (ISBN 978-84-09-27051-4).

Primera edición: Valladolid, edición del autor, marzo de 2016, 202 págs. (ISBN 978-84-608-4719-9).

Segunda edición: Valladolid, edición del autor, junio de 2016, 160 págs. (ISBN 978-84-608-9488-9).



Este libro está disponible de forma gratuita en <https://goo.gl/XC7RSW> bajo una licencia Creative Commons «Reconocimiento-NoComercial» (CC BY-NC).

*En recuerdo
de mi amigo
Juan Manuel de Diego Bajón
(Mazi),
quien me dijo que tenía
que escribir esta novela.
Luego subió a un tren
y nos dejó.*

ÍNDICE

1. EL MAYOR ARCANO DE NUESTRAS LETRAS	9
2. IMITANDO AL IMITADOR	19
3. EN BUSCA DE AVELLANEDA	37
4. JERÓNIMO DE PASAMONTE Y EL <i>QUIJOTE</i> APÓCRIFO	59
5. DE FRAILES Y FIRMAS	77
6. NO HAY OTRO COMO GÓNGORA	87
7. UN MISTERIO DILUCIDADO	97
8. EL MENOR ARCANO DE NUESTRAS LETRAS	127
9. EL AUTOR Y SUS PERSONAJES	129

1. EL MAYOR ARCANO DE NUESTRAS LETRAS

La acción comienza en Lepanto el 7 de octubre de 1571 (se ve un rótulo con la fecha sobre la imagen). La cámara enfoca desde una distancia elevada el espantoso enfrentamiento entre turcos y cristianos, recogiendo las humaredas y los sonidos abruptos de los cañonazos. Poco a poco, va enfocando más de cerca la batalla, que resulta terriblemente espectacular, hasta que se centra en dos galeras enfrentadas (la cristiana lleva el nombre de *Marquesa*, y en ella pelea Miguel de Cervantes). Se ve a los oficiales jaleando, a los soldados combatiendo, recibiendo espadazos y arcabuzazos en la mano y el pecho, cayendo heridos, malheridos o muertos, muchos de ellos perdiéndose en el mar. La cámara da un giro brusco y se centra en otra galera cercana, cristiana, enfrentada a tres del turco, en la que se ve una escena parecida: los soldados pelean, son heridos burdamente o mueren. Penetrando mágicamente en las entrañas del barco, vemos el lugar donde se han quedado los enfermos. Y allí, sentado en el suelo, hay un joven de dieciocho años, grande de cuerpo, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, tapándose los oídos para no escuchar el sonido de la muerte, temblando. La cámara muestra un instante su aterrado semblante, y comprobamos que al mirar mete un ojo en el otro un poco. La imagen sale del vientre de la galera y va alejándose de la batalla, hasta que la vemos desde la misma altura que al principio (se aprecia fugazmente el pie del helicóptero en el que va la cámara). Y abajo, cristianos y turcos se matan salvajemente como si les fuera la vida en ello.

.

La escena salta al tiempo actual, concretamente a los primeros días de enero de 2016 (aparece un rótulo con la fecha en la pantalla), año en que se conmemoran los cuatrocientos años del fallecimiento de Miguel de Cervantes, que se produjo el 22 de abril de 1616.

Vemos los pasillos de una prisión, por los que un guardián con pinta de mastodonte conduce a trompicones a un preso, de

insignificante aspecto, hacia el despacho del director. El guardián llama a la puerta, e introduce al preso en el despacho, obligándolo a sentarse en la silla que hay frente al escritorio. Al otro lado está sentado el director, que tiene el rostro desfigurado y un aspecto aterrador, mucho más pavoroso que el del propio guardián, como si fuera una burla esperpéntica de los directores de prisión de otras películas. No has visto ni verás en tu vida una cara tan espantosa: diríase que dirige la cárcel por ser el más peligroso de cuantos la habitan.

—¿Fumas? —pregunta al preso.

—No.

El guardián hunde el pico de su porra en los riñones del preso, que cae al suelo retorciéndose de dolor, al tiempo que le explica cómo ha de dirigirse a su interlocutor: *No, señor director*.

—No, señor director —dice el preso con el hilo de voz que le ha quedado, tratando de incorporarse a la silla.

—Mejor para ti, porque no pensaba ofrecerte —responde el director—. Verás —continúa tras encender el cigarro y echarle el humo en la cara al preso—: he recibido un maldito encargo, relacionado con el cuarto centenario de la muerte de Cervantes. Al parecer, como Cervantes estuvo preso, al gilipollas del ministro no se le ha ocurrido otra estupidez que conmemorarlo en una cárcel, y nos ha tocado a nosotros. Vaya una idea de las narices. Si te he de ser sincero, me importan un carajo Cervantes y la madre que lo parió. Pero, ya que me han enredado en este asunto, espero sacar algún partido de ello. Y ahí intervienes tú.

»He de reconocer que me dejaste perplejo con tus dotes detectivescas, cuando, hace unos meses, solicitaste una entrevista para aclararme quién era aquel asesino en serie que traía en jaque a la pasma. Todo el cuerpo de policía, estando ahí fuera, no tenía ni un solo indicio de quién pudiera ser, y tú resolviste el misterio desde la trena, a través exclusivamente de las noticias que leías en los periódicos de la biblioteca. Hay que reconocer tu talento...

—Ya, pero fue usted quien se apuntó el tanto...

El guardián recuerda con otro golpe brutal, esta vez en la cabeza, el tratamiento que ha de emplear el preso. Este se reincorpora a duras penas, sangrando por la coronilla, y balbucea ...*señor director*.

—Ponte esto en la cabeza —le dice el director tendiéndole una toalla—, no vayas a dejarme el despacho perdido. Verás, quiero solicitar tu colaboración. He estado indagando sobre el asunto ese de Cervantes, y, al parecer, hay un misterio pendiente, relacionado con un

tal de Avellaneda. Cervantes publicó la primera parte del *Quijote* en 1605, y en 1614 se publicó una continuación apócrifa, conocida como el *Quijote* apócrifo o el *Quijote* de Avellaneda, ya que fue firmada con el nombre de «Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas». Y, en 1615, Cervantes publicó la segunda parte del *Quijote*, en cuyo prólogo dijo que el tal Avellaneda había fingido su nombre y su lugar de origen, pues, ni se llamaba como decía llamarse, ni era en realidad de Tordesillas. Y, desde entonces, la identidad de Avellaneda se ha convertido en un misterio irresoluble, que ha traído de cabeza a los investigadores durante siglos.

»La verdad es que me trae sin cuidado quién pudiera ser ese Avellaneda, pero, ya que me han metido en este embrollo, no estaría de más que yo mismo llegara a descubrir su identidad. ¿Te imaginas? No solo me presentaría ante la sociedad como el descubridor del más temible asesino en serie que la ha asolado, sino también como quien resolvió el misterio que se ha considerado, según dicen, el mayor arcano de nuestras letras. «Nuestras letras...». Vaya una expresión ridícula, esa de «nuestras letras...». Pero, en fin, he de mostrar mi enorme valía...

»Y, para ello, estoy seguro de que podré contar con tu ferviente colaboración. He investigado un poco sobre ti, y he comprobado que no tienes familia ni amigos fuera de la prisión. Pero sé que aquí dentro has hecho algunas amistades, como ese que llaman Polifemo, al que parece que has contagiado tu entusiasmo por la literatura.

La cámara enfoca el rostro del preso, en el que aparecen algunos signos de temor.

—¡Tu entusiasmo por la literatura! —prosigue sarcástico el director—. ¿Cómo se puede tener entusiasmo por la literatura? Mira, he empezado a leerme el *Quijote*, y no he podido pasar de la cuarta página. ¡Vaya un puto coñazo! Pero a ti y al tal Polifemo, por lo visto, os gusta mucho la literatura. Y no sé si también le gustará mucho a la doctora Pérez, con la que parece llevarte muy bien..., ¿verdad?

La cámara vuelve a enfocar la cara del preso, en la que se acrecientan los signos de temor.

—Sí... —prosigue el director, recreándose en percibir el efecto de sus palabras en el recluso—, creo que has hecho buenas migas con esos dos. Y sería una lástima que les pasara algo. Supongo que no tendrás mucho aprecio por tu propia vida, pero tal vez sí que te importe lo que les pueda ocurrir a ellos. Y especialmente a tu preciosa doctora. Hay gente tan desalmada en esta prisión... Y no querrás que una panda de

degenerados vaya a hacerle algo terrible, ¿verdad? A mí mismo no me importaría divertirme con ella un rato...

»Pero no tiene por qué pasarles nada: tú me resuelves el misterio de Avellaneda, y en paz. ¿Estamos de acuerdo?

El preso asiente.

—Pues entonces, no se hable más. Tienes de plazo hasta el 22 de abril, en que celebraremos el evento. Y, por supuesto, ni una palabra de esto a nadie, y menos a esos dos amigos tuyos, si no quieres que acaben mal. Podrás acceder a los libros que te hagan falta a través de la biblioteca de la prisión. No me interesan tus progresos, pero quiero que el misterio se resuelva en la fecha prevista. Incluso puede que te deje esta vez figurar como su descubridor, pues lo importante es que se aclare en la prisión que dirijo yo.

»Y vete ya a que te cosa esa brecha tu querida doctora, que me estás dejando el despacho lleno de sangre. Dile que te has caído por las escaleras, o por donde te apetezca haberte caído. ¡Largo de aquí!

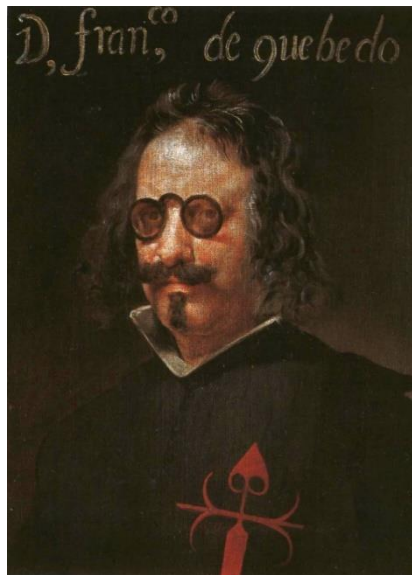
El guardián agarra al preso por el cuello de la camisa y lo saca a rastras del despacho, conduciéndolo a golpes hasta la enfermería. Cuando el guardián se va, el preso se quita la ensangrentada camisa, dejando al descubierto un pequeño teléfono móvil que llevaba pegado al pecho con un trozo de esparadrapo.

.

Vemos ahora en la pantalla una especie de anejo que hay al final de la enfermería, donde meriendan tranquilamente, en torno a una mesa camilla, tres personajes de unos treinta y tantos años que parecen salidos de otro mundo ficcional, seguramente inconcluso («Para qué terminar una obra de arte —decía Pasolini—, si es tan bello soñar con ella»). Se trata de Beatriz, que viste una bata blanca, distintivo de su condición de doctora de la prisión, y de dos reclusos que gozan de un inexplicable trato de favor: pinillo, de tan insignificante presencia que hasta su apellido se escribe con minúscula, a quien hemos visto cómo le abrían la cabeza en la escena anterior (de lo que da fe la venda que cubre su coronilla), y el Poli, conocido en la cárcel como Polifemo, debido a su ciclópeo tamaño, al parche que lleva en el ojo y a su increíble afición por la *Fábula de Polifemo y Galatea*, que otrora, cuando pinillo le enseñara a descifrarla, había recitado con su enorme vozarrón por el patio de la prisión, provocando la pasión de la chusma hacia los versos de Góngora.

Nunca estuvo muy claro cómo se las había arreglado la doctora para compartir cada tarde merienda y conversación con los dos reclusos, pero lo cierto es que, antes de abandonar la prisión, se reunía con ellos en el botiquín, lo que representaba para los tres el momento más agradable del día. Hay quien dice que la doctora llegó a arreglárselas para sacar algunas noches a pinillo de la prisión, reingresándolo por la mañana sin que nadie se enterase, pero esa es otra película. Y a ti te interesa esta.

pinillo es aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, y pasa los ratos libres devorando todo lo digerible que hay en la biblioteca de la prisión. Afortunadamente, el bibliotecario se porta bien con él, y trata de conseguir los libros que pinillo le solicita. Se llama Paco Cevallos, aunque le llaman Paco Gento, o, simplemente, *Gento*, apodo irónico que seguramente le puso algún conocedor del veloz jugador de fútbol, pues tiene deformes los pies, es lento al caminar y tarda bastante tiempo en buscar los libros que le solicitan. Aunque, si quien así le bautizó hubiera tenido conocimientos que traspasaran el ámbito futbolístico, podría haberle puesto un apodo literario, pues no solo cojea al andar, sino que lleva media melena, bigote y perilla, y porta unas gafas de montura negra, cristales redondos y patillas transparentes, como si hubiera querido disfrazarse de Quevedo.



**Retrato de Francisco de Quevedo (1580-1645), correspondiente
a una copia del original perdido de Velázquez (1599-1660)
atribuida a Juan van der Hamen (1596-1631)**

Cuando Gento no puede conseguirle algún libro, pinillo se lo encarga a Beatriz, y ella trata de satisfacerle, pues tiene —como bien sospechara el pérfido director— una relación especial con él. Cuando acaba los libros, el Poli los reclama, y, aunque no puede seguir el ritmo voraz de pinillo, va digiriendo trabajosamente casi todas las obras de interés que pinillo le aconseja. pinillo acaba de releer el *Quijote* de Miguel de Cervantes (1547-1616), y la conversación que vamos a presenciar versa sobre esa obra.

pinillo.— Me ha llamado especialmente la atención el orgullo que muestra Cervantes en el prólogo de la segunda parte de su *Quijote* por su participación en la batalla de Lepanto, de la que salió gravemente herido, pues recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó maltrecha, motivo por el que se le conoce como «el manco de Lepanto». Y respondiendo en su prólogo al tal de Avellaneda, que hizo una continuación apócrifa de su primera parte, conocida como el *Quijote* apócrifo o el *Quijote* de Avellaneda, se jacta de las heridas recibidas. Es el tópico del soldado-escritor, común a otros grandes autores de la época, como Camões (y, por cierto, Poli, si quieres leer algo bueno, cuando termines el *Quijote* puedes acometer *Os Lusíadas*, y a ser posible en portugués, que se entiende relativamente bien).

POLIFEMO.— ¿En portugués? Si casi no sé leer ni en español, y tengo que desentrañar la mitad de las palabras de las obras que me pasas, ¿y quieres que lea eso en portugués? pinillo, pon los pies en la tierra: agradezco tu vocación de instruirme, pues he encontrado un pasatiempo que ni podía imaginar que existiera. Si ya es admirable que los seres humanos podamos hablar, convertir el lenguaje en literatura resulta maravilloso. El placer que me causa la lectura es superior a cualquier otro que hubiera experimentado, y compadezco a quienes no sean capaces de obtenerlo; pero también tengo mis limitaciones, que saltan a la vista, y hasta tú podrías darte cuenta de ellas.

pinillo.— Estos soldados-literatos se mostraban orgullosos de su doble condición, equiparando la nobleza de sus dos ocupaciones. Sin embargo, la guerra no puede considerarse una actividad noble, pues es estúpida y cruel. Hay algo que siempre me ha sorprendido al repasar la historia de la humanidad: ¿cómo es posible que tantos miles y miles de hombres se hayan dejado convencer para ir a morir o quedar lisiados en las interminables guerras que ha habido? Es obvio que la guerra es un negocio que solo beneficia a los poderosos que la impulsan, y que solo suyos serán los beneficios de una posible victoria, y asombra que haya

habido tanto infeliz que se dejara convencer para participar en una farsa sangrienta que nada tenía que ver con él.

BEATRIZ.— Siempre he pensado que hay en nosotros cierta disposición genética a aceptar las jerarquías. Al igual que los lobos o los chimpancés establecen jerarquías de forma instintiva en sus manadas, presiento que también llevamos inscrita en nuestros genes la tendencia a aceptar la autoridad de unos pocos sobre los demás. De otra manera, no se explica cómo hay unos cuantos sujetos en el mundo que acumulan más riqueza que la mayor parte de la población, sin que esta se rebele para remediarlo, o que los hombres se dejen conducir a las guerras como si fueran ovejas. Obviamente, los sujetos que ostentan el poder esgrimen todo tipo de amenazas y argumentos para convencer a las masas de que las cosas han de ser como a ellos les conviene, pero sus razonamientos son tan endeble que solo pueden sustentarse en una predisposición innata a asumirlas. No encuentro otra explicación a la injusticia que asola a las sociedades humanas, ni a la estupidez manifiesta de las guerras. ¿Crímenes de guerra? ¡La guerra es un crimen! Un crimen masivo y legal, y admitido, al parecer, como algo connatural a nuestra especie.

POLIFEMO.— Y el pobre infeliz de Cervantes se mostraba orgulloso de que le hubieran embaucado para participar en esa guerra... Es curioso, pues he leído ya la primera parte del *Quijote*, y buena parte de la segunda, y su autor parece en muchos aspectos una persona cabal, liberal y comprensiva, tremendamente inteligente, irónica y divertida (aunque la primera parte es mucho más graciosa que la segunda: alguien debería explicarme por qué). Pero no entiendo cómo pudo jactarse de haber participado en una batallita que ni le iba ni le venía, y de la que encima salió lisiado. Sospecho que tendría algún motivo añadido para tener que presumir de eso. Yo, desde luego, me habría quedado en la cámara de la galera con los enfermos. ¿Y dices que hay un tercer *Quijote*, escrito por un tal de la Avellana?

pinillo.— Avellaneda. Sí, a Cervantes le ocurrió lo mismo que a Mateo Alemán. Pásame el chorizo, por favor. Y un poco de tinto. En 1599, Mateo Alemán publicó en Sevilla una novela picaresca titulada *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, que fue la primera novela moderna de cierta extensión, y tuvo una gran repercusión. Y en 1602, queriéndose aprovechar del éxito de Alemán, otro autor editó en Valencia una continuación de su obra, titulada *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, firmada falsamente por «Mateo Luján de Sayavedra, natural vecino de Sevilla». En aquella época era

frecuente la continuación de obras ajenas, pero solo se consideraba lícito si el primer autor había fallecido o no podía escribir la continuación. Y ese, desde luego, no era el caso de Alemán, que estaba vivo y coleando. Entonces no existía nada parecido a los derechos de autor, y a Alemán no tenía otra forma de responder que publicando la verdadera segunda parte de su *Guzmán*, con la esperanza de que fuera asimilada a la primera y se condenara al ostracismo la del imitador. Así que, en 1604, publicó en Lisboa la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, en cuya portada se indicaba que había sido compuesta «Por Mateo Alemán, su verdadero autor». En los preliminares de esta segunda parte, Mateo Alemán denunció que su rival había fingido su nombre y su patria, denunciando que no era de Sevilla, sino valenciano. Atraía así la atención del lector hacia la posible revelación de su verdadera identidad en el cuerpo de la novela, en el cual satisfizo las expectativas creadas indicando quién era en realidad: Juan Martí.

Poco después, a principios de 1605, se publicó en Madrid *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, «Compuesto por Miguel de Cervantes». Este sin duda quiso obtener un éxito editorial similar al de Alemán, cuyo caso conocía bien, y lo cierto es que la primera parte del *Quijote* tuvo mucha fortuna, aunque no tanta como el *Guzmán*. Y nueve años después, en 1614, se editó en Tarragona un libro titulado *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, firmado por «el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas».

Así pues, a Cervantes le surgió, como a Alemán, un continuador de su obra. Y siguiendo el ejemplo de Alemán, Cervantes compuso la verdadera segunda parte del *Quijote*, la cual se publicó en Madrid en 1615, con el título *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. En su portada figuraba que había sido compuesta por «Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte».

Y en el prólogo de la segunda parte de su *Quijote*, Cervantes denunció que su rival había encubierto su nombre y fingido su patria. Por eso sabemos que el nombre y los apellidos de Avellaneda son falsos. Pero si Cervantes mostró tanta contundencia al afirmar que Avellaneda había fingido su nombre y su patria, muy probablemente se debiera a que sabía quién era en realidad. De lo contrario, ¿cómo podría asegurar que había encubierto su identidad?

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibralfco, Conde de Benalcazar, y Bañar-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



Año,

1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey año señor.

SEGUNDO
TOMO DEL
INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA,
que contiene su tercera salida : y es la
quinta parte de sus aventuras.

*Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de
Avellaneda, natural de la Villa de
Tordesillas.*

Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble
villa del Argameñilla, patria feliz del hidal-
go Cavallero Don Quixote
de la Mancha.



Con Licencia, En Tarragona en casa de Felipe
Roberto, Año 1614.

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QUIXOTE DE LA
MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Ler-
mos, de Andrade, y de Villalva, Marques de Sarria, Gentil-
hombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la
Encomienda de Peñafiel, y la Zarca de la Orden de Al-
cantara, Virrey, Governador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, y Presidente del su-
premo Consejo de Italia.



Año

1615

CON PRIVILEGIO,

En Madrid, Por Iuan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N.S.

Portadas de la primera parte del *Quijote* de Cervantes (1605),
del *Quijote* apócrifo de Avellaneda (1614)
y de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes (1615)

Por otra parte, si Alemán denunció en su prólogo que su rival había fingido su nombre y su lugar de origen, y reveló su verdadera identidad en el cuerpo de la novela, es posible que Cervantes hiciera lo mismo, y que no solo declarara en su prólogo la falsedad de su rival, sino que dejara en el interior de su novela algunas pistas sobre la identidad de Avellaneda. Pero apenas sé nada sobre el tal Avellaneda, salvo lo que dice de él Cervantes, que lo pone a caer de un burro.

POLIFEMO.— Pues no sé qué esperas para leer ese tercer *Quijote* de la Avellana.

pinillo.— De Avellaneda. Sí, no estaría mal leerlo, pues lo cierto es que ya me ha picado la curiosidad.

»De hecho, en cierta ocasión en que charlábamos en un bar, un amigo mío muy querido se sorprendió de que, habiendo yo estudiado filología, no hubiera leído el *Quijote* apócrifo. Desgraciadamente, mi amigo murió en el famoso accidente de tren que se produjo el 24 de julio de 2013 cerca de Santiago de Compostela, por lo que ya no podría decirle que lo he leído. Pero lo haré en su honor, y trataré de adivinar en su honor quién era el tal Avellaneda.

»Según tengo entendido, la identidad de Avellaneda se ha considerado el mayor arcano de nuestras letras, y sigue siendo un misterio irresoluble. Podríamos pedirle a Gento que nos consiguiera una edición del *Quijote* apócrifo y empezar las pesquisas. Os animo a que resolvamos el misterio desde la trena. A fin de cuentas, se dice que el *Quijote* se engendró en una cárcel (concretamente, en la de Sevilla, donde Cervantes estuvo preso por no poder pagar sus deudas a finales de 1597 y principios de 1598), así que bien podríamos descubrir a su rival en otra. Y estoy seguro de que podremos hacerlo a través de la lectura de los libros relacionados con el asunto, en los que sus autores debieron de dejar un buen número de pistas. Indaguemos en esos libros para solucionar el misterio.

BEATRIZ.— Dudo mucho que vayáis a aclarar un caso que no se ha resuelto en cuatro siglos, pero me parece muy bien que juguéis a ser detectives literarios, pues eso puede entreteneros durante el tiempo que estéis encerrados: el brillante pinilloholmes y su ayudante, Poliwatson. ¿Me pasas, por favor, un poco de queso? Espero, pinillo, que no te metas tanto en el papel que te vuelvas drogadicto, teniendo aquí a mano algunas sustancias propicias.

pinillo.— Prometo conformarme con nuestras meriendas.

POLIFEMO.— Y yo. ¡Ay que ver cómo estaba este morcón! ¿Queréis un café y un chupito?

2. IMITANDO AL IMITADOR

La imagen muestra una nueva merienda en la enfermería.

—Nunca me he atrevido a preguntártelo, Poli —dice Beatriz extendiendo la sobrasada—, pero me corroe la curiosidad: ¿Tú por qué estás aquí?

—La verdad, doctora, preferiría no hablar de eso.

—Perdona, no quería ofenderte...

—No, sí no es a mí a quien le puede molestar...

—No te preocupes —tercia pinillo—. Lo tengo muy asumido.

—De todas formas —dice el Poli—, es mejor olvidarlo.

—Ya habías estado antes en la cárcel, ¿verdad? —se interesa Beatriz.

—Es mi segundo hogar. Lo echo de menos cuando estoy ahí fuera.

—En cualquier caso —apunta pinillo—, no te duran demasiado los periodos de añoranza.

—Eso es verdad. Siempre me acaban trincando por bobadas.

—Entonces, ¿no estás aquí por algo serio? —insiste Beatriz.

—No, qué va. Esta vez casi tuve que rogarles que me encerraran.

—¿Y eso?

—La falta de coincidencia en nuestros planteamientos vitales. Solo me agarran cuando no quiero entrar, y, para una vez que quiero, el gilipollas del juez me absuelve. Tuve que darle un tortazo.

—¿Le diste un tortazo al juez?

—Pero no demasiado fuerte. Por extraño que parezca, no soy tan mala persona. Solo fue para que me encerraran. Cuando les doy, siempre me encierran.

—¿Ya te habían encerrado antes por pegar a un juez?

—No, nunca le había dado a un juez. No suelen frecuentar los mismos sitios que yo. Me refería a la policía.

—¿Has pegado a un policía?

—A muchos. En ocasiones, no queda más remedio. Y parece que les gusta, porque desde la primera vez que aticé a uno se me echan encima a la menor excusa.

—¿Y cómo fue esa primera vez?

—Yo no quería darle a un poli. Era muy joven, y aún no me había

metido en ninguna trifulca. Pero vino a por mí y tuve que sacudirle.

La voz de Polifemo se monta sobre una escena en la que vamos viendo lo que cuenta.

»Fue en una plaza de toros. «Las Compras», o algo así. Yo nunca había ido a los toros, y un amigo me convenció para que fuera. Lo hice a regañadientes. Y ahí estoy yo, sentado en el tendido, esperando ver salir al animal. Por fin, sale trotando. Se llama «Conrado», 560 kilos, bragado, largo de cuello, bravío, corniapretado. Precioso. Y aunque parece arrogante, lo noto asustado. No puede entender por qué le cerca esa masa de seres vociferantes, desearía estar corriendo en libertad por su dehesa. Lo incitan. Él se defiende atacando, y lo burlan. Una y otra vez lo burlan, lo burlan, lo burlan. El griterío aumenta a medida que lo burlan. Le hincan una tea en las espaldas, más y más adentro, y él no puede hacer nada por librarse. Y más y más teas. Se teme lo peor: *¡Me han traído aquí para matarme!*

Pobre Conrado, no puedo soportarlo. Como siempre he sido un animal, me pongo de su parte. Salto al ruedo, y me dirijo decidido hacia el artista. *¡Un espontáneo, un espontáneo!*, gritan a mis espaldas, y noto que corren hacia mí con intención de detenerme. Me vuelvo furioso y arreo un mamporro al primero que se me acerca. Al verlo salir despedido, los demás se lo piensan y se paran. Conrado me mira sorprendido, aunque algo desconfiado. *A mí no me ataques, ¿eh?, que soy tu amigo* —le digo—, y voy con su venia hacia el diestro, lo cojo por el cuello con la siniestra, lo elevo en el aire mostrándolo al respetable y le doy de tortas hasta cansarme. Después, lo suelto, cae de bruces en la arena, queda a gatas, y de una patada en el culo lo cuelgo del burladero. Toda la plaza enmudece. Conrado ríe, y me muge agradecido. Le devuelvo el mugido, le acaricio la jeta, lo cojo por el cuerpo y lo llevo casi en volandas hasta el toril. Reviento la puerta a golpes y lo dejo con sus colegas, que me saludan alborozados. Son Famoso, Mocetón, Mofletudo, Licenciado, Cariñoso, Penitente y Micuñado: buena gente, simpática y agradable donde la haya, con la que estamos muy a gusto un buen rato.

La imagen vuelve a la cárcel, y Polifemo concluye su relato:

—¡...Y luego me vienen con que es más grave dar dos tortas al torero que lo que él iba a hacerle a Conrado...! Y el tío al que le di el mamporro resultó ser policía, y salió muy mal parado. Tanto, que me encerraron. Desde entonces, procuro darles más flojo, pero me han seguido encerrando.

.

La imagen muestra la portada blanca y azul de la última edición del *Quijote* de Avellaneda, sostenida por las manos de pinillo. Al abrirse el enfoque, vemos que pinillo está leyéndola tendido en el camastro de su celda, totalmente enfrascado en la lectura, con cara de enorme satisfacción. Su compañero de alojamiento, de buen porte y apuesto, le dice *Llevas cuatro horas seguidas leyendo ese libro. ¿Tan bueno es, o es que estás atolondrao?* Y pinillo no responde, pues ni se entera de que le ha hablado.

.

—Escuchad —dice pinillo en la enfermería—: en la versión que he leído del *Quijote* de Avellaneda, el editor trata de mostrar que el autor apócrifo pudo ser Lope de Vega, o varios amigos suyos. Sus argumentos no son concluyentes, pero me han entrado unas ganas enormes de leer algunas obras de Lope, para poder entender el contexto literario del momento. Veré qué puede conseguirme Gento, y te agradecería mucho, Beatriz, que me buscaras lo que él no pueda encontrar.

—Pero ¿qué te ha parecido ese tercer *Quijote*? ¿Es tan bueno como los otros dos? Acabo de terminar la segunda parte de Cervantes, y, aunque ya os dije que no me parecía tan divertida como la primera, no cabe duda de que tiene su encanto.

—Ni me parece tan malo como dice Cervantes, ni tan bueno que pueda igualarse a ninguna de sus dos partes. Básicamente, es un libro humorístico que reproduce las situaciones de la primera parte del *Quijote* cervantino. Avellaneda convierte a don Quijote en un completo fante (supongo que tendría sus motivos para hacerlo), y Sancho, que se comporta como los simples de las comedias de la época, es el auténtico protagonista: tonto a más no poder, pero con sus chispas de ingenio e indudable gracia. La obra es divertida y se lee bien, aunque su autor carezca por completo de la virtud que más me gusta de Cervantes: su agudísimo empleo de la ironía.

»El argumento del *Quijote* apócrifo podría resumirse así:

Una vez llevado a su aldea, don Quijote recupera la razón. Un personaje llamado don Álvaro Tarfe pasa por el pueblo de don Quijote, le dice que se dirige a Zaragoza y le pide que le guarde sus lucientes

armas hasta su vuelta. Cuando don Álvaro Tarfe parte, don Quijote vuelve a delirar, se pone las armas que le han confiado y, creyéndose de nuevo un caballero andante, se dirige a Zaragoza. Allí se reencuentra con don Álvaro Tarfe, el cual tiene un amigo llamado don Carlos. Y esta pareja de nobles organiza todas las burlas a las que es sometido don Quijote en Zaragoza, y se las ingenia para dirigirlo después a Madrid, para que sirva de divertimento a la nobleza cortesana. En su viaje hacia Madrid, don Quijote se encuentra con el soldado Antonio de Bracamonte y con la vieja prostituta Bárbara de Villatobos, a la que toma por la hermosa Zenobia, reina de las Amazonas. En Madrid, don Quijote es sometido a toda clase de burlas por parte de los nobles, uno de los cuales se hace pasar por el «Archipámpano de Sevilla». Cuando los nobles se cansan de burlar a don Quijote, deciden ingresarlo en el manicomio de Toledo, y Sancho se queda al servicio del Archipámpano. Por último, se promete un nuevo libro, en el que se contarían las aventuras que don Quijote, tras salir del manicomio, viviría en Castilla la Vieja.

»Pero lo de menos es la obra en sí, que no he leído para entretenerme ni para degustarla, sino con afán de explorador. A medida que la leía, se agudizaba más el deseo de descubrir a su verdadero autor.

.

Aparece en primer plano la portada de una edición de *La Arcadia* (1598), de Lope de Vega, sostenida por las manos de pinillo. Al abrirse el enfoque, vemos que pinillo está leyéndola tendido en la cama de su celda. La cara de su compañero, de buen porte y apuesto, se esconde tras la portada blanca y azul del *Quijote* de Avellaneda, que devora con enorme satisfacción, como si estuviera totalmente *atolondrado*.

.

A la hora de la merienda, vemos a pinillo nervioso, deseoso de contar su hallazgo.

—Es increíble lo que he descubierto. No os lo vais a creer...

—Por mí puedes ir contando lo que quieras, siempre que mientras le hincamos el diente a lo que hay sobre la mesa... Algún día, Beatriz, nos explicarás cómo te las ingenias para conseguir todo esto.

—Forma parte del secreto del juramento hipocrático.

—¿Del secreto de qué?

—Veréis, voy a tratar de ser muy conciso, especialmente para que no os comáis y bebáis todo mientras dure mi disertación.

»En 1585, cinco años después de ser liberado de su cautiverio en Argel, y a punto de cumplir los treinta y ocho, Cervantes publicó su primera obra literaria, una novela pastoril titulada *La Galatea*, que pasó con más pena que gloria. Sin embargo, Lope de Vega publicó en 1598 otra novela pastoril, *La Arcadia*, que obtuvo un éxito notorio. Además, la nueva comedia inspirada por Lope de Vega se había ido imponiendo con fuerza en los teatros de toda España. En un principio, antes del surgimiento de Lope de Vega, que era unos quince años más joven que él, Cervantes no había tenido dificultades para vender sus comedias a los directores teatrales. Pero, tras el afianzamiento de la comedia lopesca, los directores dejaron de comprarle sus comedias, pues el vulgo solo quería asistir a las nuevas comedias escritas al estilo de Lope de Vega, en las que, como este defendía en su *Arte nuevo de hacer comedias*, se mezclaba lo trágico con lo cómico y no se respetaban las normas de las comedias tradicionales.

—¿Es en esa obra dónde Lope escribió aquellos versos sobre sus comedias y los gustos del vulgo? —dice Beatriz, que, como veis, no solo se interesa por la medicina—. Si no recuerdo mal, decían así:

...como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

—En efecto —dice pinillo sorprendido—. Veo que tienes buena memoria. El caso es que las comedias de Lope de Vega, compuestas para ser apreciadas por el vulgo, tuvieron un éxito impresionante. Además, Lope fue sumamente prolífico, y compuso un número desorbitado de comedias. Así que Cervantes, que en un principio mantuvo buenas relaciones con Lope de Vega, vio como este no solo le cerraba las puertas del teatro, sino que había obtenido un éxito con su novela pastoril, *La Arcadia*, que Cervantes no había alcanzado con la suya. Y la respuesta de Cervantes —y esto es lo que he descubierto— consistió en imitar a Lope para mostrarle su superioridad, criticarlo duramente y burlarse de él en la primera parte del *Quijote*.

»Mirad, esta es la primera edición de *La Arcadia*, en la que figura el retrato de Lope de Vega:



Retrato de Lope de Vega (1562-1635) incluido en la primera edición de *La Arcadia* (Madrid, Luis Sánchez, 1598)

—¡Pero si es idéntico a Félix el Monstruo, tu compañero de celda!
—dice el Poli.

—Sí. A mí también me ha asombrado el parecido. Es realmente sorprendente...

»En fin, a lo que iba: Cervantes sin duda se creía superior en el ámbito de la narración al autor más valorado del momento, Lope de Vega. Y, para mostrárselo, compuso un episodio de la primera parte del *Quijote* (protagonizado por Cardenio, Luscinda y don Fernando) en el que imitó y desarrolló, haciéndolo más atractivo, un pasaje de *La Arcadia* de Lope de Vega, protagonizado por un pastor llamado Celio, que se caracterizaba —como ya sugiere su nombre— por ser celoso.

»Por otra parte, el protagonista de *La Arcadia* se llama Anfriso, y representa al propio Lope de Vega, pues este acostumbraba a reflejar sus vivencias amorosas en sus obras, atribuyéndoselas a sus personajes. En *La Arcadia*, Anfriso también enloquece de celos cuando ve que su amada lo abandona por otro pastor más rico (es lo que le había pasado al propio Lope, que enloqueció de celos cuando su amada Elena Osorio lo abandonó para irse con un hombre adinerado), y comienza a hacer todo tipo de disparates. Pues bien, en el episodio de la penitencia en Sierra Morena de don Quijote, este realiza de forma satírica las mismas

locuras que hacía Anfriso, burlándose claramente de él. Y como Anfriso representaba a su autor, Cervantes satirizó al propio Lope de Vega.

»Y en la conversación entre el cura y el canónigo de Toledo, también inserta en la primera parte del *Quijote*, Cervantes atacó duramente el manuscrito del *Arte nuevo de hacer comedias*, de Lope de Vega, y las propias comedias del Fénix.

—¿Del Fénix?

—Es el sobrenombre que se adjudica a Lope de Vega, tildado, según creo recordar, de «Fénix de los ingenios» —dice Beatriz.

—Así es. Por lo tanto, en la primera parte del *Quijote*, Cervantes imitó y atacó a Lope de Vega.

—Lo que quiere decir —y ahí es donde supongo que quieres ir a parar— que Lope de Vega tendría motivos para responder a la burla y la imitación cervantinas, escribiendo el *Quijote* apócrifo.

—En efecto. Muy aguda. Pero hay algo que no me cuadra...

.

La imagen pasa a ser como la de las películas mudas, a pesar de que lo que vamos a ver no tenga nada de cómico. Parte de la soldadesca, moviéndose con la celeridad propia de esas películas, celebra efusivamente la victoria de Lepanto (1571), aunque muchos de los soldados, gravemente heridos, no tengan ningún ánimo para hacerlo. Vemos alternativamente las cubiertas de las galeras cristianas, en las que los soldados profieren vítores y aclamaciones, y sus cámaras, donde yacen los heridos retorciéndose de dolor, hasta que se funde la imagen.

Aparecen luego un cartel que dice lo siguiente: «En 1573, los soldados cristianos, entre los que se encontraba Miguel de Cervantes, fueron a tomar Túnez». Pero la imagen no muestra la galera de Cervantes, sino otra en la que va el mismo corpulento joven, ya con veinte años, al que antes vimos aterrorizado en la batalla de Lepanto, el cual —ahora sí— parece dispuesto a combatir. Los cristianos desembarcan, y van tomando sin resistencia la tunecina plaza de La Goleta, pues los turcos, en los que aún pesa la derrota de Lepanto, se dan a la fuga, lo que se confirma en otro cartel: «Huyéronse los moros y turcos de espanto, y los cristianos tomaron la ciudad sin pelear». La imagen se recrea en mostrar otra vez el júbilo de los cristianos, que dan saltos nerviosos por tan fácil victoria. La pantalla queda en negro.

Después se ven varias galeras que abandonan Túnez, y un cartel indica lo siguiente: «El tercio en el que militaba Cervantes se retiró a

invernar a Cerdeña». La imagen vuelve sobre Túnez: «Quedaron ocho mil hombres en La Goleta». La cámara se va acercando a los soldados que hay en el fuerte, y entre ellos vemos al joven corpulento de veinte años que tanto sufrió en Lepanto, cuyo semblante desconsolado, ahora podemos apreciarlo bien, es el mismo que el de Polifemo. (Y es que en esta película no solo Félix el Monstruo es idéntico a Lope de Vega, sino que los personajes antiguos son representados por los mismos actores que los modernos: así que un mismo actor representa a Polifemo y al corpulento soldado que se queda en La Goleta).

«Los cristianos estuvieron en Túnez un año» —dice un cartel—. Y aparece de pronto, con una música de fondo que sugiere el peligro, la armada turquesca cerniéndose sobre Túnez: «Y en 1574 vino la armada del turco sobre ellos con trescientas galeras y veinte galeazas». Se muestra el desembarco de los turcos, como hormiguitas excitadas que se dirigen a tomar el lugar, donde ocho mil cristianos, que mueven sus espadas y disparan sus cañones aceleradamente, se disponen a ofrecer resistencia. «Y en término de cincuenta y tres días se perdió La Goleta y Túnez». En una impactante escena filmada de cerca y ralentizada, el joven corpulento recibe varias heridas, hasta que un arcabuzazo le atraviesa el cuello. Sentimos el estrépito mudo que hace al caer.

Vemos luego el siguiente cartel: «Muchos de los cristianos fueron vendidos como esclavos, y algunos llevados a Constantinopla». Y entre ellos se encuentra nuestro corpulento joven, que ha conseguido sobrevivir, aunque sus heridas le provocan muchísimo dolor. Los turcos enfilan a los cautivos hacia las galeras, y en una de ellas es encerrado el joven cristiano, que es conducido a tierras turcas. Se funde la imagen durante algún tiempo, indicando que pasaremos a otro asunto.

Aparece ahora en pantalla otra galera que surca el Mediterráneo, y un cartel anuncia lo siguiente: «En septiembre de 1575, tras su etapa como soldado, Miguel de Cervantes regresa a España». Cervantes sale de Nápoles rumbo a Barcelona, en una flotilla formada por cuatro galeras españolas. Una tempestad las dispersa, y la galera *El Sol*, en la que viaja Cervantes, es embestida cerca de la costa catalana por corsarios berberiscos. Los españoles oponen fuerte resistencia, pero muchos perecen y otros son capturados y trasladados a los navíos argelinos. Llega entonces el resto de la flotilla española, y los corsarios se ven obligados a abandonar la galera española y a huir con sus cautivos, a los que en tres días conducen a Argel. El 29 de septiembre, día en que Miguel cumple 28 años, avistan las murallas de la populosa y rica ciudad. La desolación de los cautivos es abrumadora. La cámara

se va acercando al rostro de Miguel, y percibimos ahora que el actor que lo interpreta es el mismo que hace de pinillo, si bien el rostro de Cervantes aparece barbado y el de pinillo no¹.

En un cartel se indica lo siguiente: «Miguel de Cervantes estaría cinco años cautivo en Argel».

.

pinillo está en su celda con su compañero, el Monstruo, y ambos comentan los ejemplares de la primera parte del *Quijote*, del *Quijote* de Avellaneda y de una novela de Lope de Vega titulada *El peregrino en su patria*, con expresiones del tipo «Mira lo que pone aquí», «Y mira lo que dice este»...

pinillo tiene en sus manos el *Quijote* de Avellaneda, abierto por su prólogo, y pregunta a su compañero:

—Si tú fueras Lope de Vega, ¿habrías escrito esto?

—Por supuesto que no —contesta el Monstruo.

.

De nuevo en la enfermería, pinillo trata de explicarse ante Beatriz y el Poli:

¹ A diferencia de lo que ocurriría con un espectador directo de la película, que vería en todo momento las equivalencias apuntadas, tú, lector(a)-espectador(a), has de hacer un mínimo esfuerzo para recordarlas: un mismo actor representará a Félix el Monstruo (el compañero de celda de pinillo) y a Lope de Vega; otro, a pinillo y a Cervantes; y un tercero, a Polifemo y al joven corpulento que, tras sufrir aterrado en Lepanto, fue capturado por los turcos en La Goleta.

Por lo demás, no se conserva ningún retrato de Cervantes, salvo el que él mismo se hizo por escrito, teniendo unos sesenta y cinco años, en el prólogo de las *Novelas ejemplares* (1613), para burlarse de los retratos que Mateo Alemán y Lope de Vega habían incluido en sus obras:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*...

—Lo que no me cuadraba es lo siguiente: Avellaneda defendió a Lope de Vega contra los ataques de Cervantes, pero lo hizo de forma distinta a como se defendió el propio Lope. En la primera parte del *Quijote*, Cervantes había acusado a Lope de Vega de que no guardaba las normas tradicionales de las comedias, convirtiéndolas en «mercadería vendible». Avellaneda, en su prólogo, defendía a Lope, aduciendo que sus comedias sí que se ajustaban a las normas tradicionales. Pero el propio Lope de Vega, en el prólogo de su novela *El peregrino en su patria*, se defendía de esa misma acusación diciendo que no estaba dispuesto a respetar esas normas, pues, si lo hiciera, sus comedias no agradarían a los espectadores.

»Y eso no solo indica que Avellaneda no era Lope de Vega, sino que tampoco podía ser ninguno de sus allegados, ya que estos estarían al tanto de su propuesta de renovación y se adherirían a ella.

—Bueno —dice Beatriz—. Eso pone interesantes las cosas. ¿Podemos descartar entonces a uno de los principales sospechosos?

—Pero hay algo más sorprendente todavía —dice pinillo, sin hacer caso al comentario de Beatriz...

.

Vemos ahora a pinillo en su celda, leyendo alternativamente el *Quijote* de Avellaneda y la segunda parte del *Quijote* de Cervantes. El Monstruo le sostiene en cada momento uno de esos libros, y le ayuda a buscar en él los fragmentos que pinillo le va indicando. Luego, los dos cotejan los fragmentos seleccionados de las dos obras, se miran y sonríen maliciosamente, como si hubieran superado sus diferencias. Todo esto ocurre con imágenes mudas, que sugieren que pinillo y el Monstruo han hecho un importante descubrimiento.

.

—He pedido a Félix, el Monstruo, que me ayudara a comparar el *Quijote* de Avellaneda y la segunda parte del *Quijote* de Cervantes, y no hemos salido de nuestro asombro. La verdad es que el Monstruo ha sido de gran ayuda. En un principio nos llevábamos bien, pero me cabré mucho con él cuando me cerró las puertas del retrete, dejándome allí atascado y sufriendo arcadias.

—¿Arcadias?

—He querido decir *arcadas*. Desde entonces, le he puesto siempre a caldo, pero el tema de Avellaneda, curiosamente, está haciendo que nos reconciliemos.

—Hay que reconocer que el Monstruo tiene ingenio —dice el Poli—. Le llaman así por su facilidad para inventar todas esas historias con las que entretiene a la gente en el patio. Y parece que ha creado escuela, pues se ha echado aquí varios amigos que cuentan historias como las suyas. Tiene fama, además, de gran seductor, y ha debido de tener ahí fuera una ajetreada y envidiable vida amorosa.

—Sobre esas historias que cuenta —dice pinillo— habría mucho que hablar. Pero a lo que iba: creo que hemos descubierto algo esencial, que demuestra que Cervantes se rio de sus contemporáneos, y que ha seguido riéndose de sus lectores durante cuatro siglos desde su tumba.

—Con todo lo que se ha escrito sobre Cervantes y el *Quijote* —dice Beatriz—, ¿todavía queda algo importante por descubrir?

—Ya lo creo. El Monstruo y yo hemos comprobado que toda la segunda parte del *Quijote* de Cervantes, desde su inicio hasta el final, constituye una imitación del *Quijote* de Avellaneda. Es algo asombroso, pero que hasta ahora había pasado desapercibido: Cervantes decidió pagar a su imitador con su misma moneda, sirviéndose de la obra apócrifa para componer todos y cada uno de los episodios de su verdadera segunda parte.

»Y, bien mirado, es una respuesta lógica: yo habría hecho lo mismo —dice el rostro de pinillo en primer plano, haciendo un *aparte* para dirigirse directamente a ti, desocupado lector-espectador—.

—No se trata —dice pinillo volviendo a hablar con sus amigos— de que Cervantes reproduzca exactamente los episodios del *Quijote* apócrifo, sino de que se inspira en ellos para hacer tres cosas: elaborar pasajes propios que mejoren los de Avellaneda, corregir las características que este había atribuido a don Quijote y Sancho y burlarse de sus episodios. Y, además, Cervantes se recrea calcando las expresiones de su rival, como si quisiera dejarle muy claro que estaba valiéndose de su obra.

—Espera un momento... —dice el Poli—. El *Quijote* apócrifo se publicó en 1614, y la segunda parte del *Quijote* de Cervantes en 1615. ¿Cómo es posible que Cervantes pudiera haberse servido de la obra de Avellaneda para escribir la suya, componiéndola en tan poco tiempo?

—Solo cabe una explicación: el *Quijote* apócrifo tuvo que circular en forma manuscrita con anterioridad a su publicación. En la época era habitual que las obras corrieran en manuscritos, que eran libros

encuadernados escritos a mano. Los trámites de la imprenta eran muy lentos, y los autores, para dar a conocer sus obras antes de que se publicaran, acostumbraban a hacerlas circular en manuscritos que corrían de mano en mano. Por ello, existían dos formas de transmisión literaria: la de los manuscritos y la de los libros impresos. Es algo parecido a lo que ocurre en la actualidad: los libros se transmiten de forma impresa y digital. Cervantes tuvo que conocer el manuscrito de Avellaneda antes de empezar a escribir su segunda parte. Si no lo hubiera conocido, seguramente no habría compuesto la verdadera segunda parte del *Quijote*, necesaria para dar respuesta a su imitador.

.

La escena tiene lugar en Madrid, a finales de 1610 o principios de 1611, cuando Miguel de Cervantes tiene sesenta y tres años y Lope de Vega cuarenta y ocho.

Cervantes y Lope se llevaban mal desde que el primero atacara al segundo en la primera parte del *Quijote*. Tras leer el manuscrito de la obra cervantina, Lope había escrito una carta, fechada el 14 de agosto de 1604, en la que decía lo siguiente: «De poetas, no digo. Muchos están [en] cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote». Y como Lope había obtenido un gran éxito con sus comedias, cuyo número crecía desmesuradamente, Cervantes llegaría a llamarle, no sin cierta chacota, «monstruo de naturaleza».

Hacia 1610, Cervantes frecuentaba en Madrid las mismas reuniones literarias que Lope y sus allegados, los cuales veían a Cervantes como un pobre viejo que empezaba a chochar. En una de esas tertulias, Lope de Vega había tomado prestadas las gafas de Cervantes para leer unos versos, y, en otra de sus cartas, las comparaba maliciosamente con unos «huevos estrellados mal hechos».

Cervantes (interpretado por el mismo actor, caracterizado como sexagenario, que hace de pinillo) se dirige a su casa, estirando los brazos para tratar de leer unos papeles rotos que ha encontrado en la calle sin tener que usar las gafas. Pero se cruza con un amigo que porta un libro de mano, o manuscrito. El amigo lo detiene, y le hace ver que ha estado con Lope de Vega y sus allegados, quienes no cesaban de reír ante la aparición de un manuscrito que sin duda le interesará. Le enseña su portada, y Cervantes, poniéndose sus huevos estrellados, lee en ella lo siguiente: *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quixote de la*

Mancha. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas.

El rostro de Cervantes denota sucesivamente incredulidad, asombro, consternación y furia. Pide permiso al amigo para llevarse el manuscrito, y se dirige frenético hacia su casa.

La imagen muestra a Cervantes leyendo y releendo sin parar, durante días, el manuscrito de Avellaneda. Al leerlo, mueve la cabeza de un lado a otro, negando lo que ve en él, enfadándose y despreciándolo. Dice cosas como *De Tordesillas, ¿eh?, ¡El muy cobarde!, Primero me roba la honra y después la obra...*, cerrando el puño y amenazando al manuscrito, golpeándolo como si quisiera atizar a su través al autor. Pero también baja y sube la cabeza en señal de admiración, no hacia la obra, sino por el hecho de que su autor haya podido escribirla: *Quién iba a imaginar que ese desgraciado fuera capaz de responder así...*

Finalmente, se fija en un libro de la estantería, lo coge y lo mira. En su portada pone *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*. Sin necesidad de abrirlo (pues lo conoce bien), ese libro de Mateo Alemán le sirve de inspiración, y toma una determinación: *Para tozudo, un servidor*. Coge papel y pluma, sitúa el manuscrito de Avellaneda a un lado y se dispone a escribir.

.

pinillo sigue explicando su hallazgo en la enfermería (y, como es representado por el mismo actor que hace de Cervantes, casi nos parece ver a este contando su propia vida, o a una especie de descendiente de Cervantes narrando la de su ancestro). Beatriz y Polifemo lo miran con atención:

—Cervantes conoció el manuscrito del *Quijote* apócrifo antes de comenzar a escribir la segunda parte de su *Quijote*. Así que leyó y releó el manuscrito de Avellaneda, y comenzó a escribir la verdadera segunda parte del *Quijote*, imitando los episodios del manuscrito apócrifo y corrigiendo las características que Avellaneda había otorgado a don Quijote y Sancho. Pero Cervantes no reconoció expresamente que estuviera imitando a Avellaneda, tal vez para no dar publicidad al manuscrito apócrifo, pues la mejor manera de combatirlo era imitarlo y corregirlo sin mencionarlo.

»De hecho, y como me ha recordado el Monstruo, la actitud de Cervantes había tenido un claro precedente. Mateo Alemán había hecho

lo mismo al componer la verdadera segunda parte de su *Guzmán de Alfarache*: imitar el *Guzmán* apócrifo de Mateo Luján de Sayavedra.



Retrato de Mateo Alemán incluido en la edición *princeps* de la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (Madrid, Várez de Castro, 1599)

»Ya os he comentado que en 1599 se publicó la primera parte del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, una novela picaresca que tuvo un éxito enorme, y que, poco después, en 1602, se publicó una continuación apócrifa firmada por «Mateo Luján de Sayavedra, natural vecino de Sevilla». Y para dar réplica a su imitador, Mateo Alemán publicó en 1604 la verdadera segunda parte del *Guzmán de Alfarache*.

»Cervantes se inspiró en Mateo Alemán, cuyo caso conocía bien, y quiso hacer lo mismo que él: imitar al autor del *Quijote* apócrifo. La única diferencia es que Alemán declaró expresamente en el prólogo de su segunda parte, compuesto después de culminar la obra, que había imitado a su rival, cuya valía reconocía, y que estaba dispuesto a hacerlo cuantas veces fuera necesario. Hay que tener en cuenta que la imitación de las mejores obras era la forma habitual de componer en la época. Así que Alemán hizo lo que se acostumbraba a hacer entonces: imitar a otro autor de valía para tratar de superarlo.

—Estoy pensando —dice Beatriz— que hay una diferencia entre ambos casos. Dices que Mateo Alemán reconoció el mérito de su rival. Y, según creo recordar, Cervantes no mostró nunca ninguna admiración por Avellaneda, ¿no es así?

—Lo único que manifestó hacia él fue un desdén infinito, pues en todo momento criticó la calidad de su obra.

—Pues eso explica que Cervantes silenciara su imitación de Avellaneda. No pudo indicar que lo estuviera imitando porque resultaría contradictorio imitar a quien se desdeña. Lo lógico es imitar las obras que tengan algún valor, y, si se imita a otro autor, se reconoce implícitamente su mérito. Cervantes quiso pagar con su misma moneda a Avellaneda, pero sin reconocer su imitación para no otorgarle ninguna virtud.

—Pero eso constituye entonces —tercia Polifemo— una nueva forma de imitación: no se trata de imitar a los mejores autores para superarlos, sino a alguien que te ha imitado a ti para hacerle probar su propia medicina. Es una forma de imitación que podríamos llamar *reimitativa*.

—Así es, en efecto —dicen a la vez Beatriz y pinillo, mirándose sorprendidos tras percibir su coincidencia.

—Y aunque Alemán hizo una imitación reimitativa de la obra de alguien a quien presentaba como docto y competente, Cervantes reimitó a un tipo que despreciaba —culmina Polifemo—. ¿Cómo se puede imitar, o reimitar, a quien se desprecia?

—Eso también tiene una fácil explicación —dice pinillo—. Cervantes no imitó a Avellaneda porque reconociera su valía, sino para corregir la personalidad que había atribuido a sus personajes, para burlarse de él o para superar claramente sus episodios. Cervantes optó por imitar a Avellaneda, aun despreciándolo, porque este le había imitado a él y para mostrar que las dos partes de su verdadero *Quijote* eran mucho mejores que la continuación apócrifa.

»Cervantes empezó a escribir la verdadera segunda parte del *Quijote* imitando el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda; pero, cuando estaba componiendo el capítulo 58 de su segunda parte, recibió una mala noticia: supo que el *Quijote* apócrifo había sido publicado, adquiriendo una categoría más preocupante. Entonces se decidió a mencionarlo para criticarlo. Y a pesar de mencionar en el capítulo 59 el libro apócrifo recién publicado, Cervantes siguió imitando sus episodios, sin reconocerlo de forma expresa, en los restantes quince capítulos de su segunda parte, hasta componer los setenta y cuatro que la conforman, lo que constituye una clara muestra de su intención de servirse de la obra de su rival para componer la suya.

La escena tiene lugar en Madrid, en el otoño de 1614. Miguel de Cervantes, que acaba de cumplir sesenta y siete años, está escribiendo en su casa la segunda parte de su *Quijote*. Al lado izquierdo de la mesa está el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda, y Cervantes lo consulta y remeda, en ocasiones literalmente, una y otra vez. Cervantes está satisfecho, pues ha compuesto ya cincuenta y ocho capítulos de su obra. Así que decide tomarse un descanso.

Va a dar un paseo por las calles de Madrid, y ve salir de casa a Lope de Vega (interpretado por el mismo actor que hace del Monstruo, caracterizado para aparentar los cincuenta y un años que entonces tenía el Fénix). Ambos cruzan un parco gesto a modo de saludo, y en sus caras se reflejan muecas maliciosas, que vemos alternativamente. Cervantes sonríe al pensar que pronto saldrá su segunda parte, alcanzando un nuevo éxito que incomodará a Lope, y este se ríe abiertamente, como si supiera algo que Cervantes desconoce.

Ya de vuelta a su casa, Cervantes se cruza con un amigo que porta un libro recién publicado. Es el mismo que, tres años y medio atrás, le hiciera saber la existencia del manuscrito de Avellaneda, y el encuentro, que tiene lugar en el mismo sitio, es filmado desde un ángulo idéntico por la cámara, para establecer un claro paralelismo entre las dos situaciones. El amigo lo detiene, y le hace ver que ha estado con Lope de Vega y sus allegados. Cervantes dice *Sí, yo también he visto a ese cretino...* El amigo añade que no cesaban de reír ante la publicación de un nuevo libro, que sin duda le interesará. Le enseña su portada, y Cervantes, poniéndose las gafas, lee en ella lo siguiente: *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas.*

El rostro de Cervantes denota sucesivamente incredulidad, asombro, consternación y furia. Pide permiso al amigo para llevarse el libro, prometiéndole que pronto se lo devolverá, y se dirige frenético hacia su casa. Por el camino, dice en voz alta y gesticulando *Entonces, el desgraciado de Lope sabía que estaba escribiendo mi segunda parte, y habrá propiciado la publicación de este engendro del aragonés antes de que la culmine. Y yo que creí que iba a sorprenderle a él...*

La imagen muestra ahora a Cervantes leyendo en su casa el libro recién publicado de Avellaneda. Al leerlo, comprueba que es casi idéntico al manuscrito (lo sabemos porque oímos en *off* el pensamiento de Cervantes: *Es casi idéntico al manuscrito*). La única salvedad es que Avellaneda ha rehecho parte del prólogo para incluir algunas

referencias a la publicación de las *Novelas ejemplares* de Cervantes (que habían salido el año anterior), de las que afirma que son «más satíricas que ejemplares» (oímos nuevamente en *off* el pensamiento de Cervantes: *Así que has rehecho el prólogo, y que mis Novelas son más satíricas que ejemplares. Veo que no eres del todo asno y mentecato, y que has captado el mensaje*). A Cervantes sigue sin gustarle nada ese prólogo, y menos que su autor se burle en él de su vejez y su manquedad, y dice lo siguiente: *Así que manco y viejo, ¡como si tú fueras mucho más joven, maldito cobarde...!* Cierra el puño y amenaza al libro, golpeándolo como si quisiera atizar a su través al autor. Pero también baja y sube la cabeza en señal de admiración, no hacia la obra, sino por el hecho de que su autor haya podido publicarla antes de que él concluyera la suya: *El muy desgraciado se me ha adelantado. Quién iba a imaginar que fueran capaces de fastidiarme así...*

Finalmente, toma una determinación: *Te vas a enterar, aragonesón*. Coge papel y pluma, sitúa el libro recién publicado de Avellaneda al lado izquierdo de la mesa, empujando con rabia el manuscrito que ocupaba ese lugar, el cual cae al suelo estrepitosamente, y se dispone a arremeter, con sus sesenta y siete años a cuestas, contra Avellaneda.

.

—Sorprende —dice Beatriz— que, siendo la segunda parte del *Quijote* de Cervantes una de las obras más estudiadas de todos los tiempos, nunca se haya advertido que constituye una imitación del *Quijote* apócrifo.

—Si Cervantes llenó su obra de alusiones al *Quijote* apócrifo —dice Polifemo—, citándolo literalmente en no pocas ocasiones, tuvo que ser para que su destinatario particular, Avellaneda, percibiera claramente la imitación. Pero si este podía advertirla, también podrían llegar a hacerlo quienes leyeran las dos obras. Y eso ha ocurrido por fin. Por ello me pregunto si Cervantes solo pretendía que Avellaneda percibiera su imitación, o si llegó a suponer, o incluso a desear, que fuera advertida con el tiempo por la generalidad de los lectores. Así, su obra podría ser interpretada de dos maneras distintas a lo largo de la historia: en un primer momento, como un texto autónomo; y, en un segundo momento, como una imitación correctiva y burlesca del texto de Avellaneda.

La cámara se fija en el rostro de Polifemo, que mira extasiado al techo, reconcentrado en su propia reflexión, mientras Beatriz y pinillo lo miran con sorpresa e incrédula admiración.

—¿Se plantearía Cervantes esa posibilidad? —añade el Poli—. ¿Llegaría a suponer que su obra fuera interpretada de dos formas distintas a lo largo de la historia? Porque eso daría al *Quijote* de Cervantes, y a su propio autor, una nueva dimensión. ¿Sería una pretensión voluntaria, o una pura casualidad?

—En cualquiera de los dos casos... —dicen con gran excitación y a la vez pinillo y Beatriz (cuya compenetración, como vamos viendo, resulta asombrosa), y se callan al percibir su nueva coincidencia.

—En cualquiera de los dos casos... —vuelven a decir a la vez Beatriz y pinillo.

pinillo mira a Beatriz y le hace un gesto para que sea ella quien continúe:

—En cualquiera de los dos casos, eso es lo que ha ocurrido, y, si eso ha pasado, es porque había algo en la obra cervantina que lo ha propiciado. Se trate o no de un intento premeditado de Cervantes, lo cierto es que la segunda parte del *Quijote* se nos revela ahora, cuatro siglos después de su composición, como algo completamente distinto de lo que creíamos, y eso sin duda resulta extraordinario.

La cámara se fija en una esquina de la enfermería, en la que se encuentra el Monstruo, y comprendemos que ha asistido a toda la conversación sin que los demás advirtieran su presencia. El Monstruo dice con solemnidad:

—Puede que haya quien menosprecie y deplora la imitación cervantina, influido por la concepción peyorativa que tenemos en la actualidad sobre la imitación, pero esa sería una actitud anacrónica, muy pobre y corta de miras. Al imitar a Avellaneda, Cervantes hizo lo que se acostumbraba a hacer en su tiempo, y, por lo tanto, no se le puede recriminar nada; pero que silenciara su imitación, a pesar de que toda su segunda parte del *Quijote* se basó en la obra apócrifa, y que a la vez dejara tan claros indicios de haber imitado a su rival, seguramente destinados a que algún día fueran percibidos, resulta simplemente admirable. Y lo es tanto si Cervantes se propuso desarrollar un nuevo y prodigioso recurso creativo como si solo quiso hacernos saber que se había reído de nosotros. Incluso puede que albergara ambos propósitos. Ya me gustaría a mí haber hecho algo así.

La cámara se centra en el rostro de pinillo, que sonríe con enorme satisfacción, como si acabara de vencer la batalla más importante de su vida.

3. EN BUSCA DE AVELLANEDA

—Oye, Poli —dice Beatriz—: hay algo a lo que no dejo de darle vueltas, y me gustaría aclararlo de una vez.

»El otro día dijiste que el juez te había absuelto, y que tuviste que darle un tortazo para que te encerrara. Si no recuerdo mal, tú llegaste a la cárcel poco después de que entrara pinillo, y enseguida entablaste relación con él. ¿Tiene algo que ver tu deseo de entrar en la cárcel con que pinillo estuviera en ella?

—Vaya —dice el Poli sorprendido—, veo que no tienes un pelo de tonta... En fin, supongo que ya no tiene sentido ocultarlo: pues sí, algo tuvo que ver. Digamos que vine a la cárcel porque traía un recado para pinillo.

—¿Un recado? ¿Qué tipo de recado?

—Verás, pinillo se las ingenió para cabrear mucho a alguien de ahí fuera, y este solicitó mis servicios.

—Sí, yo siempre estoy haciendo buenos amigos —dice pinillo.

—¿¡Me estás diciendo que entraste en la cárcel para cargarte a pinillo!? —dice Beatriz asombrada.

El Poli afirma con la cabeza.

—Pero ¿con qué clase de gente estoy pasando las tardes? ¿Qué has hecho tú, pinillo, para que alguien quiera matarte? Y tú, Poli, ¿cómo puedes ser tan desalmado como para confesar tranquilamente que querías cargártelo?

—Por lo que a mí toca —dice pinillo—, no tiene demasiada importancia, como nada de lo que me atañe. Ya te lo contaré en otra ocasión.

—Y en cuanto a mí —dice el Poli—, en un principio no quería matarlo. A pesar de lo que dicen de mí, nunca he matado a nadie. Solo se trataba de darle un buen susto y de ejecutar una venganza, digamos, un tanto particular. De hecho, antes de que entráramos en prisión, ya fui a darle mi recado al lugar en el que se escondía, pero el muy desgraciado me dejó tuerto de un cantazo y me tiró por un barranco.

—¡Así que fuiste tú quien le hizo eso!— dice Beatriz, mirando alternativamente a pinillo y el parche del ojo de Polifemo.

—Desde entonces —prosigue el Poli—, me invadió un odio insuperable hacia él, y, aunque mi encargo no consistía en liquidarlo, vine a la cárcel dispuesto a hacerlo.

—Y entonces, ¿qué te hizo cambiar de opinión? —pregunta Beatriz.

—El libro. Yo vine aquí para acabar con pinillo. Pero al ver el forro de un libro que estaba leyendo, me entró una extrañísima curiosidad. Me gustó tanto que no pude dejar de interesarme por él. Después de todo, de aquí no se me iba a escapar, y podía demorar mi venganza. Cuando me dijo que lo había pintado él, empecé a verlo de otra manera. Y, al enseñarme a entender el contenido de aquel libro, que me causó mucho más placer que el mismo dibujo, cambié totalmente de opinión. Puedes estar segura de que le debe la vida a ese libro.

—¿La *Fábula de Polifemo y Galatea*?

—Exacto.

.

—El Monstruo y yo hemos estado leyendo algunas obras que nos han conseguido Gento y Beatriz, relacionadas con la identidad de Avellaneda. Y las pesquisas realizadas no solo resultan decepcionantes, sino grotescas. Resulta que apenas queda algún autor literario de la época al que no se le haya querido atribuir la autoría del *Quijote* apócrifo. Las propuestas se han sucedido desde los inicios de la Historia de la Literatura, y, al parecer, ha habido un sinfín de investigadores, o de aficionados, que han sentido el prurito de pasar a la historia como artífices de la solución del misterio. Y, para ser un verdadero descubridor, lo suyo es postular un autor que no hubiera sido propuesto con anterioridad, por lo que muchos de los aspirantes tienden a inventarse un nuevo candidato, haciendo crecer abusivamente la lista. Aunque tampoco faltan quienes recuperan propuestas ya formuladas, tratando de sustentarlas.

»En suma, han sido postulados, ya sea como responsables únicos o parciales, los siguientes autores: Fray Luis de Aliaga, Fray Isidoro Aliaga, Juan Blanco de Paz, Bartolomé Leonardo de Argensola, Lupercio Leonardo de Argensola, Francisco López de Úbeda, Gaspar Schöpe, Juan Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Alonso Lamberto, fray Luis de Granada, Tirso de Molina, Pedro Liñán de Riaza, Mateo Alemán, Juan Martí, Vicencio Blasco de Lanuza, Luis Fernández de Córdoba y Aragón (duque de Sessa), fray Alonso Fernández, el mismo

Cervantes, fray Andrés Pérez, Pedro Fernández de Castro (conde de Lemos), Gabriel Leonardo de Albión y Argensola, Mira de Amescua, fray Cristóbal de Fonseca, Guillén de Castro, Miguel Induráin, Alonso de Ledesma, Vicente García (rector de Valfogona), Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Francisco de Quevedo, Ginés Pérez de Hita, Alonso Castillo de Solórzano, Juan Valladares de Valdelomar, Alonso Pérez de Montalbán, Alonso Fernández Zapata, fray Hortensio Félix Paravicino, Agustín de Rojas Villandrado, Gonzalo de Céspedes y Meneses, Cristóbal Suárez de Figueroa, Jerónimo de Pasamonte, Baltasar Navarrete, Baltasar Elisio de Medinilla, san Juan Bautista de la Concepción y José de Villaviciosa.

—Pues sí que había autores literarios en esos años —dice Polifemo—. Pero a mí no me la pegas: has colado uno que no lo era.

—No he podido resistirme, pues esa lista es de risa. En realidad, algunos de los propuestos ni siquiera estaban vivos cuando se escribió la obra, y la mayor parte de las candidaturas resultan tan endeble que solo han contribuido a consolidar el escepticismo general sobre la posible resolución del misterio. El Monstruo y yo hemos tratado de conocer los argumentos expuestos para sustentar la mayor parte de las propuestas, y suelen caracterizarse por su absoluta falta de rigor, lo que ha hecho cundir la idea de que se trata de un enigma irresoluble.

»Una de las pocas cuestiones que resultan claras en este embrollo es lo que dijo el propio Cervantes sobre Avellaneda en la segunda parte de su *Quijote*. Como ya os he dicho, en el prólogo de esta obra, Cervantes denunció que su rival había fingido su nombre y su lugar de origen: «No osa parecer a campo abierto y al cielo claro —escribió Cervantes—, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad». Siguiendo un procedimiento similar al de Mateo Alemán, Cervantes llamaba la atención del lector hacia las posibles revelaciones que pudiera encontrar en el cuerpo de la novela sobre la identidad y el lugar de origen (pues eso significaba entonces el término *patria*) de Avellaneda. Y, con respecto a uno de esos dos aspectos, Cervantes fue claro y contundente, ya que insistió nada menos que cuatro veces en que Avellaneda era aragonés:

- 1) En el capítulo 59 de la segunda parte cervantina, don Quijote se encuentra con dos personajes nobles, don Juan y don Jerónimo, que le entregan un ejemplar del libro de Avellaneda

recién publicado. Don Quijote hojea el libro, y dice de él que su «lenguaje es **aragonés**».

2) En el mismo capítulo 59, el narrador dice que esos personajes nobles «verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor **aragonés**».

3) En el capítulo 61, al ser reconocido en Barcelona, don Quijote afirma lo siguiente: «yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del **aragonés** recién impresa».

4) Y en el capítulo 70, uno de los diablos de la visión de Altisidora se refiere a «la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un **aragonés**, que él dice ser natural de Tordesillas».

»Así pues, los personajes cervantinos dicen en tres ocasiones que Avellaneda es aragonés, y el propio narrador lo confirma. Lo afirmado en el prólogo por Cervantes (en el que se sugería al lector que estuviera pendiente de alguna revelación sobre el verdadero lugar de origen de Avellaneda) y lo que manifiestan los personajes y el narrador en el cuerpo de la novela resulta totalmente coherente, y no hay nada en la obra que lo contradiga. Por lo tanto, el mensaje cervantino es obvio y exento de ambigüedad: Avellaneda era aragonés. Y al denunciar el origen de su rival, Cervantes delimitaba notablemente la lista de candidatos, pues había muy pocos escritores aragoneses.

—Pero Cervantes podría estar equivocado... —dice el Poli o Beatriz.

—En efecto, eso cabe dentro de lo posible. Pero lo que no se puede negar es que Cervantes, tanto si estaba en lo cierto como si no, creía que Avellaneda era aragonés, y que escribió su segunda parte dándolo por supuesto y haciendo a sus lectores partícipes de su certidumbre.

»Y a este respecto, el Monstruo ha llamado mi atención sobre la propuesta que considera más fundamentada. Para entenderla, es preciso considerar la existencia de un manuscrito conocido como *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, que recoge la autobiografía de un soldado aragonés. El manuscrito, que fue culminado en 1605, no se publicó en vida de su autor, y se conserva en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele III de Nápoles, en Italia.

+

5

SPIRITVS SANCTI

gratia illuminet sensus
et corda nostra Amen.

Dizen en nuestra España, que no ay mejor maestro q
el bien acuchillador. Para mejor declarar estas palabras: y
para q se vea la inmensidad de mi Dios. escriuo mi vida
y trabajos desde mi infancia: y pongo por fin a los Doc
tos sacros conforme mi intención.

Capitulo primero

Desde de edad de 7 años por así, q aun eran niños
nos pedia q nos fuéramos a jugar, y
llenaua una caja de acuchillar en las manos que en
esta caja de han dado, y como alaba de la puer
ta me la puse en la boca. ~~Y como~~ mi señor padre
q este en gloria me llamo: y yo por responder me trague
el alfiler: y se puso en medio de la garganta y me abogaue:
y con muchos remedios no lo pude sacar. y uno de
manica de 3 años me ponían en la boca y lo pude sacar.
abultino la trague: o q la trague: a q Dios hizo milagros
no puedo más.

Capitulo segundo

De ahí a otro año o por ahí uno al lugar un bñfador:
después q caminan por encima de las cuerdas y bñfican: y

Inicio del manuscrito de la Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte

»Este manuscrito había pasado desapercibido hasta que, en 1922, un hispanista francés, Raymond Foulché-Delbosc, lo transcribió por primera vez, manteniendo literalmente su grafía (se ve brevemente a Foulché-Delbosc copiando el manuscrito en una sala de la Biblioteca Nazionale de Nápoles), y lo publicó en la *Revue Hispanique* (vemos la portada de esa revista, y las páginas se abren solas hasta llegar a una en la que se lee VIDA Y TRABAJOS DE GERÓNIMO DE

PASSAMONTE). El término *trabajos* tenía entonces el significado de ‘sufrimientos’ o ‘penalidades’, por lo que el autor se dispuso a dar noticia de su atormentada vida.

»Antes de que ese manuscrito fuera publicado por primera vez en 1922, Jerónimo de Pasamonte era un personaje completamente desconocido, por lo que nadie pudo haberlo relacionado con Cervantes ni con Avellaneda.

»En 1956, la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* fue reeditada con grafía modernizada por José María de Cossío. Y algunos años después, otro estudioso español, Martín de Riquer, tras leer la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (se ve a Martín de Riquer leyéndola atentamente), propuso en un artículo publicado en 1969 que Pasamonte podría ser el autor del *Quijote* apócrifo.

»Riquer formuló su propuesta con extremada cautela, mostrándose dispuesto a retirarla, según sus propias palabras (vemos la cara de Riquer mientras la voz en *off* de pinillo las pronuncia), «a la primera objeción seria, a fin de no quedar inscrito en la larga lista de fantasiosos que llena uno de los capítulos más enigmáticos de nuestra historia literaria». En 1984, un cervantista norteamericano, Daniel Eisenberg, aceptó y desarrolló la propuesta de Riquer, lo que animó a este último a razonar su hipótesis con la debida atención, publicando en 1988 una obrita titulada *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*.

»Ese librito de Martín de Riquer, que he leído con avidez, me ha resultado fascinante. En él recoge los datos fundamentales de la autobiografía de Pasamonte, y explica que Cervantes y el aragonés coincidieron en diversas campañas militares en su juventud, como la batalla de Lepanto (1571), la jornada de Navarino (1572) y la toma de Túnez (1573), y supone que fue entonces cuando se conocieron y enemistaron. Jerónimo de Pasamonte, a diferencia de Cervantes, se quedó a defender la tunecina plaza de La Goleta, que fue reconquistada por los turcos en 1574. En ese momento, Pasamonte fue hecho prisionero y vendido como esclavo, sufriendo un largo cautiverio de dieciocho años que transcurrió entre Constantinopla (la actual Estambul), Túnez, Bizerta, Alejandría, Esparta, Rodas y Argel, parte del cual pasó remando como galeote en las embarcaciones turcas. Finalmente, Pasamonte fue liberado y regresó a España, donde, en 1593, hizo correr el manuscrito de su autobiografía. Riquer demuestra que Cervantes, si no llegó a leerlo, hubo al menos de conocer la existencia de ese manuscrito, y que creó a Ginés de Pasamonte (uno de los galeotes con los que se encuentran don Quijote y Sancho en la

primera parte del *Quijote*) para realizar un retrato satírico de su antiguo compañero de milicias, convirtiendo al desdichado y honrado galeote de los turcos en un delincuente condenado por sus muchos delitos a las galeras del rey de España. El galeote cervantino se presenta como autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*, cuyo paralelismo con la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* resulta evidente. Y supone Riquer que el éxito de la primera parte del *Quijote* impidió a Jerónimo de Pasamonte darse a conocer dando a la imprenta el manuscrito definitivo de su *Vida*, ya que si lo hubiera publicado habría sido asociado con el galeote cervantino, denigrado en una obra de gran difusión, por lo que decidió ocultarse bajo un nombre fingido para dar respuesta a Cervantes mediante la escritura del *Quijote* apócrifo.

»Riquer aduce varios argumentos para sustentar su propuesta, entre los que destacan los dos siguientes:

1. Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, señala cuatro veces que Avellaneda era aragonés, y Jerónimo de Pasamonte era natural de la localidad aragonesa de Ibdes, cercana a la zona de Calatayud en la que transcurre gran parte del *Quijote* apócrifo.

2. Avellaneda se queja en su prólogo de que Cervantes le ha ofendido por medio de «sinónimos voluntarios», lo que seguramente alude al denostado galeote *Ginés de Pasamonte*, cuyo nombre y apellido recuerdan tan claramente los de *Gerónimo de Pasamonte* (en la época *Gerónimo* se escribía con «G»). Así pues, Avellaneda, con su queja, se habría desenmascarado ante Cervantes.

»Riquer juzgó que su hipótesis podía ser calificada de plausible, pero que no constituía una certeza. Riquer falleció en septiembre de 2013, sin ver reconocida su propuesta; pero, si se llegara a ratificar, le correspondería el mérito indudable de haber alumbrado la verdadera identidad de Avellaneda.

»Así que me han entrado unas ganas terribles de leer la autobiografía de Pasamonte...

Polifemo se vuelve hacia Beatriz con gesto de súplica.

—Bueno, bueno... Trataré de conseguir esa *Vida* de Pasamonte. Lo cierto es que a mí misma ya me ha picado la curiosidad. Si el manuscrito está en una biblioteca, tal vez se pueda solicitar a sus responsables que nos envíen una reproducción en fotocopias.

—Podría pedirle a Gento —dice pinillo— que nos lo consiguiera mediante un préstamo interbibliotecario. Aunque es parco en palabras, se porta muy bien conmigo.

—Pues conmigo —dice el Monstruo, que ha vuelto a aparecer inesperadamente en su esquina— siempre se muestra dicharachero y amable.

—Me encargaré yo de pedirle a Gento que nos haga la gestión —dice Beatriz, mirando de reojo al Monstruo, como si le incomodara su nueva aparición repentina—. Y voy a leerme, de paso, la biografía de Cervantes, para ver qué tipo de experiencias pudo compartir con Pasamonte.

.

La imagen muestra a pinillo y al Monstruo leyendo en su celda sendas fotocopias del manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. La cámara va pasando a las celdas contiguas, donde otros presos leen las tres partes del *Quijote* que les ha pasado pinillo. En otra de las celdas, Polifemo lee en voz alta el *Guzmán de Alfarache* para que pueda oírlo su compañero, que no sabe leer. Un guardián —cuyo rostro se parece asombrosamente al de Mateo Alemán— escucha disimuladamente y con agrado desde el exterior de la celda (esta es, como veis, una cárcel muy literaria).

Tumbada en su cama, Beatriz hojea una autobiografía de Cervantes, hasta que alguien —que no se entere pinillo— se la quita suavemente de las manos.

.

—El Monstruo y yo ya hemos leído la [*Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*](#). Fue un tipo peculiar y desafortunado, cuya memoria se ha recuperado mediante la publicación de su autobiografía.

»Pasamonte nació en abril de 1553 en el zaragozano pueblo de Ibdes, y fue bautizado en la iglesia de San Miguel Arcángel de dicha localidad, cercana al monasterio de Piedra, de la orden del Císter, en el que su acomodada familia tenía su enterramiento. Sin embargo, a los diez años quedó huérfano, lo que dejó a Pasamonte y a sus hermanos en una delicada situación. Jerónimo fue educado por un tío suyo clérigo, que le maltrataba y le enseñó gramática y latín.

—¿El maltrato consistía en pegarle, o en enseñarle gramática y latín? —pregunta muy serio el Poli.

—Consistía básicamente en pegarle, pues Pasamonte siempre estuvo muy orgulloso de su formación y de saber latín.

»A los trece años ingresó en la Cofradía del Rosario bendito de Calatayud, y durante toda su vida sería un devoto de la Virgen y del rosario. En su temprana juventud, oyendo misa en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, hizo el voto religioso de ingresar como fraile bernardo en un monasterio cisterciense. Su hermano mayor, Esteban, no aprobó su decisión, por considerarlo una deshonra para su linaje, y Jerónimo lamentaría durante toda su vida no haber podido cumplir ese voto.

»Cuando tuvo dieciocho años, su hermano Esteban le dio permiso para hacerse clérigo, y Jerónimo se dirigió a Barcelona con intención de embarcar para ir a Roma y estudiar la carrera eclesiástica. En Barcelona vio una compañía que reclutaba soldados, y, dándose cuenta de que no tenía renta para estudiar, decidió alistarse, lo que resultaría determinante en su vida. Ingresó así en la compañía del capitán Enrique Centellas, perteneciente al tercio de Miguel de Moncada. Miguel de Cervantes, por su parte, se había alistado en esas fechas en la compañía del capitán Diego de Urbina, que formaba parte del mismo tercio de Miguel de Moncada, por lo que es muy posible que entonces coincidieran y se conociesen.

»El 7 de octubre de 1571, ambos participaron con sus respectivas compañías en la batalla de Lepanto. Pasamonte tenía dieciocho años, y Cervantes acababa de cumplir los veinticuatro. Miguel de Cervantes estaba enfermo de calentura, por lo que su capitán le ordenó que permaneciera bajo la cubierta de la galera con los demás enfermos.

Las palabras que pronuncia pinillo se montan en *off* sobre una imagen de la batalla de Lepanto que sucede justo antes de la que se veía al inicio de esta obra. Vemos a Cervantes, con pinta de enfermo, salir del camastro para ir a pelear, a su capitán que le indica con gestos que vuelva bajo cubierta, y a él empeñándose en ir a luchar al esquife. A continuación, aparece la imagen de la batalla de Lepanto con la que se abría esta obra, de manera que se presenta la misma escena, pero desde una distancia menor y con un enfoque distinto, lo que permite que apreciemos con toda claridad a Cervantes combatiendo y recibiendo arcabuzazos. Y como el actor que interpreta a pinillo es el mismo que hace de Cervantes, nos vuelve a dar la sensación de que es este último quien cuenta su propia historia. La voz en *off* de pinillo continúa diciendo lo siguiente:

—Pero Cervantes, apelando a su honra, quiso pelear, y lo hizo en el lugar del esquife, uno de los más peligrosos de la galera, recibiendo

dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó inutilizada.

La imagen vuelve a pinillo (vemos ahora su mano izquierda vendada, pues se hizo una gran avería cortando el fuet), que prosigue así:

—Jerónimo de Pasamonte, sin embargo, apenas cuenta nada en su autobiografía sobre la batalla de Lepanto, lo que no deja de ser curioso, tratándose de un suceso tan célebre. Se limita a decir que salió sin ninguna herida, aunque la galera en que iba peleó con tres del turco.

La imagen pasa a repetir ahora parte de la escena inicial de esta película, de forma que las lectoras-espectadoras comprendáis que ya habéis visto antes esa escena, y se centra en una galera cristiana, enfrentada a tres del turco: los soldados pelean, son heridos burdamente o mueren. Penetrando mágicamente en las entrañas del barco, vemos el lugar donde se han quedado los enfermos. Y allí, sentado en el suelo, hay un joven de dieciocho años, grande de cuerpo, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, tapándose los oídos para no escuchar el sonido de la muerte, temblando. La cámara muestra un instante su aterrado semblante, y comprobamos que al mirar mete un ojo en el otro un poco (cosa que no apreciamos bien en Polifemo, aunque sea representado por el mismo actor, ya que lleva un parche en el ojo derecho).

—Pasamonte cuenta que, en los días anteriores, fue presa de continuas enfermedades, por lo que es posible que también le aquejaron cuando se produjo la batalla de Lepanto y que se quedara bajo la cubierta con los demás enfermos. Eso explicaría que no recibiera ninguna herida y el poco interés que muestra en narrar el suceso. En cualquier caso, debió de ser para él una experiencia dura, teniendo en cuenta su corta edad.

—A mí, desde luego, no me habría gustado nada verme en esa situación —dice Polifemo—. Habría hecho todo lo posible por escaquearme.

Beatriz mira extrañada al Poli, pareciéndole singular que alguien tan fuerte y tan grande muestre ese afán por rehuir el peligro.

—Cervantes y Pasamonte —continúa pinillo— formaron parte del mismo tercio hasta abril de 1572, momento en el que Cervantes pasó al tercio de Lope Figueroa. En octubre de 1572, formando ya parte de tercios distintos, ambos participaron en la Jornada de Navarino, y, en octubre de 1573, en la toma de Túnez. En ese momento, el tercio de Cervantes fue a invernar a Cerdeña, y el de Pasamonte se quedó en

Túnez, por lo que se distanciaron definitivamente. No obstante, ambos sufrirían sendos cautiverios, viviendo experiencias similares y coincidiendo con determinados personajes afines a los turcos.

»Pasamonte fue capturado en 1574, al defender la tunecina plaza de La Goleta del ataque de los turcos, que lograron reconquistarla. En esa batalla, fue herido de gravedad y vendido como esclavo a un capitán de galeras turco, quien le llevó consigo hasta Constantinopla. Pasamonte logró recuperarse de sus heridas, y su cautiverio, parte del cual pasó remando como galeote, duró dieciocho largos años (desde agosto de 1574 hasta marzo de 1592).

»Aunque Pasamonte participó en tres intentos de fuga, no consiguió escapar, y, como castigo, fue cargado de cadenas y apaleado, aunque nunca llegaron a cortarle una oreja, como les sucedió a otros de sus compañeros.

—Algo parecido —dice Beatriz— le ocurrió a Cervantes, que estuvo cinco años cautivo en Argel y también participó por esos mismos años en varios intentos de fuga, sin ser nunca castigado con la rigurosidad que cabría esperar.

»En 1569, cuando tenía veintidós años, Cervantes tuvo que huir de España, pues se le acusó de haber herido a un tal Antonio de Sigura, y fue condenado a diez años de destierro y a que le cortaran la mano derecha con vergüenza pública. Para evitar tan severa sentencia, huyó a Italia, donde se alistó como soldado en la compañía de Diego de Urbina, que estaba integrada, como ha explicado pinillo, en el tercio de Miguel de Moncada, del que también formaba parte la compañía de Pasamonte. Tras participar en la batalla de Lepanto, en la Jornada de Navarino y en la toma de Túnez, alegando que sus heridas le impedían continuar en la milicia, Cervantes obtuvo sendas cartas de recomendación del duque de Sessa y del Capitán General, don Juan de Austria, en las que se reconocía su labor como soldado y se aconsejaba que fuera recompensado en España. Tal vez esperaba que la influencia de esas cartas, así como la herida sufrida en su mano izquierda, lograran eximirle de cumplir la sentencia que le obligó a huir de España, y, en septiembre de 1575, se embarcó en Nápoles rumbo a Barcelona.

»Pero, cuando estaba frente a la costa catalana, la galera en la que viajaba fue apresada por corsarios argelinos, y Miguel fue conducido a Argel. Allí pasó a poder de Dalí Mamí, quien le encontró las cartas de recomendación, por lo que le consideró una persona de importancia y estableció su rescate en la elevada cifra de quinientos escudos de oro. Al ser tasado en tal alta cantidad, no estaba obligado a realizar los duros

trabajos que se imponían a los cautivos de baja condición, por los que no se esperaba (como era el caso de Pasamonte) un sustancioso rescate, y pasaba el día en los *baños*, que eran los lugares donde se encerraba a los esclavos. Sin embargo, la elevada suma que se pedía por su rescate dificultaba su liberación, lo que pudo impulsarle a intentar varios intentos de fuga.

»En 1576 y en 1577, Cervantes perpetró dos intentos de fuga, ambos frustrados, lo que supuso que fuera encarcelado y cargado de cadenas. Pasó después a poder del bajá de Argel, Hazán Hagá, quien pagó los quinientos escudos de oro que Dalí Mamí pedía por él. A principios de 1578, intentó fugarse por tercera vez, pero el mensajero que debía llevar una misiva a Orán fue apresado. Miguel fue condenado a recibir dos mil palos, lo cual equivalía a una muerte casi segura, pero el castigo no fue ejecutado. Su cuarto intento de fuga se produjo en septiembre de 1579, pero el plan fracasó por la delación de un supuesto ex dominico, Juan Blanco de Paz. Cervantes buscó la ayuda de un renegado murciano, Morato Arráez Maltrapillo, el cual tenía buen trato con Hazán Hagá, y logró que este le perdonara nuevamente la vida. Y el 19 de septiembre de 1580, cuando Hazán Hagá iba a incorporarse a su nuevo destino en Constantinopla, y merced a la mediación de un fraile trinitario, Cervantes fue rescatado, librándose por los pelos de ir como esclavo a Turquía.

»Sorprende a los biógrafos de Cervantes que este no fuera castigado más duramente tras sus reiterados intentos de fuga por un hombre tan cruel como Hazán Hagá. Es sabido que este, antes de ser bajá de Argel, había mantenido relaciones homosexuales con el General de la mar turco, llamado Uchalí. Además, Hazán Hagá había pagado quinientos escudos de oro por Cervantes, el cual fue acusado por Juan Blanco de Paz de «cosas viciosas y sucias» y de haber tenido «trato y familiaridad» con los musulmanes. Por ello, y teniendo en cuenta que la homosexualidad era frecuente entre los turcos, no faltan quienes sospechan que Cervantes pudiera haber tenido trato carnal con Hazán Hagá, lo que explicaría su benevolencia tras los reiterados intentos de fuga de Miguel.

Mientras Beatriz pronuncia estas palabras, vemos a Cervantes entrando de noche a la cámara de Hazán Hagá, interpretado por el mismo esperpéntico actor que hace de director de la prisión, quien le espera complaciente en su cama, a la que Miguel se incorpora.

La imagen vuelve a la enfermería, donde pinillo hace un gesto de resignación, y Beatriz continúa así:

—Sería comprensible que, en esas circunstancias, Cervantes hubiera hecho cualquier cosa por preservar la vida. Pero también cabe otra posibilidad, mucho más simple: que Hazán Hagá no lo condenara a muerte para poder cobrar el precio de su rescate; por ello, el supuesto trato carnal entre ambos queda en el terreno de la simple hipótesis.

La imagen vuelve a la cama en la que están Cervantes y Hazán Hagá. A un lado de la pantalla aparece en primer plano una mano que sostiene un mando a distancia; un dedo de esa mano aprieta el botón de retroceder, y la escena que acabamos de ver vuelve hacia atrás: Miguel sale de la cama de Hazán Hagá y de su cámara, hasta que la pantalla queda en negro.

Vemos de nuevo la enfermería, y pinillo, a quien ya se le ha puesto mejor cara, dice lo siguiente:

—Sí que son curiosas las coincidencias entre Cervantes y Pasamonte, y aún hay más, como enseguida os comentaré. Pero hay algo en sus mutuas experiencias que fue muy distinto: si los cinco años de cautiverio de Cervantes hubieron de marcarlo profundamente, los dieciocho que sufrió Pasamonte, en condiciones mucho más duras, tuvieron que hacerse interminables. Porque el aragonés, tras su tercer intento de fuga en Alejandría, donde permaneció hasta 1580, pasó dos años con su amo en Esparta y luego regresó a Constantinopla. Posteriormente, fueron a Argel (donde había estado cautivo Cervantes) con el general de la mar, Uchalí (el cual había mantenido relaciones sexuales con Hazán Hagá), periodo en el que Pasamonte, siempre atado al banco de su galera, sufrió las penalidades propias de los remeros. Luego volvieron a Constantinopla, y el amo de Pasamonte fue nombrado gobernador de Rodas, donde permaneció desde 1582 hasta 1590.

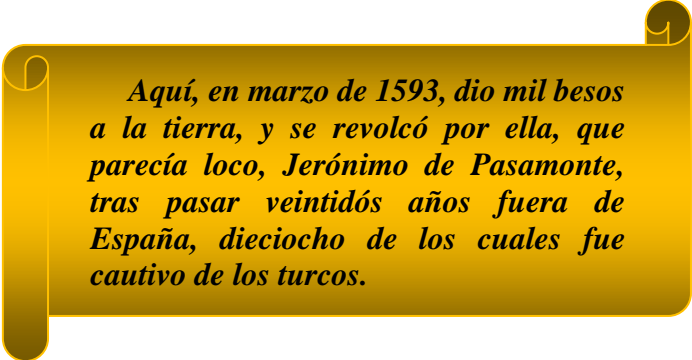
»Por entonces, un jesuita de Calatayud, Bartolomé Pérez de Nueros, a quien Pasamonte dirigiría en agradecimiento una de las dos dedicatorias de su autobiografía, envió ciento cincuenta escudos para liberarlo, pero su amo, Rechepe Bajá, no quiso que fuera rescatado, ya que lo necesitaba como bogavante en una de sus galeras. En esas fechas, Rechepe Bajá casó a su hijo con la hija de Hazán Hagá, y ambos hicieron un pacto testamentario, según el cual, cuando uno de los dos muriera, el otro heredaría sus bienes. Rechepe Bajá murió primero, por lo que Pasamonte pasó a poder de Hazán Hagá, el mismo que, algunos años antes, había perdonado la vida a Cervantes en Argel.

»Siendo esclavo de Hazán Hagá, Pasamonte fue trasladado a Constantinopla, donde fue maltratado por un renegado napolitano que

estaba al cargo de los cautivos. Pasamonte fue defendido por el renegado murciano Morato Arráez Maltrapillo, que, en 1579, había intercedido por Cervantes ante Hazán Hagá.

»Este murió dos años después, al parecer envenenado, y Pasamonte pasó a poder del hijo de su antiguo amo, Rechepe Bajá. Finalmente, el 30 de marzo de 1592, Pasamonte fue rescatado, y, tras un azaroso viaje por mar, en el que estuvo a punto de volver a ser capturado, consiguió llegar a Italia. Desde allí obtuvo algún dinero para poder embarcar rumbo a España, y, en el mes de marzo de 1593, veintidós años después de haber dejado su patria, llegó a la localidad gerundense de Blanes, en la costa catalana. Besó mil veces la tierra y se revolcó como un loco por ella.

—Y seguro que en Blanes no lo saben. Habría que poner allí una placa conmemorativa de su alegría —dice Polifemo dibujándola en el aire con sus manos:



Aquí, en marzo de 1593, dio mil besos a la tierra, y se revolcó por ella, que parecía loco, Jerónimo de Pasamonte, tras pasar veintidós años fuera de España, dieciocho de los cuales fue cautivo de los turcos.

—Después se dirigió a Zaragoza —sigue pinillo—, donde supo que su hermano mayor, Esteban, había muerto, y que su herencia había pasado a su sobrino, pues a Jerónimo lo habían dado por muerto en la batalla de Lepanto. Viéndose desamparado y sin querer quitar la hacienda a su sobrino, Jerónimo escribió un memorial autobiográfico en el que contaba sus experiencias al servicio del rey como soldado y las penalidades de su cautiverio, con el propósito de hacérselo llegar a las autoridades reales y lograr algún tipo de compensación. Pasamonte se dirigió andando desde Aragón a Madrid y trasladó sus «papeles» a la autoridad competente; pero no se contentó con eso, sino que difundió en forma manuscrita por Madrid y en su tierra aragonesa esta primera parte de su autobiografía, como él mismo afirma en la segunda parte.

»Gracias a esa autobiografía, que pasó desapercibida hasta que se publicó en 1922, sabemos que hubo una serie de coincidencias

sorprendentes entre Cervantes y Pasamonte: ambos formaron parte como soldados del mismo tercio, participando en la batalla de Lepanto y en otras acciones militares; fueron hechos cautivos y conocieron Argel; realizaron varios intentos frustrados de fuga, sin ser castigados por ello con el rigor que cabría esperar; estuvieron en poder de Hazán Hagá; fueron favorecidos por el renegado murciano Morato Arráez Maltrapillo y consiguieron el dinero para su rescate y volver a España.

»Como dice Martín de Riquer, para crear al galeote que aparece en la primera parte del *Quijote*, autor de una *Vida de Ginés de Pasamonte*, Cervantes tuvo al menos que conocer la existencia de un manuscrito de la autobiografía de Pasamonte con un título parecido al de *Vida de Jerónimo de Pasamonte*. Pero, si Cervantes llegó a leer ese manuscrito, no pudo resultarle en ningún modo indiferente, pues las cosas que en él se narraban se relacionaban con algunos de los personajes y de las experiencias más importantes de su propia vida.

—Deberías repasar —dice Polifemo— lo que escribe Cervantes en la primera parte del *Quijote* sobre ese Ginés de Pasamonte. Tal vez te lleves alguna sorpresa.

—Sí, creo que sería conveniente hacerlo —salta el Monstruo desde la esquina de la enfermería, llamando la atención de los otros tres, que se giran a mirarlo.

—Oye, ¿tú por qué apareces siempre inesperadamente? —le dice Beatriz—. No acabo de entender por qué te interesa tanto este asunto, ni qué haces ahí siempre en la sombra.

—La hipótesis de Riquer —continúa el Monstruo sin hacer caso a Beatriz— no ha sido del agrado de muchos estudiosos, que consideran extremadamente vulgar a Pasamonte, y se resisten a creer que su idealizado Cervantes pudiera haberse visto envuelto en una pelea literaria con alguien tan estafalario y de poco renombre. Parecen olvidar que fue el mismo Cervantes quien arremetió contra él en la primera parte del *Quijote*, convirtiéndolo en el galeote Ginés de Pasamonte y originando la pugna. Y las objeciones que se han aducido para refutar la posible autoría de Pasamonte no se sostienen racionalmente.

»Tras poner en circulación la primera parte de su autobiografía en 1593, Pasamonte le añadió una segunda parte, en la que constaba sus experiencias como soldado en Italia, y la concluyó en Capua en 1605, momento en que fecha sus dedicatorias iniciales. Y algunos estudiosos aducen que, cuando culminó su autobiografía, Pasamonte estaba casi ciego del ojo derecho y con poca vista en el izquierdo, y con unas taras

psíquicas nada apropiadas para escribir una obra como el *Quijote* apócrifo. Sin embargo, se trata de una argumentación, cuando menos, paradójica, por no decir absurda, pues, si conocemos esas características de Pasamonte, es porque él mismo las escribió en su autobiografía, compuesta de su puño y letra, como afirma al final de dicha obra; y si esas limitaciones no le impidieron escribir los últimos capítulos de su *Vida*, tampoco tuvieron por qué impedirle componer el *Quijote* apócrifo. Lo cierto es que la miopía que padecía no le dificultaba leer ni escribir, pues los miopes pueden ver de cerca con facilidad; y en cuanto a sus taras mentales, basadas en el carácter supuestamente psicótico de las «visiones» de seres demoniacos que narra en la segunda parte de su autobiografía, se han exagerado notablemente, pues la mayor parte de ellas se producen en sueños, y en una ciudad italiana, Gaeta, famosa en la época por sus brujas (en cuyos poderes mucha gente creía en aquel momento).

»Se ha aducido también que Avellaneda elogia a Lope de Vega, por lo que debía pertenecer a su círculo, y Jerónimo de Pasamonte era totalmente ajeno a él. Pero, como decía pinillo, la defensa que hace Avellaneda contra los ataques cervantinos a Lope de Vega es completamente distinta a la que el Fénix hace de sí mismo, lo que indica que no pertenecía a su entorno. Avellaneda no muestra conocer nada personal sobre Lope de Vega, y todo lo que aparece sobre este en el *Quijote* apócrifo está basado en los datos que figuraban en las obras impresas del Fénix. Y el hecho de elogiar a alguien no significa que se tenga que ser amigo ni allegado suyo. ¿Acaso no podría algún recluso de esta prisión, sin ser mi amigo, elogiarme por las historias que cuento en el patio?

—Sí —confirma Polifemo—: yo mismo reconozco tu ingenio al contarlas, y está claro que no soy tu amigo.

¿No es bueno que al Monstruo le agrada el halago del Poli, aunque lo tiene por mentecato? ¡Oh fuerza de la adulación, a cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acredita el Monstruo, que dice orgulloso *Gracias, majete*, y continúa así:

—También se dice que Avellaneda muestra una «erudición literaria» completamente ajena a Pasamonte. Pero la mayor parte de las obras literarias que influyeron en el *Quijote* apócrifo son posteriores a 1603, fecha en la que Pasamonte acabó su autobiografía, por lo que no pudieron dejar su huella en la *Vida* de Pasamonte.

»Así que solo queda aducir que la calidad literaria del *Quijote* apócrifo es muy superior a la de la *Vida* de Pasamonte. Y eso no deja de ser curioso, porque el *Quijote* apócrifo ha sido denostado desde los inicios de la Historia de la Literatura, y los estudiosos han arremetido sin parar contra el indigno usurpador que, siendo una auténtica nulidad literaria, se atrevió a contender contra Cervantes creando una obra de ínfima calidad. Y si al leer las diatribas contra el *Quijote* apócrifo parecía imposible que pudiera existir nada peor, ahora resulta que sí lo hay: la *Vida* de Pasamonte. Todas esas apreciaciones sobre la calidad de ambas obras, que pertenecen a géneros distintos y fueron creadas con propósitos muy diferentes, son puramente subjetivas y dictadas por la necesidad de justificar en cada momento lo que convenga, por lo que no hay que hacerlas ningún caso. Así que, como dice el Poli, lo mejor será analizar qué dice Cervantes en el episodio de Ginés de Pasamonte de la primera parte del *Quijote*. Y me largo, que no debería estar aquí.

A Beatriz parece tranquilizarla que el Monstruo desaparezca.

.

—He estado revisando cuidadosamente la *Vida* de Pasamonte —dice pinillo—, y he encontrado en ella algo sorprendente. Ya sabéis que no se extendió mucho al narrar la batalla de Lepanto, pero sí cuenta más detalladamente otra acción militar posterior, la toma de La Goleta, en la que no hubo auténtico combate debido a que los turcos huyeron al ver llegar a los cristianos.

Vemos otra vez en blanco y negro el inicio de la toma de La Goleta, en la que aparecía un joven de 20 años, que ahora identificamos con Jerónimo de Pasamonte, dispuesto, al parecer, a pelear. Pero la imagen se colorea, y, en lugar de mostrar, como antes, el asalto general de la plaza por parte de los cristianos, se centra en el comportamiento del joven Pasamonte (representado por el mismo actor que hace de Polifemo). Y a pesar de que es pinillo quien está hablando, su voz en *off* da paso a la voz en *off* del Poli, quien cuenta así, mientras vemos la escena correspondiente, lo que le ocurrió a Pasamonte:

—Yo iba con una terrible cuartana, y mi capitán me quiso dejar en Mesina y en Palermo y en Trápana. Yo, por celo de la honra, no quise sino ir a la armada o morir. Y me acuerdo que, el día que desembarcamos al arenal de La Goleta con buena marea, me tenía la cuartana: y yo, armado con mi coselete y pica, con el terrible frío hacía crujir mis guazamalletas.

El capitán, que me vio, me hizo subir del esquiife. Yo dije: *¿Por qué?* Él me dijo que me quedase con los enfermos. Y me torné a arrojar al esquiife. Y el alférez Holguín mío, dijo: *Soldado tan honrado, ¡déjenle ir!*

—Lo más sorprendente del asunto —sigue pinillo—, es que el comportamiento que se adjudica Pasamonte es idéntico al que tuvo Cervantes en la batalla de Lepanto. Uno de los testigos explicó así el proceder de Cervantes (pinillo saca un papel arrugado del bolsillo que se dispone a leer, pero la imagen pasa a mostrar a un soldado maltrecho que, como si se tratara de un documental, mira a la cámara al hablar, mientras aparece en la parte inferior de la pantalla un rótulo en el que pone «ALFÉREZ MATEO DE SANTISTEBAN. 20 DE MARZO DE 1578»). Y el soldado dice a la cámara lo siguiente):

—En la batalla naval de Lepanto, Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y su capitán Diego de Urbina y este testigo y otros muchos amigos suyos le dijeron que, pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese abajo en la cámara de la galera; y Miguel de Cervantes respondió que qué dirían de él, y que no hacía lo que debía, y que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta, y que su salud. Y así vio este testigo que peleó como valiente soldado con los turcos en la batalla en el lugar del esquiife, como su capitán lo mandó.

pinillo vuelve a guardar su papel en el bolsillo y continúa así:

—Como veis, las coincidencias resultan sorprendentes: tanto Cervantes como Pasamonte tienen calentura (pues la cuartana es un tipo de calentura); ambos desoyen el consejo de su capitán de quedarse con los enfermos y se empeñan en combatir; uno y otro mencionan el esquiife, y en los dos casos un alférez es testigo de la hazaña. El comportamiento heroico de Cervantes en Lepanto, que fue reconocido y recompensado por sus superiores, era bien conocido entre la soldadesca, por lo que seguramente llegó a oídos de Pasamonte, que formaba parte del mismo tercio que Cervantes cuando ambos participaron en esa batalla.

»Decía Martín de Riquer que a Cervantes le habría bastado con conocer la existencia del manuscrito de la *Vida* de Pasamonte para crear al galeote Ginés de Pasamonte; pero, como enseguida os comentaré, Cervantes leyó muy atentamente ese manuscrito. Y al leer la descripción de la toma de La Goleta, comprobó que su antiguo compañero de milicias trataba de usurparle su comportamiento heroico en la batalla de Lepanto. Cervantes, que siempre se mostró orgulloso de

su actuación en esa batalla, debió de sentirse indignado, y más aún teniendo en cuenta que en la toma de La Goleta no hubo auténtico combate, y que él había recibido graves heridas en Lepanto.

»Y eso explica que hiciera un retrato tan despiadado de Jerónimo de Pasamonte, convirtiendo al devoto galeote de los turcos en un condenado por sus muchos delitos a las galeras del rey de España.

»Porque, para crear los episodios de Ginés de Pasamonte y del capitán cautivo, insertos en la primera parte del *Quijote*, Cervantes tuvo muy en cuenta el manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*.

»En el capítulo 22 de la primera parte del *Quijote*, se cuenta que don Quijote y Sancho se encuentran con una fila de hombres encadenados, que son conducidos a las galeras reales por un comisario y otros guardias. Y uno de ellos, Ginés de Pasamonte, es descrito así (vemos la imagen del traslado de los galeotes, el último de los cuales, que destaca por su gran tamaño al final de la cadena, es representado por el mismo actor que hace de Jerónimo de Pasamonte y de Polifemo, y se oye en *off* la voz de pinillo leyendo el episodio cervantino):

Tras todos estos, venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco que, aun que le llevaban de aquella manera, no iban seguros de él.

—La descripción que hace Cervantes de Ginés de Pasamonte está basada en los datos con que Jerónimo de Pasamonte se pintaba a sí mismo en su *Vida*, en la que se describía como un hombre «grandazo de cuerpo» con defectos visuales e indicaba que había sido cargado de cadenas tras su segundo intento de fuga.

»El guardián de los galeotes dice a don Quijote que se trata del «famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla», y el galeote contesta ofendido que Ginés, y no Ginesillo, es su nombre, y niega ser Parapilla (mote satírico asociado a los hurtos): «Pasamonte es mi alcurnia». Así, de igual manera que Jerónimo de Pasamonte se jactaba de su propio linaje en su autobiografía, recordando que sus antepasados habían servido al rey Fernando el Católico, Ginés defiende el suyo. Y el galeote cervantino dice a don

Quijote que ha escrito su propia vida: «sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares».

La imagen pasa a mostrar el siguiente diálogo:

COMISARIO.— Dice verdad; que él mismo ha escrito su historia, que no hay más, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

GINÉS DE PASAMONTE.— Y le pienso quitar, si quedara en doscientos ducados.

DON QUIJOTE.— ¿Tan bueno es?

GINÉS DE PASAMONTE.— Es tan bueno que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades y que son verdades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le igualen.

DON QUIJOTE.— ¿Y cómo se intitula el libro?

GINÉS DE PASAMONTE.— *La vida de Ginés de Pasamonte*.

DON QUIJOTE.— ¿Y está acabado?

GINÉS DE PASAMONTE.— ¿Cómo puede estar acabado, si aún no está acabada mi vida?

—A mí también me gustaría escribir mi autobiografía —dice Polifemo—, ahora que he cumplido los treinta y estoy en la cárcel. Yo sí que tendría cosas que contar...

—En la obra cervantina —sigue pinillo—, don Quijote libera a los galeotes, y les pide que vayan con su cadena a cuestras a encomendarse en su nombre ante la señora Dulcinea del Toboso. Ginés de Pasamonte dice que en ningún caso, y menos aún juntos, irán al Toboso, pues cada galeote tiene que huir por su cuenta de la Santa Hermandad. La respuesta de Ginés no satisface a don Quijote, el cual insulta gravemente al galeote.

Vemos a don Quijote airado diciendo a Ginés lo siguiente:

—Pues ¡voto a tal!, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras.

—Viéndose tratar así por don Quijote —continúa pinillo—, Ginés hace una seña a los demás galeotes, los cuales apedrean a don Quijote y Sancho, robándoles después la ropa y emprendiendo la huida. Finalmente, se dice que don Quijote queda «mohinísimo de verse tan malparado por los mismos a quien tanto bien había hecho».

»En la segunda edición de la primera parte del *Quijote*, se incluían otros episodios protagonizados por Ginés de Pasamonte que no figuraban en la primera, relativos al robo y a la recuperación del asno de Sancho. Hallándose dormidos don Quijote y Sancho en Sierra Morena, Ginés de Pasamonte se apropia del asno, y algunos días después se encuentran con él.

Se muestra en pantalla la siguiente escena:

Don Quijote y Sancho ven venir por el camino a un hombre caballero sobre un jumento. Sancho Panza advierte que es Ginés de Pasamonte, que viene sobre el asno robado; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas, sabía hablar, como si fueran naturales suyas. Y Sancho a grandes voces dice:

—¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi prenda, suelta mi vida, deja mi asno! ¡Huye, puto; auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!

—Y así se describe —precisa pinillo— la huida del galeote:

No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque a la primera saltó Ginés, y, tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos.

—Se dice que Ginés conocía muchas lenguas —continúa pinillo—, porque Jerónimo de Pasamonte contaba en su autobiografía que había aprendido varios idiomas en su largo cautiverio entre italianos, griegos, judíos, moros y turcos. Y Sancho tacha de «puto», término que significaba ‘cobarde’, a Ginés de Pasamonte, el cual, con su huida a un trote que parecía carrera, confirma la acusación, especialmente ofensiva debido al oficio de soldado de Jerónimo de Pasamonte.

»En suma, Jerónimo de Pasamonte fue gravemente injuriado en la primera parte del *Quijote* cervantino bajo la apariencia del galeote Ginés de Pasamonte, al que Cervantes presentó como un pícaro condenado por sus muchos delitos a las galeras, tachándolo de atrevido, bellaco, ladrón, embustero, cobarde y desagradecido, y dirigiéndole graves insultos (como el *hijo de la puta* que le asesta don Quijote o el *puto* de Sancho).

—Creo que sé adónde quieres ir a parar... —dice Beatriz.

—Pero aún hay más —dice pinillo.

—¿Sí? —dicen Beatriz y el Poli con curiosidad.

—Cervantes no se conformó —sigue pinillo— con satirizar a Pasamonte, sino que decidió imitar su autobiografía al escribir el

episodio del capitán cautivo, inserto en la primera parte del *Quijote*. De igual manera que había imitado el episodio de Celio de *La Arcadia* para mostrar a Lope de Vega su superioridad en el ámbito de la narración, Cervantes también quiso dejar claro a Pasamonte que podía escribir un relato sobre las batallas de su juventud y sobre el cautiverio mucho más atractivo que el que figuraba en su autobiografía. Cervantes seguramente desdeñaba la calidad literaria de la autobiografía de Pasamonte (y no hay que olvidar que se originó como un memorial dirigido a las autoridades, por lo que tenía un estilo propio de los documentos burocráticos, sin ninguna pretensión literaria), pero decidió imitarla como otra forma de dar réplica a la usurpación de que había sido objeto.

»En definitiva, Cervantes tuvo muy en cuenta el manuscrito de la primera parte de la *Vida* de Pasamonte al realizar el retrato de Ginés de Pasamonte y al escribir el episodio del capitán cautivo. Si Jerónimo de Pasamonte, como parece probable, llegó a leer la primera parte del *Quijote*, publicada a principios de enero de 1605, pudo comprobar que Cervantes le había retratado satíricamente en ella bajo la apariencia de Ginés de Pasamonte, y que había imitado su autobiografía.

—O sea —dice Beatriz— que tenemos dos sospechosos principales: tanto Lope de Vega como Jerónimo de Pasamonte tenían un motivo más que justificado para escribir el *Quijote* apócrifo, ya que ambos habían sido imitados, atacados y ridiculizados por Cervantes en la primera parte del *Quijote*.

—Sí, pero hay una clara diferencia —salta el Monstruo desde su esquina—. Aunque Cervantes imitó a Lope y se burló de él a través del comportamiento de don Quijote durante su penitencia en Sierra Morena, el personaje de don Quijote no remitía directamente a Lope de Vega, por lo que el agravio y la burla quedaban parcialmente encubiertos. Sin embargo, el personaje del galeote Ginés de Pasamonte, autor de una *Vida de Ginés de Pasamonte*, aludía de forma clara y directa al autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, por lo que este podía sentirse agraviado en mucha mayor medida. Además, Lope de Vega ya había respondido a las críticas cervantinas en el prólogo de *El peregrino en su patria*, por lo que no tendría que molestarse en escribir el *Quijote* apócrifo para dar una nueva réplica a Cervantes. Yo en su lugar, desde luego, no lo habría hecho.

—¿Ah, no? —dice extrañado Polifemo.

4. JERÓNIMO DE PASAMONTE Y EL QUIJOTE APÓCRIFO

La imagen muestra por medio de un *flashback* el momento en el que, poco después de que lo hiciera pinillo, el Poli había ingresado en prisión.

Venía precedido de su horrible fama: siete muertes consumadas y treinta años de condena. Su aspecto era aterrador: grande, tuerto, cejijunto, mal encarado. Pronto se ganó el respeto de los que quisieron tantearle: una cabeza quebrada en la pared, un rostro destrozado de un tremendo puñetazo. Nadie se acercaba a él. Vivía en extraña soledad barruntando pesares. Solo se dirigía a los demás para apartarles de su paso, esquivo y pronto a impedir cualquier intromisión en su retiro.

pinillo tenía sus motivos para guardar las distancias con el gigantazo. En aquella época, pinillo había reencontrado una de sus obras preferidas de juventud, la *Fábula de Polifemo y Galatea*, y vivía ensimismado en su recreación. Un día, sentado en el suelo con el libro entre las manos, su rostro admirado atrajo la atención del Poli. El matón le preguntó que qué leía.

—¿La fábula de qué?

pinillo le explicó que era una obra de Luis de Góngora, un gran escritor. Añadió que le encantaba. El Poli se interesó. Se sentó junto a pinillo, y entabló su primera conversación ante la mirada atónita del resto de los reclusos.

El Poli apenas se acordaba de leer, y no se había interesado nunca por el arte. Tan solo le habían apasionado las canciones que oía cantar a su padre en el coche cuando era niño, aunque de eso hacía ya mucho tiempo. Pero comenzó a hojear el extraño libro, ayudado por pinillo. Pronto, el Poli encontró un mundo fascinante. No podía entender cómo aquellas simples palabras resultaban tan hermosas, causaban tanto placer. Descubrió que la simple materia de los vocablos poseía un poder de sugerencia comparable al de la música de su niñez. Pero aquellas palabras eran autosuficientes, no precisaban de la armonía musical para producir un gozo inexplicable. Al leer, la boca se le henchía de palabras, rezumaba preciosos vocablos preñados de son. El Poli no salía de su asombro.

Ved al gran matón recitando ensimismado los versos por el patio de la prisión:

...caliginoso lecho, el seno obscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves.

El Poli requería a menudo las explicaciones de pinillo. este le ayudaba a descifrar el contenido, reorganizaba hipérbatos y aclaraba imágenes dudosas. Cuando el Poli llegaba a entender el sentido de aquello que sonaba tan bien, esbozaba una sonrisa terrible que desencajaba su rostro brutal. ¡Qué felicidad! ¡Qué maravilla! Aquellas palabras no solo eran hermosas, también significaban. Fue así como conoció la amorosa historia de Acis y Galatea, la terrible venganza del cíclope enamorado. El Poli, arrebatado, caminaba por el patio leyendo versos sublimes con su dulce vozarrón:

De este, pues, formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrió
de los montes esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

pinillo le hacía ver cómo la expresión formal se adecuaba al contenido. La distensión del hipérbaton magnificaba la amplitud del bostezo con el que se comparaba la cueva del cíclope Polifemo, y las palabras salteadas del sexto verso reflejaban los brincos de las cabras de sus rebaños, tan abundantes, que llegaban a esconder las cumbres de los montes, antes de ser reunidos con un silbido y encerrados en la cueva tapada con un peñasco. El Poli quedaba anonadado, era feliz con su descubrimiento, bendecía a pinillo en su interior por haberle ofrecido aquel misterio que se holgaba en recitar:

...La selva se confunde, el mar se altera,
rompe Tritón su caracol torcido,
sordo huye el bajel a vela y remo:
¡tal la música es de Polifemo!

Fue así como algún listillo, conjugando su apariencia, su ojo a la virulé y su afición recitadora, le añadió el «femo» al Poli, en muy feliz ocurrencia. Él no se molestó; al contrario, le enorgullecía enormemente que le llamaran así, y su actitud aprobadora no solo favoreció el afianzamiento del mote, sino que le sacó también de su aislamiento. En efecto, empezó a permitir a los demás que se dirigieran a él, siempre y cuando lo hicieran llamándolo por su nuevo nombre.

Poco a poco, Polifemo empezó a desentrañar por su cuenta el misterio de los versos. Le gustaba especialmente aquel primero de la decimocuarta octava:

Purpúreas rosas sobre Galatea
la alba entre lilios cándidos deshoja...

Ahora era él quien explicaba a pinillo por qué sonaba tan bien. En el primer verso, el fuerte acento en segunda y cuarta sílabas y su atenuación en sexta sugería el efecto oblicuo de las rosas de la aurora cayendo en la piel de la ninfa, prestándole su color. La sonoridad era producida por la acumulación de los sonidos «p», «r» y «s», y por la sublime repetición inicial del sonido «pur». Pero además, y esto tardó en descubrirlo, se repetía disimulada y magistralmente el sonido «ea» al final de la primera y la última palabra del endecasílabo. Todo ello confluía en un verso redondo, cuya sonoridad y color contrastaba con la suave blancura que en el verso siguiente matizaba la piel de Galatea.

Desentrañando las exquisiteces de la fábula magistral, Polifemo vivió los mejores momentos de su vida. La cárcel le daba igual. Se sentía alado, libre, regalado. Su admiración por aquel don Luis se engrandecía, contagiaba a los restantes reclusos de su pasión. Pronto, las copias manuscritas del libro en cuestión se multiplicaron, sonaban a todas horas los versos por la prisión:

Salamandria del Sol, vestido estrellas,
latiendo el Can del cielo estaba, cuando
(polvo el cabello, húmidas centellas,
si no ardientes aljófares, sudando),
llegó Acis;...

Solo una cosa creía preciso perfeccionar. La obra era osada para su tiempo, pero era de lamentar que Góngora no describiera detalladamente el encuentro sexual entre Acis y Galatea. Sí, toda la

fábula era sensual, incitadora, afrodisiaca..., pero negaba el momento crucial:

No a las palomas concedió Cupido
juntar de sus dos picos los rubíes,
cuando al clavel el joven atrevido
las dos hojas le chupa carmesíes.
Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,
negras viólas, blancos alhelíes,
llueven sobre el que Amor quiere que sea
tálamo de Acis ya y de Galatea.

Y en la octava siguiente se introducía sin más el canto de amor del cíclope. Polifemo empezó a pensar que él mismo debía suplir esa carencia, ofrecer a sus compañeros algo excitante con lo que soñar. ¿Sería él capaz de formar siquiera una sola octava, recrear el sublime momento con un mínimo de dignidad? El reto le parecía insuperable, pero no lo podía ignorar. Aterrorizado, se armó de valor para afrontar el más arduo trabajo de su vida. Él, que había segado siete vidas con sus manos, se sentía incapaz de elaborar los ocho versos necesarios. Pero debía al menos intentarlo.

Ahí tenéis a Polifemo enajenado, sin salir nunca de la celda. Apenas se alimentaba. Dos meses tardó en componer y pulir una estrofa que no desmereciera de las demás. Por fin, extenuado, tendió esperanzado a pinillo el papel que contenía los ocho trabajados versos:

Tanta torre triunfante Galatea,
al túnel salvador el clavel dado
cuanto Acis aspira, paladea;
se siente y no ve Amor desesperado
lascivo redondel, dulce pelea,
de fiera ninfa y fauno enamorado.
De amor le inunda el vientre, y de repente,
clavel es cascabel, torre es torrente.

No dejó de percibir pinillo las referencias a otros versos de la fábula. Recordó que él mismo, al leer cómo Acis besaba el clavel de la boca de la ninfa, había apetecido el segundo clavel que ahora se concedía. ¡Qué imagen sublime de Galatea embocando gigante la asediada fortaleza, de Acis llevando a los suyos hasta la boca del

subterráneo (¡ese túnel de salvación!), una y otro en ardoroso enfrentamiento! Feliz le pareció además la elección de los verbos utilizados para designar la acción fragante y voraz de los contendientes, sintácticamente entrelazados. Asimismo, observó que Polifemo, a la manera de Góngora, intentaba en el cuarto verso aunar forma y contenido, con esa alusión sonora a la denominación vulgar de la postura de los amantes. ¿Y qué decir de la desesperación del ciego dios —agravada por el violento hipérbaton—, incapaz de percibir la belleza que él mismo había causado? Acertado le pareció el trueque de adjetivos del sexto verso, que confería apetito y amor a ninfa y fauno. ¿Y el séptimo? ¡Qué sugerente en su primera mitad! ¡Hermosa forma de expresar el cariñoso vaivén, sutilmente reflejado en la acentuación! ¡Qué alusión suplementaria al logro final del niño dios, felizmente reinstalado en la dulce cavidad! Y el orgasmo de Galatea y Acis, trémula ella y jadeante, vaciado él y sonoro, dibujó en el rostro de pinillo la misma inmensa admiración que atrajera por primera vez la curiosidad de aquel matón, cuando le preguntó que qué leía.

Viéndolo así Polifemo, recompensado, prorrumpió en llanto feliz, apaciguado.

.

pinillo está en su celda cotejando la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda. El Monstruo le ayuda buscando los episodios requeridos de ambas obras. Se ve a pinillo suspenso, con los libros delante, su bolígrafo en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando vehementemente.

Después se levanta y se dirige al espejo. Mira su propia cara como si nunca la hubiera visto, como si tratara de adivinar a quién pertenece. Arden sus neuronas en el espejo. *Si yo fuera Pasamonte* —se dice— *¿qué habría hecho?* De pronto parece tener una iluminación. Vuelve a la mesita y agarra ansioso los dos libros, que compara ávidamente durante un buen rato.

Finalmente, se levanta de golpe tirando los libros al suelo y vuelve a mirarse en el espejo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa.

.

—He estado cotejando con el Monstruo la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda, y el resultado es alentador. Si en el prólogo de *El peregrino en su patria* Lope de Vega ya había dado respuesta a Cervantes, es posible que Pasamonte también le diera la suya, si es que fue él quien escribió, como sospechara Riquer, el *Quijote* apócrifo.

»En la dedicatoria de su obra, Avellaneda indicó que había compuesto su libro para responder a las infamias de que había sido objeto. Y en el prólogo, hizo ver que esos ataques se encontraban en la primera parte del *Quijote* de Cervantes. Fijaos en lo que escribe Avellaneda en ese prólogo (se ve en la pantalla el siguiente fragmento del prólogo de Avellaneda, mientras pinillo lo lee en *off*):

...esta historia que se prosigue, con la autoridad que Cervantes la comenzó y **con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron**; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una.

—Avellaneda indica que Cervantes realizó en su obra una «copia de fieles relaciones que a su mano llegaron». La expresión «que a su mano llegaron» se refiere a los manuscritos que pasaban de mano en mano, y, por lo tanto, a un manuscrito que habría llegado a la de Cervantes (el cual, como Avellaneda recuerda con muy mal gusto, había quedado manco en Lepanto). Y ese manuscrito contenía unas «fieles relaciones» que habrían sido copiadas por Cervantes al componer la primera parte del *Quijote*.

—Y esas «fieles relaciones» —interrumpe Beatriz— podrían aludir a las acciones militares descritas en el manuscrito de la *Vida* de Pasamonte y al relato de su posterior cautiverio, pues Cervantes las había imitado al componer el episodio del capitán cautivo.

—Exacto. Avellaneda daría a entender que se siente autorizado a proseguir la primera parte del *Quijote* («con la autoridad que él la comenzó») porque en ella Cervantes le había imitado a él. Y el prólogo de Avellaneda continúa así:

...si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales **el ofender: a mí, y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto**, por haber entretenido tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

»Avellaneda indica claramente que Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, ha ofendido a dos personas: a él mismo («a mí»), y a Lope

de Vega (que es la persona aludida como aquella a quien «tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto...», ya que el Fénix era conocido por el gran número de comedias que escribió, y, como constaba en la portada de su *Jerusalén conquistada*, publicada en 1609, había sido nombrado «Familiar del Santo Oficio de la Inquisición»).

»Y Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, atacó claramente a dos personas: a Lope de Vega y a Jerónimo de Pasamonte. Pero Avellaneda ofrece un indicio más sobre su identidad, pues especifica cómo se ha producido el ataque cervantino contra su persona:

...huyendo de **ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios**, si bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero.

»Avellaneda indica que Cervantes le ha ofendido haciendo «ostentación de sinónimos voluntarios», es decir, exhibiendo de forma notoria y premeditada algunos sinónimos ofensivos. Los sinónimos son vocablos que tienen una misma o parecida significación, y el término «voluntarios» indica que han sido creados de forma pretendida: no se trata de un uso de términos similares ya existentes, sino de la invención deliberada de nuevos vocablos. Y por eso mismo podrían aplicarse al nombre y al apellido de un personaje: como advirtiera Martín de Riquer, esos sinónimos seguramente aluden al nombre y al apellido de Ginés de Pasamonte. En efecto, el nombre de *Ginés* comparte cuatro letras con el de *Gerónimo* (que entonces se escribía con «G»), y su apellido es idéntico al de *Jerónimo de Pasamonte*. Por lo tanto, el nombre y el apellido de *Ginés de Pasamonte* podrían considerarse con toda propiedad sinónimos de los de *Gerónimo de Pasamonte*, creados voluntariamente para hacer ostentosa la relación.

—Las alusiones son tan diáfanas que asombra que no hayan sido reconocidas por los investigadores —dice Beatriz.

—Por otra parte —prosigue pinillo—, en el soneto preliminar de su obra, Avellaneda pudo dejar otra clara pista sobre su identidad.

Vemos a Avellaneda de espaldas, en lo que parece la celda de un monasterio, terminando de escribir en un papel. Su imponente aspecto nos resulta familiar, pero no se muestra su rostro, y la imagen se centra en los dos últimos tercetos del soneto que ha escrito, cuyo penúltimo verso está resaltado casi en su totalidad con tinta más gruesa:

Ya vos endono, nobles leyenderos,

las segundas sandeces sin medida
del manchego fidalgo don Quijote,
para que escarmentéis en sus aceros;
que **el que correr quisiere tan al trote**
non puede haber mejor solaz de vida.

pinillo continúa así:

—La expresión «Ya vos endono, nobles leyenderos» significa ‘ya os envío, nobles lectores’, por lo que Avellaneda emplea su soneto para presentar a sus lectores la segunda parte, llena de sandeces, de la historia de don Quijote, para que estos escarmienten y tomen ejemplo de lo que no hay que hacer.

»Algún investigador se ha preguntado quién podría ser el personaje al que se refiere la expresión del penúltimo verso: «el que correr quisiere tan al trote». Esa expresión no tiene sentido en el contexto del soneto, por lo que solo lo cobraría si se tratara de una alusión. Y parece aludir, en efecto, al episodio en el que Sancho recuperaba el burro que le había robado Ginés de Pasamonte.

»En dicho episodio, Ginés de Pasamonte era presentado como un cobarde, pues salía huyendo al encontrarse con don Quijote y Sancho, lo que se describía de la siguiente manera: «...saltó Ginés, y, tomando un *trote* que parecía *carrera*, en un punto se ausentó y alejó de todos».

»Por lo tanto, el penúltimo verso del soneto de Avellaneda («que el que *correr* quisiere tan al *trote*...») parece referirse a la presentación injuriosa que Cervantes había realizado de Ginés de Pasamonte, y los dos últimos versos podrían interpretarse así: «el que correr quisiere tan al trote» representa a Ginés de Pasamonte, y, por extensión, a Jerónimo de Pasamonte, el cual no encuentra «mejor solaz» o consuelo de vida para responder a la ofensa que continuar la obra de Cervantes. Así, Avellaneda habría sugerido en su soneto preliminar quién era en realidad y el motivo por el que escribió el *Quijote* apócrifo.

—Eso de que Cervantes le pintara huyendo a la carrera —dice Polifemo—, y más aún tratándose de un antiguo soldado, tuvo que sentarle muy mal a Pasamonte. No sería nada extraño que hubiera ironizado al respecto en su soneto.

—Por otra parte —sigue pinillo—, hay un gran número de coincidencias expresivas y de similitudes temáticas y argumentales entre la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* apócrifo, y muchos pasajes de la obra de Avellaneda parecen inspirados en las vivencias que Pasamonte contó en su *Vida*.

»De entre todas esas coincidencias, conviene destacar el conocimiento que Avellaneda muestra de las instituciones religiosas de Calatayud. En un pasaje del *Quijote* apócrifo, don Quijote y Sancho, que viajan en compañía del soldado Antonio de Bracamonte y del ermitaño Fray Esteban, paran a descansar en una fuente cercana a Ateca, y en ella se encuentran con dos canónigos de Calatayud.

Se ve la escena en la fuente, sita junto a una fresca saucedá, en la que aparece de espaldas el corpulento soldado Antonio de Bracamonte, y, de frente, el ermitaño, don Quijote, Sancho y los dos canónigos. (Los actores que representan al don Quijote y al Sancho de Avellaneda son los mismos que interpretan al don Quijote y al Sancho cervantinos, si bien los dos don Quijotes se diferencian por su atuendo, pues el cervantino porta armas oscuras y mohosas, y el de Avellaneda luce la brillante armadura de don Álvaro Tarfe). Y uno de los canónigos toma la palabra:

en confirmación del santo uso y devoción del **rosario**, protesto ser toda mi vida muy devoto de su santa **cofradía**; y en llegando a **Calatayud**, tengo sin duda de asentarme en ella y procurar ser admitido en el **número de los ciento y cincuenta que se emplean en servirla y administrarla**, por el interés de las muchas **indulgencias** que se ganan en ella.

»El canónigo se refiere a la cofradía del Rosario de Calatayud, y Avellaneda pone en su boca el número de personas que la administraban y las indulgencias que en ella se ganaban por el rezo del rosario. Se trata de un dato especialmente relevante, pues evidencia que Avellaneda tenía un conocimiento preciso de dicha cofradía, que solo podría poseer quien hubiera estado en contacto directo con ella.

»Como ya advirtiera Martín de Riquer, solo tenemos otra noticia de esa cofradía, que es la suministrada en la *Vida* de Pasamonte, el cual narra que ingresó en ella: «Siendo de edad de trece años, me trujo mi hermano de Soria en *Calatayud* para estudiar la gramática. Entonces me escribí *cofrade de la Madre de Dios del Rosario bendito*». Y Pasamonte también se refiere, como el canónigo avellanedesco, a las indulgencias que se otorgan en esa cofradía: «Venido de Turquía, hallé las *indulgencias* filipinas en la Compañía de Jesús, y un padre en *Calatayud* me dio una medalla y el buleto, y acomodo allí mis devociones con las del *rosario* santo». Por lo tanto, Avellaneda y Pasamonte tenían un conocimiento muy preciso de la Cofradía del Rosario bendito de Calatayud y de las indulgencias que se daban en ella

por la devoción al rosario, y, si Pasamonte ingresó en dicha cofradía, que alaba fervorosamente en su autobiografía, también pretende hacerlo el personaje de Avellaneda.

—Este sí que es un dato significativo —dice Beatriz—, pues la mayoría de los candidatos propuestos a la autoría de la obra apócrifa no tendrían por qué conocer esa cofradía ni siquiera superficialmente.

—Y no solo eso —dice Polifemo—. Creo que hay algo más: seguramente Pasamonte quiso incluirse a sí mismo en el *Quijote* apócrifo, ya que era uno «de los ciento y cincuenta» miembros de la cofradía que se encargaban de «servirla y administrarla».

—¡Es cierto! —dice pinillo—. No me había dado cuenta: ¡Pasamonte aparece representado, aunque sea indirectamente, en el *Quijote* de Avellaneda!

—Y eso constituye —dice Beatriz sonriendo— otro claro indicio sobre su verdadera identidad. No es una prueba definitiva, puesto que, hipotéticamente, podría haber alguien más que conociera esa cofradía, y que quisiera resaltarla y halagarla como hace Avellaneda. Pero, al menos, indica uno de los requisitos que ha de cumplir cualquier candidato a la autoría de la obra apócrifa: conocer la Cofradía del Rosario bendito de Calatayud y tenerga interés en exaltarla.

—Y, de todos los candidatos propuestos —dice el Poli—, solo Pasamonte lo cumple.

—Y, si no me equivoco, los sospechosos tendrán más requisitos que cumplir —dice pinillo.

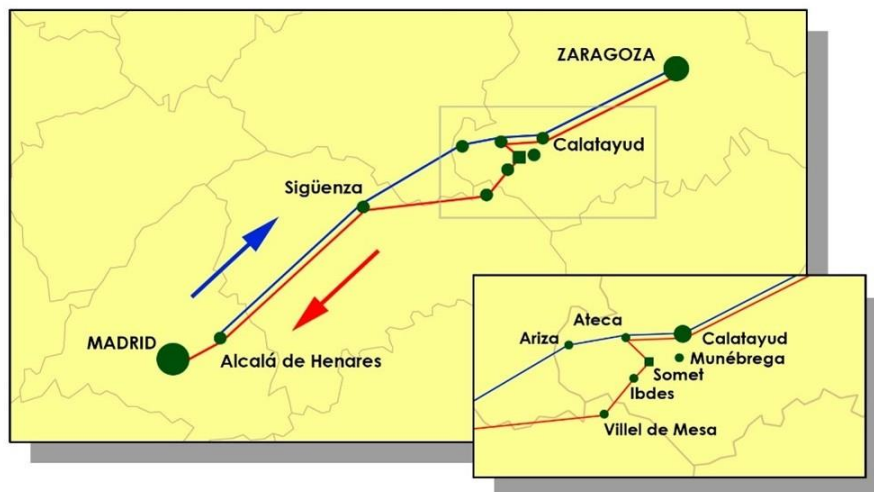
—Esta investigación detectivesca —dice Polifemo— es distinta a todas las demás, porque aquí no se trata de pillar al asesino, sino a uno que seguramente tuvo sus razones para actuar como lo hizo.

—Ten cuidado, Poli —dice Beatriz—, que estás empezando a sufrir un síndrome de Estocolmo literario, pues te empieza a caer bien el malo.

—La verdad es que nunca me ha caído mal... Tuvo que ser duro para él quedarse huérfano a tan temprana edad (que, curiosamente, es lo mismo que me pasó a mí), y, sobre todo, sufrir un cautiverio tan largo y penoso. Los cautivos españoles que eran conducidos a Constantinopla podían perder toda esperanza de regresar a España, y él lo consiguió, y supo luego reflejar su calamitosa experiencia en su autobiografía.

—No sé cómo puedes sentir por él tanta admiración —dice pinillo con aire de resignación, como pensando que de todo tiene que haber en esta vida—. En fin, a lo que iba: el don Quijote de Avellaneda hace un viaje desde su pueblo manchego hasta Zaragoza, volviendo después de Zaragoza a Madrid.

Mientras pinillo habla, sale en pantalla un mapa en el que se va señalando con flechas móviles el trayecto del don Quijote apócrifo.



—Avellaneda conocía muy bien la zona de Ibdes, donde nació Jerónimo de Pasamonte, pues en esa zona sitúa gran parte de las aventuras que vive su don Quijote en tierras aragonesas. Este, en su viaje de ida a Zaragoza, pasa por Alcalá de Henares, Ariza y Ateca. Y, en el viaje de vuelta, vuelve a pasar por Ateca, pero desde allí no se dirige a Ariza, sino a un «lugarcillo» intermedio entre Ateca y Sigüenza. Y el lugarcillo en cuestión, situado a cinco leguas de Ateca, tiene dos alcaldes.

Vemos en pantalla al don Quijote de Avellaneda y a su acompañamiento llegando al lugarcillo:

Llegaron en esto al lugarcillo. Entre los que allí a esto habían acudido, no habían sido de los postreros **los dos alcaldes del lugar**, el uno de los cuales, que parecía más despierto, le preguntó, mirándole:

—Díganos vuestra merced, señor armado, para dónde es su camino y cómo va por este con ese sayo de hierro y adarga tan grande, que le juro en mi conciencia que ha años que no he visto a otro hombre con tal librea cual la que vuesa merced trae. Solo en el retablo del Rosario hay **un tablón de la Resurrección, donde hay unos judiazos despavoridos y enjaezados al talle de vuesa merced; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas.**

—Y, al parecer —continúa pinillo—, y como muestran unos documentos rescatados por un historiador, solo había entonces un lugar

en la zona que tuviera dos alcaldes: Somet, una pequeña población que se despobló y desapareció como municipio, siendo agregada en 1461 a los concejos de Ibdes y Munébrega, cada uno de los cuales nombraría un alcalde para regirlo. Y uno de esos dos alcaldes, seguramente el nombrado por Ibdes, compara el atuendo de don Quijote con el de unos «judiazos despavoridos» que hay en un «tablón de la Resurrección» de su pueblo. Se trata de una escena repetida en la iconografía, que representa a Jesucristo resucitando de su tumba y a los soldados judíos que la guardaban aterrorizados al comprobarlo. Pero la pintura que describe el alcalde se caracteriza por su enorme tamaño, ya que menta unos «judiazos» dibujados en un «tablón».

»Hoy en día, Somet se encuentra bajo las aguas del embalse de La Tranquera, pero os apuesto cualquier cosa a que en Ibdes, el pueblo donde nació Pasamonte, hay un tablón de la resurrección en el que están pintados unos «judiazos despavoridos».

—Si esa pintura sigue existiendo, sería fácil comprobarlo. El fin de semana te haces un viajecito a Ibdes —dice el Poli a Beatriz—, y lo confirmas.

—El hecho de estar encerrado debe hacerte pensar que puedo viajar donde quiera cuando me plazca, como si fuera tan sencillo...

—¿Y no lo es? —dice el Poli extrañado—. Pero si tú estás libre...

—No estoy presa en la cárcel, salvo cuando trabajo en ella, pero tengo otras ocupaciones.

—¿Y ni siquiera puedes hacer un viajecito a Ibdes?

.

Vemos a Beatriz de paisano y conduciendo su pequeño todoterreno, alegre y canturreando. Aunque no se aprecia quién es, en el asiento de la derecha va alguien más.

Llegan a Ibdes, y Beatriz para a la entrada para hacerse una foto junto al rótulo con el nombre de la localidad. *Hazme una foto* —dice—, y se apoya sonriente sobre el cartel metálico. La imagen se detiene cuando suena el *clic*, mostrando la fotografía que le acaban de hacer, y Beatriz y su fotógrafo vuelven a subir al coche.

—Hay que buscar a Teresa Donoso, que es la encargada de enseñar la Iglesia. He puesto su dirección en el GPS.

Al rato llegan y aparcan frente a una casa. Beatriz llama a la puerta, y sale una amable señora que les conduce hacia la iglesia por las empinadas calles de Ibdes.

—Es impresionante —dice Beatriz al ver la iglesia de San Miguel Arcángel, que no solo parece enorme con respecto al tamaño del pueblo, sino que está construida con piedras de un fuerte y atractivo color rojizo que nunca había visto.

—Sí —oímos que dice con voz indiferente el otro.

La señora abre la puerta de la iglesia en la que fue bautizado Pasamonte. Beatriz contempla estupefacta el altar mayor, que tiene unas enormes puertas o «sargas», pintadas por su parte exterior e interior con distintos motivos religiosos. Ahora mismo están cerradas, y en ellas se ve una recreación del Juicio Final de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel. La señora coge un palo que sirve para abrir las sargas y se dispone a mostrar su interior a sus visitantes, uno de cuyos corazones palpita con un sonido audible. Primero abre la sarga de la derecha, y se ve pintada en ella la Ascensión de Jesucristo. Y, cuando va a abrir la de la izquierda, se enfoca la cara de Beatriz, que esboza una sonrisa de enorme satisfacción. Está muy guapa sonriendo así.

La cámara abre el plano y gira en torno a Beatriz, hasta situarse detrás de ella.

Vemos a Beatriz de espaldas ante la sarga de la Resurrección, en la que destacan las grandes figuras de unos judiazos despavoridos.

.

Ya en la enfermería, Beatriz enseña las fotos, que vemos en pantalla.

—Así que has ido a Ibdes este fin de semana —dice el Poli.

—Sí.

—¿Ves como no había ningún problema?

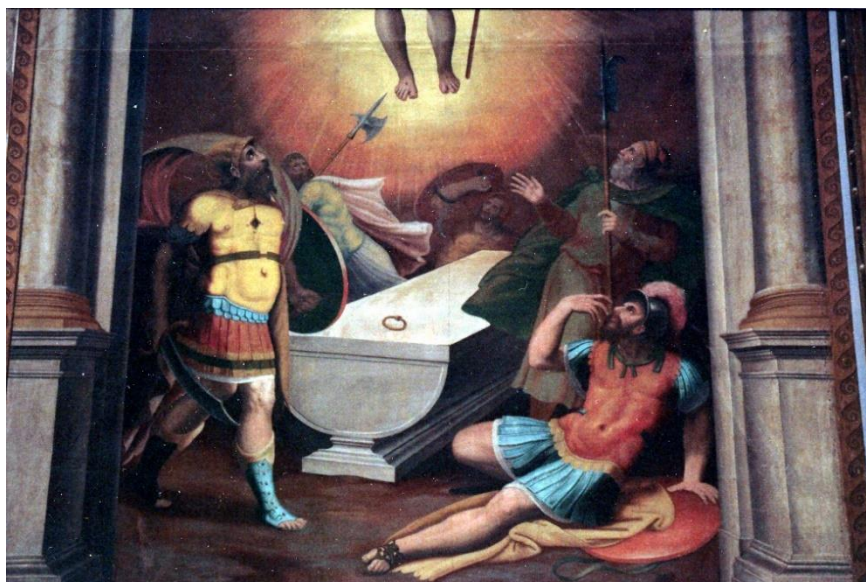
—Ninguno.

»Allí está la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, que tiene un retablo espectacular. Tendríais que verlo. A ambos lados del retablo hay unas enormes «sargas» o puertas, que sirven para cerrar el retablo durante la Semana Santa. Cuando las sargas están abiertas, en la de la izquierda se aprecia una pintura de la resurrección de Jesucristo, y en la de la derecha una pintura de su ascensión.

»Esta es la sarga de «La Resurrección»:



»Y aquí se ve un primer plano de los soldados judíos:



»Las sargas del retablo, atribuidas a Pietro Morone, son unas pinturas sobre tela de lino enmarcadas en madera. Fueron culminadas hacia 1565, cuando Pasamonte tenía unos 12 años, por lo que tuvo que verlas muchas veces en distintos momentos de su vida. Las sargas son de grandes dimensiones, como lo son las figuras de los soldados judíos, lo que concuerda con los términos «tablón» y «judiazos» que Avellaneda pone en boca de su alcalde. Este especifica que esos soldados no llevan unas «ruedas de cuero» similares al escudo de don Quijote, ni «tan largas lanzas» como él. Y los soldados judíos de la sarga no llevan ruedas o escudos de cuero, sino escudos metálicos, y los que aparecen en segundo plano no portan lanzas largas, sino cortas alabardas, por lo que sus armas se ajustan a la descripción del alcalde.

»En toda la zona de Calatayud no hay ningún otro retablo en el que aparezcan unos «judiazos» de gran tamaño. Por lo tanto, el «lugar» innominado situado a unas cinco leguas de Ateca, el cual tiene dos alcaldes, parece claramente inspirado en Somet, y uno de los dos alcaldes se referiría a los «judiazos despavoridos» del retablo de la iglesia de su pueblo, Ibdes, la localidad natal de Pasamonte.

»Así que Avellaneda, que en la portada del *Quijote* apócrifo se había hecho pasar por «natural de la villa de Tordesillas», seguramente incluyó en su obra ese «lugar» innominado para sugerir su verdadero lugar de origen.

—Pasamonte —dice Polifemo— no solo se habría representado a sí mismo a través de los ciento cincuenta miembros que administraban la cofradía del Rosario bendito de Calatayud, sino que habría incluido en el *Quijote* apócrifo algunas de las características más sobresalientes de su pueblo.

.

De nuevo en la enfermería, pinillo prosigue explicando sus indagaciones.

—Hay otro aspecto en el *Quijote* apócrifo que ha llamado mi atención. Como recordaréis, Cervantes había otorgado una edad de treinta años al galeote Ginés de Pasamonte, seguramente para burlarse de que alguien tan joven hubiera escrito su autobiografía. Y Jerónimo de Pasamonte, nacido en 1553, tenía cuarenta años en el momento en que, en 1593, hizo circular la primera parte de su *Vida*. Pues bien, Avellaneda parece corregir la edad que Cervantes otorgaba a su galeote.

»En un pasaje del *Quijote* apócrifo se describe a Bárbara de Villatobos (que en la obra de Avellaneda sustituye a Dulcinea del Toboso), una burda prostituta que don Quijote toma por Cenobia, la reina de las amazonas, y que le acompaña en parte de su viaje a Madrid. Y Avellaneda dice que su aspecto era tan lamentable que solo podía esperar la visita de «un galeote de cuarenta años», refiriéndose al galeote Ginés de Pasamonte.

»En la primera parte cervantina, don Quijote pedía al galeote Ginés de Pasamonte, de treinta años, que visitara a Dulcinea del Toboso. Y Avellaneda dice que Bárbara de Villatobos (sustituta en su obra de Dulcinea) puede esperar la visita del mismo galeote, pero de cuarenta años, que es la verdadera edad que tenía Pasamonte cuando puso en circulación su autobiografía. Y, ¿quién podría estar interesado, salvo Jerónimo de Pasamonte, en corregir la falsa edad que Cervantes había atribuido de modo burlesco a su galeote?

—Así que el cerco se estrecha más y más —dice Beatriz.

—Y hay otro aspecto importante —sigue pinillo— relacionado con los «sinónimos voluntarios». Cuando comentábamos el prólogo de Avellaneda, veíamos que este había escrito lo siguiente: «...huyendo de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios, *si bien supiera hacer lo segundo* y mal lo primero». Avellaneda afirmó, por lo tanto, que él también sabría «hacer ostentación de sinónimos voluntarios», lo que nos previene sobre la posibilidad de que hubiera usado ese recurso.

—No me digas más —dice Beatriz—: has encontrado «sinónimos voluntarios» en el *Quijote* apócrifo.

—Creo que sí. En la obra hay un personaje cuyo apellido se parece al de Jerónimo de Pasamonte, y cuyas características son muy similares a las que el aragonés se atribuyó a sí mismo en su autobiografía.

»Seguro que el Poli ya sabe a quién me refiero.

—Supongo que al soldado Antonio de Bracamonte.

—En efecto —dice pinillo—. Avellaneda seguramente quiso otorgar a su personaje un nombre y un apellido parecidos a los suyos, pero no tanto que llegaran a desenmascararlo, y el nombre y el apellido de *Antonio de Bracamonte* cumplían perfectamente esa misión. Y Avellaneda atribuyó a su soldado muchas de las cualidades con las que el aragonés se describe a sí mismo en su *Vida*. Tanto Jerónimo de Pasamonte como el personaje literario de Antonio de Bracamonte son soldados españoles de gran tamaño corporal, viajan a pie y son asaltados, se vanaglorian de su ilustre linaje a pesar de su extrema

pobreza, tienen una herida de guerra en el hombro, hablan latín y realizan disquisiciones teológicas.

»La principal diferencia entre los dos personajes estriba en que el soldado, contrariamente al galeote, es presentado de forma muy positiva, lo que indica que Avellaneda creó otro personaje que lo representaba para contrarrestar la imagen negativa de Pasamonte que había ofrecido Cervantes. Incluyendo al personaje de Antonio de Bracamonte, Avellaneda hacía ver a Cervantes que él también sabía jugar con los «sinónimos voluntarios», dándole otro indicio sobre su verdadera identidad, pero manteniéndola a salvo ante los lectores.

—La inclusión de Antonio de Bracamonte —dice Beatriz— viene a ratificar lo que entendía Avellaneda por hacer «ostentación de sinónimos voluntarios»: consistía en crear un personaje ficcional con nombres y apellidos similares a los de una persona real.

—Y es posible —dice pinillo— que Avellaneda no solo se representara a sí mismo a través de Antonio de Bracamonte, sino también mediante otro personaje. Al llegar a una venta cercana a Alcalá de Henares, don Quijote se encuentra con una compañía de comediantes, comandada por su «autor» o director.

»El término *autor* no solo se empleaba en la época para referirse a los creadores de textos, sino también a los directores de las compañías teatrales. Y es posible que Avellaneda jugara con el doble sentido que tenía el vocablo, de manera que el personaje en cuestión no solo cumpliría el papel de director de la compañía de comediantes, sino también el de autor del propio *Quijote* apócrifo. Avellaneda insiste tres veces en el tono moreno de su piel y nada menos que seis veces en su corpulencia. Así, es descrito en muy pocas páginas a través de las siguientes expresiones: «hombre moreno y alto de cuerpo»; «un hombre alto y moreno de cara»; «aquel grande»; «indómito gigante»; «como mi morena cara y membrudo talle muestra», y, en desfiguración humorística de Sancho por «imponente», «es tan impotente».

»La insistencia un tanto superflua en esos rasgos del personaje indica que Avellaneda quiso resaltarlos, y, como sabemos, Jerónimo de Pasamonte se describió a sí mismo en su *Vida* como un hombre «grandazo de cuerpo». Y el comportamiento del *autor* de la compañía de comediantes sugiere que es algo más que un personaje normal. En primer lugar, afirma que tiene una cuenta pendiente con don Quijote (cuando nunca antes lo había visto), seguramente aludiendo a la escena cervantina de los galeotes, en la que don Quijote insultaba gravemente a Ginés de Pasamonte. Y, en segundo lugar, sostiene que ha guiado los

pasos de don Quijote para encaminarlo a la venta cercana a Alcalá, y le advierte que es muy importante que vaya después a la corte madrileña. Sin embargo, el autor de la compañía de comediantes, como personaje literario, no ha hecho nada para conducir a don Quijote hasta la venta, ni tendría por qué saber, en atención a la lógica del relato, que don Quijote pensaba dirigirse a Madrid. Pero sí puede haberlo conducido hasta la venta, y conocer su destino, como autor literario de la propia obra. La caracterización de este personaje puede ser de interés, pues es muy posible que Avellaneda estuviera mandando un mensaje a su destinatario particular, Cervantes.

—Parece que Cervantes y Avellaneda —dice Polifemo— no dejaron de enviarse recaditos encubiertos. Y es mucho más interesante tratar de interpretar todos esos mensajes que contentarse con la simple lectura de sus obras. En un principio me preguntaba por qué la primera parte del *Quijote* de Cervantes parece más divertida que la segunda, y ahora, tras leer el *Quijote* apócrifo, ya sé a qué se debe: la primera parte cervantina pretende ser graciosa en sí misma como una sátira evidente de los libros de caballerías, mientras que la segunda destila grandes dosis de sarcasmo hacia la obra de Avellaneda, de la que continuamente se mofa. Y si esa burla no se advierte, pierde parte de su gracia. La verdad es que estoy disfrutando muchísimo con este asunto. ¡Ojalá no se acabara nunca!

—Pero Poli —dice temeroso pinillo, recordando el mandato del director de la prisión—, ¿no te gustaría descubrir quién era Avellaneda?

—Por supuesto. Quiero solucionar el enigma, pero no me importaría que se dilatará un poco más. Así estaré entretenido hasta que pueda salir de aquí.

pinillo piensa que pronto acabará el plazo del que dispone (lo entendemos porque la cámara muestra en primer plano su rostro desasosegado), pero prefiere no revelar a sus compañeros, para no preocuparlos, su entrevista con el director.

5. DE FRAILES Y FIRMAS

La imagen muestra a Beatriz y a Polifemo solos en la enfermería.

—Hay algo que me preocupa, Poli.

—Ya me imagino qué es.

—Si has decidido no vengarte de pinillo, quien te contrató para hacerlo terminará enterándose, ¿no es así?

—Correcto.

—Y, cuando se entere, tratará de solucionarlo. ¿Me equivoco?

—Estás en lo cierto.

—¿Y qué crees que hará?

—Bueno, supongo que mandará otro recadero.

—Entonces, mientras no ingrese ningún otro recluso en la prisión, ¿podremos estar tranquilos?

—En principio, sí. Aunque también podría intentar comprar a algún guardián. No debe faltarle el dinero para hacerlo, pues a mí me pagaba muy bien.

—¿Y sabes quién es?

—No tengo ni la más mínima idea.

—¿Nunca lo has visto?

—No. Sea quien sea, siempre ha tenido mucho cuidado de mantenerse en la sombra. Nuestro primer contacto fue indirecto, por medio de un colega mío que me ofreció el trabajo, y las pocas veces que he tratado con él ha sido a través de mensajes escritos a través del móvil, en los que me indicaba brevemente y de forma velada sus instrucciones, sin dejar ningún rastro que pudiera delatarlo.

—Y ese colega tuyo, ¿crees que lo conocerá?

—Desgraciadamente, ha muerto.

—¿Ha muerto...?!

—Lo mataron.

—¿Lo mataron? ¿Y ha tenido algo que ver en eso quien te contrató?

—Tal vez, pero no puedo asegurarlo. Yo ya estaba aquí dentro cuando ocurrió, y desconozco los detalles del asunto. Tan solo he sabido que se lo cargaron. Lo que sí te puedo decir es que nuestro hombre no se anda con chiquitas. Por el momento, está esperando a que yo haga

mi trabajo. Pero, tarde o temprano, comprenderá que no voy a hacerlo. Y eso le va a sentar muy mal. Así que habrá que andarse con cuidado.
La Bella mira a la Bestia con preocupación.

.

La imagen muestra ahora a pinillo junto a la Bella y la Bestia en la enfermería.

—Veréis lo que ha descubierto el Monstruo —dice entusiasmado pinillo—. En 1593, tras regresar a España después de su largo cautiverio entre los turcos, Pasamonte dio fin a la primera parte de su autobiografía, que consta de treinta y ocho capítulos, y la hizo circular en forma manuscrita. Y a partir del capítulo 39, comienza su segunda parte, en la que Pasamonte cuenta sus desesperados intentos de encontrar una forma de ganarse la vida tras su vuelta a España.

»¿Habéis leído ya la *Vida* de Pasamonte?

—Sí —responde el Poli.

—Estoy acabando esa primera parte —dice Beatriz.

—Te resumo rápidamente la segunda —dice el Poli—, pues no le va a quitar ningún interés a tu lectura, que puedes hacer de todos modos, ya que merece realmente la pena:

»Mientras estaba en Aragón, Pasamonte fue acogido en las casas de sus familiares. Con la esperanza de recibir alguna recompensa a cambio de los servicios prestados como soldado, fue a pie y mendigando desde Aragón a la corte madrileña, donde entregó a las autoridades el memorial con los sucesos narrados en la primera parte de su autobiografía. Aunque su pretensión era obtener una renta que le permitiera estudiar para ser sacerdote, tan solo obtuvo una cédula real para servir como soldado, por lo que tuvo que regresar a Italia, donde sirvió cerca de tres años en Gaeta, localidad famosa en la época por sus brujas. Pasamonte se creyó entonces víctima de hechicerías por parte de sus patronas, a las que consideraba brujas, y experimentó una serie de «visiones», casi siempre en sueños, de seres infernales.

»Pasamonte obtuvo después licencia para ir a Nápoles, donde sirvió dos años, hasta mediados de 1599, en una compañía que recorrió varias veces la Calabria. Finalmente, y aduciendo su poca visión, consiguió que el virrey le otorgara una plaza de residente en Nápoles, la cual suponía obtener retribución y estar exento de la milicia activa. Decidió entonces casarse, y el 12 de septiembre de 1599, cuando tenía 46 años, contrajo matrimonio con una mujer que sacó de un convento.

»La vida marital de Pasamonte no fue muy afortunada, ya que creía que sus suegros trataban de envenenarlo, de romper su matrimonio y de matar a sus hijos con hechizos, por lo que acabó cortando sus relaciones con ellos.

hagan dezir missas a S.^{to} Antonio a la Veronica del. Se
ñor: y que sanaran de algunas enfermedades: que q.
el demonio no pueda mas se contenta bomen su confesso.
Pero Dios no da su gloria a nadie: doy le immortales
gracias por todo. Acabe este presente libro
en Napoles de mi propia mano haziendo lo copiar
de uerbo aduerbum y de mejor letra a los 20. de
Dizeiembre 1603. gracias a mi Dios: y lo firmo
de mi propia mano Jurando en confesion sacramen
tal ser uerdad todas las cosas que en el tengo escriptas.
Escriuielo con licencia de mi Confessor fray Ambrosio
Palomba Maestro en Sacra Theologia en la religion
de Sancto Domingo.

The image shows a handwritten signature in dark ink. The signature is written in a cursive, somewhat stylized script. It begins with a large, ornate initial 'J' that loops around. The rest of the signature reads 'Jerónimo de Pasamonte' in a fluid, connected hand.

**Final del manuscrito de la Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte,
con la firma autógrafa de su autor**

»En los capítulos finales de su autobiografía, Pasamonte expone su piadosa vida interior. Se presenta como un ejemplo viviente de que la práctica continua de los sacramentos y de la oración permite a los buenos cristianos mantenerse a salvo de la perversa influencia de quienes realizan prácticas diabólicas; expresa además su confianza en la intercesión de la Virgen y muestra su devoción por el rosario y los santos. Y realiza después algunas reflexiones teológicas sobre los tipos de «tentaciones del demonio», distinguiendo entre la «tentación natural», que se produce cuando se está expuesto a un peligro pasajero, y la «tentación casi forzosa», que tiene lugar cuando hay una amenaza persistente por parte de los agentes demoniacos realizada «contra la permisión de Dios».

»Por último, explica que ha escrito la segunda parte de su autobiografía con el ánimo de advertir sobre la peligrosidad de quienes tienen trato con el demonio, para los que pide la excomunión, y se muestra resignado por la pérdida de la visión del ojo derecho, la cual no le ha impedido acabar de escribir su autobiografía, como afirma en su conclusión: «Acabé este presente libro en Nápoles de mi propia mano, haciéndole copiar *de verbo ad verbum* y de mejor letra a los 20 de diciembre 1603, gracias a mi Dios, y lo firmo de mi propia mano».

»Poco después, Pasamonte escribió las dos dedicatorias que abren su obra. La primera, fechada en Capua el día 25 de enero de 1605, va dirigida al Generalísimo de la orden de los dominicos, y la segunda, fechada en Capua el 26 de enero de 1605, al jesuita que había mandado el dinero para rescatarle del cautiverio.

»Así pues, la autobiografía de Pasamonte termina el 26 de enero de 1605, cuando le faltaban unos meses para cumplir los cincuenta y dos años de edad, y en el manuscrito figuran tres firmas autógrafas de su autor: una al final de la obra y otras dos en las dedicatorias iniciales.

—Me has dejado totalmente impresionada con tu resumen, Poli. Se ve que absorbes como una esponja todo lo que lees.

—Sí —dice pinillo—, y, como es tan grande, lo hace en proporción a su tamaño.

»En fin, a lo que iba: hasta hace poco, desconocíamos qué había sido de Jerónimo de Pasamonte después del 26 de enero de 1605, pero el Monstruo se ha enterado de que existe un documento relacionado con el monasterio de Piedra que podría arrojar nueva luz sobre sus últimos días.

pinillo enseña una hoja en la que vemos lo siguiente:

Juan de Higuera trocó con Ruy de las Eras vna pieça
 en la vega de Cocos, que es dos hanegadas; confronta con pieça de Tomás Gil
 y pieça de Juan de Alcalá. Recibió Juan de Higuera dos pieças en Bal de Villa,
 que son dos hanegadas; confrontan la vna con Pascual Hernando i el dicho Juan Higuera,
 la otra confronta con Juan Magaña y con Domingo Cortés. Con licencia del p^{re} (padre)
 fr. Gerónimo Pasamonte, alcaide. // Fray Gerónimo Pasamonte, Alcaide

Párrafo autógrafo escrito y firmado entre 1622 y 1626 por fray Jerónimo Pasamonte (AHNM. Clero, Piedra. Libro 18.642, folio 3)¹

—En un documento que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid —explica pinillo—, aparece un párrafo manuscrito firmado entre 1622 y 1626 por «Fray Gerónimo Pasamonte Alcaide», monje cisterciense del monasterio de Piedra y alcaide de Carenas.

»Carenas era un pueblo de señorío cercano a Ibdes y perteneciente al monasterio de Piedra, el cual nombraba a uno de sus frailes como *alcaide* para gobernarlo en su nombre. Entre 1622 y 1626, el autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, nacido en 1553, tendría entre sesenta y ocho y setenta y tres años. Y entre 1620 y 1624, el abad del monasterio de Piedra, encargado de nombrar al alcaide de Carenas, fue Malaquíás de Pasamonte, sobrino de nuestro Jerónimo.

»Pues bien, la firma de este documento presenta ciertas similitudes con las tres firmas autógrafas que figuran en el manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*.

pinillo saca las fotocopias de la autobiografía de Pasamonte, y localiza en ella las tres firmas, que se muestran en la pantalla, debajo de la firma del documento anterior.

¹ La anotación dice lo siguiente: «Juan de Higuera trocó con Ruy de las Eras vna pieça en la vega de Cocos, que es dos hanegadas; confronta con pieça de Tomás Gil y pieça de Juan de Alcalá. Recibió Juan de Higuera dos pieças en Bal de Villa, i que son dos hanegadas; confrontan la vna con Pascual Hernando i el dicho Juan Higuera, la otra confronta con Juan Magaña y con Domingo Cortés. Con licencia del p^{re} (padre) fr. Gerónimo Pasamonte, alcaide. // Fray Gerónimo Pasamonte, Alcaide (*rúbrica*)».

Fray Jerónimo Pasamonte Alcaide
 Fray Jerónimo Pasamonte Alcaide
 1603 Menor servid. del P. S. J.
 1605 Menor servid. del P. S. J.
 26 de enero de 1605 Menor servid. del P. S. J.

Arriba, firma del párrafo autógrafo escrito y firmado
 entre 1622 y 1626 por Fray Gerónimo Pasamonte alcaide.
 Bajo ella, las tres firmas autógrafas (20 de diciembre de 1603,
 25 de enero de 1605 y 26 de enero de 1605) que figuran en el
 manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*

—Como se puede apreciar a simple vista —continúa pinillo—, hay algunas coincidencias notorias, a pesar del tiempo que las separa, entre la firma de Fray Gerónimo Pasamonte Alcaide y las tres firmas de la autobiografía de Pasamonte, como el hecho de que en todas ellas figure el nombre de pila en un renglón y el apellido en otro renglón inferior, o el que la sílaba «ni» aparezca separada de la que la precede y la sigue. En suma, cabe suponer razonablemente que esas firmas pertenezcan a la misma persona, como han confirmado, al parecer, algunos expertos en caligrafía de la época.

»El análisis caligráfico no confiere una certeza absoluta, pero las coincidencias expuestas entre las firmas obligan a tener en cuenta la posibilidad de que Jerónimo de Pasamonte regresara a España después de 1605 e ingresara como fraile bernardo en el cisterciense monasterio de Piedra, donde podría haber escrito el *Quijote* apócrifo. El hecho de que hubiera contraído matrimonio no suponía un obstáculo insalvable,

pues los casados podían ser monjes si enviudaban, o si ambos cónyuges renunciaban a su vida anterior e ingresaban en sendos conventos.

»Jerónimo de Pasamonte dejó constancia en su autobiografía de las estrechas relaciones que él mismo y su familia siempre mantuvieron con el monasterio de Piedra, cercano a Ibdes, y mostró su arrepentimiento por no haber cumplido su voto religioso de hacerse fraile bernardo. Por ello, es probable que, tras su etapa en el reino de Nápoles, y al no ver consumado su deseo de ser sacerdote, Pasamonte volviera a España y cumpliera su voto juvenil de hacerse fraile bernardo, ingresando en el monasterio de Piedra.

»Eso podría explicar que Avellaneda, en el primer capítulo de su obra, sitúe la acción a 20 de agosto, día de san Bernardo, haciendo que don Quijote, tras a leer a Sancho la vida de san Bernardo, lo elogie con entusiasmo.

Vemos la escena en pantalla:

—Siéntate —dice don Quijote—, y lee la vida del santo que hoy, a veinte de agosto, celebra la Iglesia, que es san Bernardo.

—Mas lea y veamos la vida que dice de san Bernardo.

Don Quijote abre el libro, en cuya portada vemos escrito *Flos Sanctorum*, y comienza a leer la vida de San Bernardo, y al poco se sobrepone otra imagen en la que termina de leerla y cierra el libro.

—¿Qué te parece, Sancho? ¿Has leído santo que más aficionado fuese a Nuestra Señora que este? ¿Más devoto en la oración, más tierno en las lágrimas y más humilde en obras y palabras?

—A fe que era un santo de chapa. Yo le quiero tomar por devoto de aquí adelante...

—El hecho de que Avellaneda —sigue pinillo— sitúe la acción en el día de san Bernardo, y la importancia que otorga a este santo, destacándolo sobre todos los demás, podrían ser una insinuación sobre su verdadera condición. Tal vez Avellaneda quiso sugerir en el primer capítulo de su obra que era un fraile bernardo, lo que indicaría que Jerónimo de Pasamonte habría escrito el *Quijote* apócrifo siendo fraile bernardo en el monasterio de Piedra. Los estudiosos venían sospechando que Avellaneda pudiera ser un fraile, y tal vez lo fue, pero no un fraile de la orden de Santo Domingo, como han hecho pensar los elogios de los dominicos que figuran en el *Quijote* apócrifo, sino un fraile bernardo del monasterio de Piedra, como sugiere el elogio de san Bernardo que hay al inicio de la obra.

—En cualquier caso —dice Polifemo—, y aunque no se pudiera probar que Pasamonte acabara siendo un fraile bernardo, lo que sí está claro es que mostró repetidamente en su *Vida* su intención de serlo, y que Avellaneda realizó un encendido elogio, en un lugar tan significativo como el primer capítulo de su obra, de san Bernardo, y, en consecuencia, de la orden del Císter a la que pertenecía. Por lo tanto, otro de los requisitos que ha de tener el candidato postulado a la autoría del *Quijote* apócrifo (cumplido por Pasamonte, que dedicó su autobiografía al Generalísimo de la orden de los dominicos y refleja en ella que hizo voto de ser fraile bernardo) es que sea admirador de los dominicos y de san Bernardo.

—Recapitulando —dice Beatriz—, tenemos hasta el momento lo siguiente: Avellaneda lamenta que Cervantes lo ha imitado y ofendido mediante «sinónimos voluntarios» en la primera parte del *Quijote* (y Jerónimo de Pasamonte fue imitado en el relato cervantino del capitán cautivo y ofendido a través del galeote Ginés de Pasamonte); alude en su soneto preliminar («...el que *correr* quisiera tan al *trote*...») a la forma injuriosa en que Cervantes había retratado a Ginés de Pasamonte («...tomando un *trote* que parecía *carrera*...»); conoce de forma precisa y elogia la cofradía del Rosario bendito de Calatayud, y menciona a los ciento cincuenta miembros encargados de servirla, uno de los cuales era Jerónimo de Pasamonte; sabe que Somet tenía dos alcaldes; conoce la sarga de la Resurrección de la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes (en la que fue bautizado Pasamonte); está interesado en corregir la edad que Cervantes había adjudicado a Ginés de Pasamonte; introduce en su obra un personaje (Antonio de Bracamonte) cuyo apellido y atributos son similares a los de Jerónimo de Pasamonte y es admirador de los frailes dominicos y de san Bernardo.

»Por lo tanto, los candidatos que se postulen a la autoría del *Quijote* apócrifo tienen que cumplir esos requisitos, y, de todos los propuestos, tan solo hay uno que lo hace: Jerónimo de Pasamonte.

»No obstante, ninguno de esos requisitos, tomado aisladamente, demuestra que Jerónimo de Pasamonte fuera Avellaneda. Es su suma lo que hace sospechar con todo fundamento que lo fuera, y lo que descarta casi por completo la posibilidad de que se tratara de otra persona, ya que sería hartó improbable que nadie más cumpliera esas condiciones.

»Pero siento deciros, queridos míos, que no podemos dar por demostrada la identidad de Avellaneda, puesto que, hipotéticamente, podría existir alguna otra persona, desconocida para nosotros, que cumpliera los requisitos mencionados. Después de todo, tampoco sabíamos nada de Jerónimo de Pasamonte antes de 1922, cuando Raymond Foulché-Delbosc publicó su autobiografía, y cabría dentro de lo posible que existiera otra persona que se sintiera imitada y ofendida por medio de «sinónimos voluntarios» en la primera parte del *Quijote*, que conociera la cofradía del Rosario bendito de Calatayud, Somet y la iglesia de Ibdes, que fuera admirador de san Bernardo...

—Pero hay dos aspectos —objeta el Poli— que solo podrían aplicarse a Jerónimo de Pasamonte: la alusión a Ginés de Pasamonte en el soneto preliminar del *Quijote* apócrifo y la inclusión en la misma obra de Antonio de Bracamonte.

—Basta con aducir que son meras coincidencias, o simples conjeturas, y listo —contesta Beatriz.

—Pues entonces —salta el Monstruo desde su esquina— habrá que encontrar una prueba definitiva.

6. NO HAY OTRO COMO GÓNGORA

Vemos a Beatriz, a solas con pinillo, en el anejo del botiquín, cerciorándose de que las puertas están cerradas para que no haya intrusiones.

—Vas a explicarme de una vez por qué estás aquí —ordena Beatriz—, y quiero que me cuentes toda la verdad.

—Bueno, digamos que necesitaba esconderme durante una temporada, pues alguien me andaba siguiendo con no muy buenas intenciones. Supe por casualidad que tú estabas trabajando aquí, y se me ocurrió que sería un buen lugar para refugiarme..., y para poder verte otra vez. Pero solo acerté con respecto a esto último, porque me volvieron a encontrar.

—Así que quisiste que te encerraran aquí para volverme a ver, ¿eh? —dice satisfecha Beatriz—. Y luego vino el Poli para darte un «recadito».

—Eso es. Afortunadamente, pude ganarme al Poli, y ahora está de nuestra parte. Pondría la mano en el fuego por él.

—Sí, no es él quien me preocupa. Lo que me inquieta es que saben que estás aquí, y, cuando se den cuenta de que el Poli no ha cumplido su cometido, vendrá otro en su lugar.

—Sí.

—Y también a por el Poli.

—Sí. Y puede que también a por ti.

—¿A por mí!

—Sí.

—Pero ¿qué estás diciendo!

—Verás, en un principio no he querido contarte nada para no preocuparte, pero creo que ha llegado la hora de que lo sepas, pues, como dices, en cualquier momento podría venir otro sicario. Desde que entré en prisión no ha llegado ningún recluso más, ni se ha incorporado ningún funcionario, pero hace un par de días que tengo un mal presentimiento, como si fuera a ocurrir una desgracia.

—A mí el Monstruo me da mala espina —dice Beatriz, que parece dispuesta a confesar algo.

—Pero ya estaba en la cárcel cuando yo llegué, ocupando la misma celda a la que me incorporé, lo que descarta que sea el enviado.

»En cualquier caso, estoy muy preocupado. Te parecerá una tontería, pero intuyo que algo va mal. No me preguntes por qué, pues ni yo mismo lo sé. Llevo dos días sin dormir, sintiendo un temor a algo desconocido que no puedo precisar. No es la primera vez que experimento algo así, y, siempre que he tenido ese tipo de intuiciones, había una causa real por la que preocuparse. Por eso, debemos estar prevenidos, y buscar cuanto antes una solución. Mucho me temo que tendrás que sacarnos de aquí.

—Eso requerirá algún tiempo. No puedo organizarlo todo de la noche a la mañana para sacarlos a los dos.

—Lo sé. Trataremos de sortear el peligro hasta que lo prepares. Pero has de darte toda la prisa que puedas.

—Bien, intentaré agilizarlo. Pero ¿vas a decirme de una vez quién te persigue, y por qué podría venir también a por mí?

—Es una auténtica locura. Literalmente. ¿Te acuerdas de lo que te conté el primer día que nos vimos en la cárcel?

—¿La historia aquella de ese trastornado, el tal Sanz Porras? pinillo asiente.

—¿No me digas que ese chiflado tiene algo que ver en este asunto! ¿Es acaso ese tipo tu perseguidor?

—Me temo que sí.

—¿Y ese cretino pretende dañarte? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿Es que os habéis vuelto todos locos?

—Él, sí.

—¿Y tiene algo que ver con lo que pasó en aquel albergue, cuando fuimos de excursión con el grupo universitario de montaña?

—Sí, ahí se desató completamente su vesania. El muchacho ya daba muestras anteriormente de estar desequilibrado, pero no pudo aguantar lo que para su mente enfermiza constituyó una terrible humillación.

—¿Te refieres al día en que apareció desnudo en mi habitación?

—En efecto. Cuando éramos estudiantes de medicina, Sanz Porras se enamoró perdidamente de ti. Yo era entonces su mejor amigo y su único confidente. En aquella época tú salías con Rodríguez Morejón, que era mucho más atractivo y adinerado que él, y eso le descorazonaba. Nos pasábamos el día persiguiéndote, sin que tú lo supieras, pues el muy cretino quería saber todo lo que hacías, con la esperanza de encontrar algún punto flaco que pudiera servirle para desbancar a

Rodríguez Morejón. ¿Te acuerdas de la pelea que se produjo en aquel bar? Unos macarras se metieron contigo y con Rodríguez Morejón, y, como nosotros estábamos, como siempre, siguiéndoos, vimos lo que ocurrió. Sanz Porras no dudó en salir en tu ayuda. *¡Ayudemos a Pérez Méndez!*, me dijo (pues te llamaba así), y saltó él solo como una flecha hacia los macarras, los cuales le pegaron una paliza impresionante.

—Menos mal que apareció la policía, porque tú no fuiste de mucha ayuda en aquella ocasión... De hecho, ni siquiera me di cuenta de que estabas allí.

—Sí, soy tan insignificante que suelo pasar desapercibido. El caso es que Sanz Porras, tras recibir esa brutal paliza por protegerte, se creyó con algún derecho adquirido sobre ti. Supongo que los golpes contribuyeron a alterarle aún más el poco juicio que le quedaba. Como tras ese incidente fuiste complaciente con él, albergó alguna esperanza de conquistarte, pero, al notar que solo mostrabas agradecimiento, y que seguías enamorada de Rodríguez Morejón, empezó a cultivar en su interior un anhelo irreprimible de venganza, y entonces fue cuando pergeñó aquel disparate del hotel de montaña. Él tenía que distraeros mientras yo os echaba los somníferos en las copas. Quería aprovecharse de vuestro sueño para hacerte el amor toda la noche. Así que le seguí el juego, y, cuando entramos en vuestra habitación, se dio cuenta de que le había echado el doble de somníferos en su copa de los que había puesto en las vuestras.

»Me dijo que era un cerdo, además de un inútil y un cobarde, y cayó fulminado sobre el terrazo.

»Y es que esta vez tenía que protegerte, pues, tras andar persiguiéndoos un día sí y otro también, me había enamorado de tal forma de ti que no podía consentir que aquel imbécil te hiciera algo así. Por eso lo dejé tirado en una postura ridícula, para que tuviera que explicar qué hacía allí cuando despertara. Pero no fue una buena idea desnudarle y ponerle tu ropa interior. En aquel momento, no pude resistirme, y no supe calcular las consecuencias que eso traería. Cuando despertó, se mostró tan azorado que salió corriendo, vistiendo tu ropa interior, de vuestra habitación, con tan mala suerte que fue a entrar al comedor, donde en aquel momento estaba todo el resto de la excursión.

»Al verlo ataviado así, algunos de aquellos compañeros nuestros, siempre tan alegres y bienintencionados, le cerraron todas las puertas para impedirle la huida y divertirse a su costa, y tuvo que estar un buen rato soportando las burlas de la concurrencia, hasta que, como a Sancho Panza, lo mantearon, y hubo de suplicar llorando que lo dejaran salir.

Yo supuse que una burla así, en un ambiente juvenil y universitario, era algo que cualquiera podría encajar. Pero Sanz Porras no era una persona normal, y esa experiencia fue tan funesta para él que debió de descomponerle el cerebro. Se sentía tan avergonzado que nunca más volvió a la facultad, y terminó sus estudios en otra universidad. Después debió de recibir alguna herencia, y pronto se enriqueció con sus negocios rastreros, por lo que puede comprar los servicios de quien le plazca.

—¿Y solo por esa tontería te anda persiguiendo?

—Sanz Porras enloqueció. Yo abandoné los estudios de medicina y me pasé a la filología. Cuando acabé la carrera, fui un año a estudiar a París. Y allí me ocurrió algo que me dejó realmente aterrado, pues comprendí que Sanz Porras había pasado todo ese tiempo urdiendo su disparatada venganza. Había concebido durante años su plan, con una meticulosidad asombrosa y enfermiza, y con la única finalidad de hacerme experimentar una vergüenza mayor de la que él sufrió.

—¿Y qué ocurrió?

—Digamos que le salió el tiro por la culata, y que él mismo sufrió lo que tenía preparado para mí. Desde entonces, y aunque parezca imposible, su sicopatía se acrecentó aún más, hasta el punto de que parece tener un único propósito en su vida, que es vengarse de mí. Ni siquiera sé qué querrá hacerme esta vez, pues no es fácil imaginar qué se cuece en su descabezado cerebro, pero puedo estar seguro de que no me gustará. Y, si llega a saber que tú estás aquí, es posible que te incluya en su delirio. Temo que quiera hacerte daño, como ya intentara en el albergue. Incluso puede que trate de usarte para llegar hasta mí, por lo que tenemos que estar preparados.

—¿Usarme a mí para llegar hasta ti? Pues, ahora que lo dices...

—termina confesando Beatriz—, el Monstruo lleva una buena temporada cortejándome. Conozco su fama de donjuán, que el pobre ha de mantener a toda costa incluso entre rejas, pues hay obligaciones que nos persiguen allá donde estemos. Por eso mismo siempre me lo he tomado a risa y no le he hecho mucho caso. Pero se inventa continuas enfermedades para que lo atienda en la consulta, y, cuando viene, no deja de tirarme los tejos. Aunque, pensándolo bien..., no tendría mucho sentido que quisiera usarme para llegar hasta ti, pues ya te tiene a mano en vuestra celda.

—El muy cerdo —dice pinillo, celoso como Celio—. Y yo sin enterarme de nada... Será mejor hacerme el despistado hasta ver en qué

para todo esto. Pero ten mucho cuidado con él, que a lo mejor no es tan fantasma como parece.

.

—El Monstruo y yo estamos buscando una prueba definitiva que condene a Pasamonte, si es que existe, y me ha sugerido que nos leamos las obras completas de Cervantes. Y yo lo voy a hacer, pues, cuando leía las que he leído, tenía la sensación de que podría haberlas escrito yo, y no quiero dejar de leer cuanto podría haber escrito. ¿Qué os parece si empezáis vosotros por las *Novelas ejemplares*, a ver si encontráis algo en ellas que merezca la pena, y voy leyéndome yo el resto de sus obras?

.

Vemos a pinillo y al Monstruo enfrentando en su celda las obras completas de Cervantes, y luego a Polifemo leyendo en la suya las *Novelas ejemplares*, mientras su compañero analfabeto mira los dibujos de un cuento de Tintín (*El secreto del Unicornio*) que le ha aconsejado Gento, el bibliotecario, y trata de imaginar lo que pone en los bocadillos, inventándose una historia mejor que la de Hergé. Por último, aparece Beatriz en su cama con otro ejemplar de las *Novelas ejemplares*, hasta que su acompañante invisible vuelve a quitarle el libro de las manos.

—No seas pesado, y déjame leer un poco más —dice Beatriz enérgica, recuperando el libro.

.

—Hay otra cuestión —dice pinillo— que puede ser de interés. Al parecer, el manuscrito de la *Vida* de Pasamonte tuvo en su época bastante repercusión, pues no solo fue satirizado y remedado por Cervantes en la primera parte del *Quijote*, sino también por Francisco de Quevedo.

»Como me ha hecho saber el Monstruo, hay un pasaje de *La vida del Buscón*, la novela picaresca con la que Quevedo continuó la estela del *Lazarillo de Tormes* y del *Guzmán de Alfarache*, en el que parece haber una burla de Jerónimo de Pasamonte.

»*La vida del Buscón* se publicó en 1626, pero se compuso bastante antes (probablemente entre 1605 y 1610), y, como era habitual, circuló en forma manuscrita antes de su publicación. Pablos, el pícaro

protagonista de *La vida del Buscón*, se encuentra con un soldado rematadamente pobre que le acompaña en su camino. El soldado en cuestión, que es pintado de forma burlesca, cuenta sus experiencias, las cuales son idénticas a las descritas en la *Vida* de Pasamonte. Por último, Pablos y el soldado se encuentran con un ermitaño jugador y tramposo que realiza con ellos parte del camino.

—Y Avellaneda —dice el Monstruo desde su esquina, obligando a los demás a volverse para mirarlo— también incluyó una pareja compuesta por un soldado y un ermitaño que viajan juntos: el soldado Antonio de Bracamonte y el ermitaño fray Esteban, con los que se encuentran don Quijote y Sancho al salir de Zaragoza.

»Pero si el soldado y el ermitaño de Quevedo eran retratados de manera satírica, Avellaneda pinta de manera muy positiva a Antonio de Bracamonte y a fray Esteban. Y Antonio de Bracamonte, como ya sabéis, representa claramente a Jerónimo de Pasamonte.

—Es decir —interviene Beatriz—, que Pasamonte leyó *La vida del Buscón*, se vio retratado satíricamente en la figura del soldado, y quiso dar respuesta a Quevedo incluyendo en su obra otro soldado que también lo representara, pero descrito con rasgos positivos.

—Al pobre Pasamonte —dice pinillo— le llovían las sátiras. Y parece que Antonio de Bracamonte no solo constituye una réplica al cervantino Ginés de Pasamonte, sino también al soldado quevedesco.

—Eso parece —dice el Monstruo—. Quevedo se burló de Jerónimo de Pasamonte, y el hecho de que Avellaneda diera respuesta a esa burla sustenta que Avellaneda y Pasamonte eran la misma persona.

—Son curiosas —dice el Poli— las pullas que se lanzaban los escritores de la época. Cervantes arremete contra Lope de Vega y contra Pasamonte, estos contestan tildándolo de envidioso o insultándolo, Quevedo también satiriza al aragonés... Vaya una banda de pendencieros. Yo creía que la literatura era algo elevado y noble, pero parece que, para alcanzar la gloria, es preciso pisotear a los rivales que también la pretenden. La literatura es como la guerra.

—Básicamente, sí —dice el Monstruo—. Tan solo se sustituye la espada por la pluma. De ahí que no tenga nada de extraño el tópico del soldado-escritor. Y reconozcamos que nos gusta contemplar esas batallas, pues los humanos somos así de beligerantes.

»Góngora también tuvo sus más y sus menos con Lope de Vega, y, sobre todo, con Quevedo. Este último, que pertenecía a una familia acomodada, era cojo, deforme de ambos pies y no muy agraciado, y tal vez quiso sublimar sus defectos físicos triunfando en la literatura. Y,

para irrumpir con fuerza en el panorama literario, nada mejor que arremeter contra un escritor ya consagrado, como Luis de Góngora, que había nacido un año antes que Lope de Vega y era diecinueve años mayor que Quevedo.

»En realidad, Quevedo admiraba a Góngora, e imitó sus versos en varios de sus romances, letrillas y sonetos. Pero atacar al poeta más reconocido del momento resultaba una buena forma de darse a conocer.



Retrato de Luis de Góngora (1561-1627) pintado por Diego de Silva Velázquez (1599-1660) en 1622

Góngora se burló de que Quevedo luciera el hábito de Santiago, tachándolo de borracho («...a San trago camina, donde llega, / que tanto anda el cojo como el sano»), y Quevedo tildó a Góngora de judío, suponiendo su repulsa hacia el tocino:

Yo te untaré mis obras con tocino
porque no me las muerdas, Gongorilla...

»Incluso se ha supuesto que el célebre soneto de Quevedo que empieza con el verso «Érase un hombre a una nariz pegado...» constituye otra burla de Góngora, pues se creía que los judíos tenían grandes narices. La disputa entre ambos llegó hasta el punto de que

Quevedo compró la casa de Madrid en la que vivía Góngora con la intención de desahuciarlo, cosa que hizo el 18 de noviembre de 1625.

Vemos en pantalla a Góngora cargando sus bártulos en un carro para abandonar su casa. A cierta distancia hay una carroza desde la que Quevedo, ataviado con su hábito de Santiago, vigila con sigilo la escena. El actor que hace de Quevedo es el mismo que interpreta a Gento, el bibliotecario de la prisión, y el que hace de Góngora solo tiene ese papel.

—Hay que ser mala persona para hacer algo así —dice el Poli—. A lo mejor te choca, Beatriz, que afirme eso alguien como yo, pero diré en mi disculpa que solo he cometido delitos para sobrevivir, y que nunca he llegado a ser tan miserable.

—No sé si era un miserable —dice el Monstruo—, pero tenía un ingenio extraordinario, y escribió algunas cosas sublimes.

»Tras echar a Góngora, hubo de purificar la casa quemando versos de Garcilaso, como el mismo Quevedo expuso en unos versos en los que se refirió a sí mismo en tercera persona:

Y págalo Quevedo
porque compró la casa en que vivías,
molde de hacer arpías;
y me ha certificado el pobre cojo
que de tu habitación quedó de modo
la casa y barrio todo,
hediendo a Polifemos estantíos [‘estancados’],
[...] que para perfumarla
y desengongorarla
de vapores tan crasos,
quemó como pastillas Garcilasos...

»Eso de escribir de uno mismo en tercera persona ya lo había empleado Julio César en la *Guerra de las Galias*, y también lo está usando ahora —dice mirando a pinillo— quien yo me sé. Góngora moriría poco después de ese desahucio, y Quevedo le dedicó un «Epitafio», en el que, entre otras lindezas, escribía lo siguiente:

Hombre en quien la limpieza fue tan poca
(no tocando a su cepa),
que nunca, que yo sepa,
se le cayó la mierda de la boca.
Este a la jerigonza quitó el nombre,
pues después que escribió cícloplemente,
la llama jerigóngora la gente.

El Poli, que ve atacar de esa forma a su adorado Góngora, casi no lo puede creer, y dice compungido:

—Ese Quevedito sería todo lo ingenioso que tú quieras, Monstruo, pero su agudeza no le alcanzó para apreciar la de los demás. O sí. Tal vez conocía de sobra la valía de Góngora, y eso es lo que no podía soportar.

—Incluso se suele decir —añade el Monstruo para ahondar en la herida ya ciclópea de Polifemo— que compuso el mejor soneto de la literatura española.

—¿Qué soneto? —inquire el Poli.

—Pues mira, casualmente lo tengo aquí —dice el Monstruo, sacando un papel arrugado.

Mientras Polifemo lo lee, se ve el soneto de Quevedo ocupando el centro de la pantalla:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar a esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

—Hay que reconocer su atrevimiento —concede el Poli— al enfrentarse al famoso decreto eclesiástico «polvo eres, y en polvo te convertirás». Y no cabe duda de que la estructura de los dos tercetos, organizados para mantener la expectación, incluyendo en el primero tres sujetos a la espera de sus complementos, los cuales aparecen escalonadamente en el segundo, es realmente afortunada.

—En realidad —tercia pinillo—, y según he leído en algún sitio, la estructura entrelazada de esos tercetos ya tenía un precedente en un soneto de Góngora, que Quevedo sin duda conoció.

—Así que hasta para componer su mejor soneto —dice el Poli— Quevedo tuvo que imitar a Góngora... Reconozco, en cualquier caso,

que eso del «polvo enamorado» está muy bien: sin duda tiene su mérito inventar una antítesis tan brillante entre términos que, fuera del poema, no solo no son antagónicos, sino que no mantienen relación alguna.

»Pero, si ese soneto es lo mejor que puedes enseñarme de él, yo sigo pensando que no hay otro como Góngora.

—(En esta cárcel, desde luego, no) —piensa en voz alta pinillo.

—¿Qué? —dicen los otros tres.

—No, nada. Estaba hablando solo.

El Poli devuelve el arrugado soneto, da media vuelta y se va. Beatriz y pinillo sonríen al ver la cara de batalla casi ganada que se le queda al Monstruo.

.

Vemos al Monstruo dirigiéndose a la biblioteca de la cárcel. Cuando llega, se pone a hablar con Gento, y, tras pasar un buen rato charlando con él, se va de la biblioteca sin ningún libro. El bibliotecario cierra con intención de marcharse. Cuando baja por las escaleras, cae rodando por ellas, dándose un golpe impresionante que lo hace maldecir mejor que nadie.

.

La imagen muestra a Polifemo en su celda cotejando la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo, las *Novelas ejemplares* y la segunda parte del *Quijote* de Cervantes. Está sentado en la cama, y su compañero analfabeto le sostiene dos obras a la vez para que pueda compararlas con comodidad, acercándole inmediatamente los libros requeridos («Pásame el libro azul; ahora las fotocopias; el negro pequeño; el negro grande...»), y sintiéndose importante por primera vez en su vida. Se nota que ambos disfrutan de lo lindo.

Polifemo se levanta y se dirige al espejo. Mira su propia cara como si nunca la hubiera visto, como si tratara de adivinar a quién pertenece. Se incendian sus neuronas en el espejo. *Si yo fuera Cervantes* —se dice— ¿qué habría hecho? De pronto parece tener una iluminación. Vuelve a la cama y agarra ansioso los libros, que compara ávidamente.

Finalmente, se levanta de golpe tirando los libros al suelo y vuelve a mirarse en el espejo, hasta que su boca, como un formidable bostezo de la tierra, esboza una sonrisa ciclópea.

7. UN MISTERIO DILUCIDADO

Es sabido que las autoridades de este país siempre le han otorgado una gran importancia a la cultura, y la conmemoración de los cuatrocientos años de la muerte de Cervantes requería de algún evento especial. Y como Cervantes no solo estuvo cautivo en Argel, sino también preso en España, el Ministerio de Educación y Cultura ha dispuesto que los actos conmemorativos se celebren esta vez en una cárcel. A ellos asistirá toda la plana mayor de las letras hispanas, así como los más altos adalides de la cultura, diversos embajadores, representantes del congreso, del senado y de los gobiernos autonómicos, todos los ministros, el presidente del gobierno y los cuatro reyes, correspondiendo al joven monarca poner el broche de oro a tan excelso homenaje, que será retransmitido en horario de máxima audiencia y difundido por todas las televisiones hispanas e hispanoamericanas, por otras televisiones internacionales y por varias cadenas de internet. Los actos conmemorativos tendrán lugar el viernes 22 de abril de 2016, día en que habrán transcurrido cuatrocientos años desde la muerte de Cervantes, fallecido el mismo día de 1616.

Desde hace unas semanas, se han extremado en la cárcel las medidas de seguridad para proteger a las autoridades y celebridades que vienen a visitarla, y se ha construido un engalanado teatro, con su correspondiente escenario, patio de butacas y dos rimbombantes palcos, donde tendrán lugar los actos conmemorativos.

Para dar auténtico sentido a la celebración carcelaria, se ha pretendido implicar a los presos, y el director se ha encargado de organizar una escenificación teatral, escrita, dirigida y representada por funcionarios y reclusos de la institución. Así que todos los invitados asistirán a esa obra teatral, cuyo acto final será retransmitido en directo, dando paso al discurso conmemorativo que pronunciará Su Majestad en el mismo escenario para cerrar la efeméride.

El director de la prisión, los miembros del gobierno y los más destacados representantes políticos ocupan las primeras filas de la platea, y Sus Majestades y los miembros de la familia real los dos palcos, situados a ambos lados del escenario. El resto del recinto está lleno a rebosar, pues nadie ha querido perderse el evento.

Sube el telón para dar paso a la representación del último acto de la obra, cuyos actos previos corresponden, desocupado lector, a lo que has leído anteriormente. Y si hasta ahora has tenido la suerte de ver una película, ahora podrás disfrutar de una representación teatral (la cual, como enseguida verás, también puede ser filmada).

La escena está dividida en dos partes por la luz, de manera que la parte izquierda está iluminada, y la derecha a oscuras. En la parte iluminada se ve el anejo del botiquín de la prisión. Entran pinillo, Beatriz y el Poli, que ocupan el centro de esta parte iluminada, y al poco aparece, sin que se sepa cómo, el Monstruo, que permanece en una esquina a cierta distancia de los otros.

POLIFEMO.— Os he convocado aquí para comunicaros mis conclusiones sobre la identidad de Avellaneda. Creo haber dilucidado el misterio, o, al menos, una parte sustancial, la parte que es posible dilucidar, y quiero haceros partícipes de mis descubrimientos.

EL MONSTRUO (*mostrando no solo sorpresa, sino también algún disgusto por una declaración que le pillia desprevenido*).— ¡Ya lo has solucionado! ¿Así, de la noche a la mañana?

POLIFEMO.— No era tan difícil como parecía. Basta con tomarse la molestia de leer con atención las obras literarias relacionadas con el asunto, y con carecer de algunos prejuicios que impidan ver la solución.

BEATRIZ.— Bueno, Poli. Pues dinos qué has descubierto.

POLIFEMO.— ¿Estamos listos para concluir este asunto? Ya sabes, pinillo, a lo que me refiero...

pinillo.— Todo está dispuesto. Puedes proceder a deslumbrarnos.

POLIFEMO.— En ese caso, os deslumbraré. El otro día, pinillo, dijiste que tú te encargarías de leer la generalidad de las obras cervantinas, y propusiste que Beatriz y yo leyéramos las *Novelas ejemplares*. No sé si Beatriz habrá podido hacerlo, pero yo he tenido todo el tiempo del mundo para leerlas sin que nadie me molestara. Y aunque hay varias novelas ejemplares cervantinas que pueden guardar cierta relación con nuestro asunto, quiero llamar la atención sobre dos de ellas, que me parecen especialmente relevantes: *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*.

La platea, y después por inercia los palcos, aplauden con devoción, celebrando absurdamente las obras propuestas por el Poli, que inclina

su cabeza para agradecer una ovación que no entiende, y luego continúa hablando.

En esas dos novelas ejemplares, Cervantes realiza continuas alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y del *Quijote* de Avellaneda.

(*Más aplausos para el Poli, que hace un aparte para dirigirse a los presentes*): Os agradezco mucho los aplausos, pero, si vais a aplaudir cada vez que abra la boca, no terminaremos nunca. ¿Qué tal si los dejáis para el final?

El presidente del gobierno asiente con la cabeza, y sus ministros asienten también. Luego van asintiendo los palcos y el resto de la platea. Polifemo se dirige otra vez a sus destinatarios intraescénicos.

El hecho de que Cervantes aluda en sus novelas ejemplares a la *Vida* de Pasamonte no presenta ninguna dificultad cronológica, puesto que la autobiografía del aragonés fue concluida en 1605, y las *Novelas ejemplares* se publicaron años después, en 1613.

Pero sí que requiere una explicación que Cervantes también aluda en sus *Novelas ejemplares* al *Quijote* apócrifo, que se publicó en 1614.

¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede ser que en las *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, haya alusiones al *Quijote* apócrifo, publicado en 1614?

Pues bien, solo cabe una explicación: el *Quijote* apócrifo tuvo que circular en forma de manuscrito con anterioridad a su publicación, y Cervantes hubo de conocer el manuscrito de Avellaneda antes de empezar a escribir algunas *Novelas ejemplares*.

EL MONSTRUO.— ¿Y en qué consisten esas alusiones cervantinas a los manuscritos de Pasamonte y de Avellaneda?

POLIFEMO.— En la primera parte de *El licenciado Vidriera*, se narra la vida de Tomás Rodaja, el cual, tras empezar sus estudios universitarios en Salamanca, realiza un largo viaje por Italia y Flandes, y regresa después a culminar sus estudios en la ciudad castellana, donde es envenenado y enloquece, creyéndose de vidrio. El personaje pasa a llamarse «licenciado Vidriera», y, en la segunda parte de la novela, enuncia ante quienes le escuchan en las calles de Salamanca y de Valladolid (donde estaba la corte) una serie de sentencias de carácter crítico sobre distintos oficios. Finalmente, recupera la razón y adopta el

nuevo nombre de Tomás Rueda, pero no puede ejercer en la corte como letrado, y se ve forzado a servir como soldado en Flandes.

Pues bien, los datos biográficos y las experiencias de Tomás Rodaja son idénticos a los que narraba Pasamonte en su autobiografía: ambos son niños desamparados que precisan servir a un amo; «olvidan» el nombre de su patria; reciben estudios en su niñez y pretenden continuarlos en su juventud, pero deciden después abandonarlos para hacerse soldados; parten hacia Italia con una compañía militar; tienen como libro de cabecera unas *Horas de Nuestra Señora*; experimentan la dureza de los viajes en galera; sufren borrascas en el golfo de León y llegan a Génova, visitando allí una iglesia y alojándose en una hostería; pasan por varias ciudades italianas; llegan a Roma, donde recorren las «siete estaciones» o iglesias principales, obtienen la absolución y la bendición papal y se aprovisionan de *agnusdei* bendecidos (esto es, de unas figurillas de cera que representan al Cordero de Dios bendecidas por el papa); viajan después por mar desde Roma a Nápoles; conocen Mesina y Palermo; visitan el templo de Nuestra Señora de Loreto; rechazan a una mujer que les solicita y que pretende forzar su voluntad e ingieren alimentos envenenados por una hechicera morisca, lo que les hace perder el juicio y creerse en peligro de perder la vida.

Por lo tanto, la primera parte de *El licenciado Vidriera* es una imitación de la *Vida* de Pasamonte. Al componer el episodio del capitán cautivo inserto en la primera parte del *Quijote*, Cervantes ya había imitado la primera parte de la autobiografía del aragonés, y en el *Licenciado Vidriera* remeda otros episodios de su versión definitiva.

Y la segunda parte de *El licenciado Vidriera* está llena de alusiones al *Quijote* apócrifo. Cuando el personaje cervantino es envenenado y pierde la razón, pasa a llamarse «*licenciado Vidriera*», título y apellido que remiten, por su evidente similitud fonética, al «*licenciado Avellaneda*» que figuraba como autor del manuscrito de la obra apócrifa. El personaje se cree de vidrio y evita el contacto con los demás, pues teme que cualquiera pueda romperle, lo que constituye una alusión irónica a la manía persecutoria que se reflejaba en la *Vida* de Pasamonte, obsesionado por el mal que pudieran causarle los seres demoniacos. Y, desde ese momento, el personaje cervantino se dedica a emitir sentencias sobre distintos oficios, las cuales constituyen una clara réplica de las que enunciaba, también sobre distintos oficios, el personaje del «clérigo loco» con el que se encontraba el don Quijote apócrifo cuando lo encerraban en el manicomio de Toledo.

El clérigo loco de Avellaneda se había quejado de la potestad que tenían los médicos de matar a sus pacientes, y el licenciado Vidriera enuncia sentencias similares sobre los médicos, pero distinguiendo entre los buenos y los malos y alabando a los primeros. El clérigo loco había censurado a los sacerdotes, y Vidriera se enfada al escuchar una burla sobre «un religioso muy gordo», recriminando a su autor que ofenda a los religiosos. El clérigo loco había arremetido contra los poetas, y el licenciado Vidriera vuelve a distinguir entre los buenos y los malos poetas, elogiando a los primeros y criticando la afectación al recitar de los segundos... En estas y otras sentencias, el licenciado Vidriera parece corregir al clérigo loco de Avellaneda.

Pero hay otra escena en que la corrección se aprecia con total claridad. Me refiero a un pasaje en el que el don Quijote de Avellaneda hablaba sobre su gusto por la poesía.

Se apaga la luz de la parte izquierda del escenario, donde está el anejo del botiquín, y se enciende la de la derecha, en la que aparece el don Quijote de Avellaneda, con sus relucientes armas, hablando con dos estudiantes que le acompañan en el camino. Estos van a pie, y don Quijote cabalga sobre Rocinante, así que hay que meter un caballo maltrecho en escena.

UNO DE LOS ESTUDIANTES.— ¿Gustaría vuesa merced de escuchar unos poemas?

DON QUIJOTE (DE AVELLANEDA).— Los que profesamos el orden de la caballería andantesca también gustamos de cosas de poesía, y nuestra punta nos cabe del furor divino; que dijo Horacio: *Est deus in nobis*.

La luz de la derecha se apaga y se enciende la de la izquierda.

POLIFEMO.— El don Quijote de Avellaneda mezcla dos cosas: por un lado, el concepto del «furor divino» de Platón, según el cual los poetas, cuando son objeto de la inspiración divina de las musas, se convierten en una especie de locos furiosos; y, por otra, el verso *Est deus in nobis* ('Hay un dios en nosotros'). Pero Avellaneda cometió un error, pues atribuyó este verso a Horacio, cuando es de Ovidio. Y Cervantes corrige claramente el manuscrito de Avellaneda.

Se apaga la luz de la parte izquierda del escenario y se enciende la de la derecha, en la que vemos ahora al licenciado Vidriera en una calle de la corte vallisoletana junto a dos estudiantes, que son los mismos, y con el mismo atuendo, que aparecían en la escena anterior junto al don Quijote de Avellaneda.

UNO DE LOS ESTUDIANTES.— ¿En qué estimación tiene vuesa merced a los poetas?

LICENCIADO VIDRIERA.— No se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y dellos dice Ovidio: *Est deus in nobis*.

Se apaga la luz de la parte derecha del escenario y se enciende la de la izquierda.

POLIFEMO.— Estas sentencias del clérigo loco de Avellaneda y de Vidriera están claramente relacionadas, pues ambas aúnan el concepto de la inspiración platónica y el verso «*Est deus in nobis*», por lo que no cabe duda de que uno de los dos autores quiso aludir al otro.

Y, como es obvio, lo lógico es que alguien se equivoque en primer lugar y que otro lo corrija después, y no al revés.

Por lo tanto, las cosas ocurrieron así: Avellaneda atribuyó equivocadamente en su manuscrito un verso de Ovidio a Horacio. Cervantes leyó ese error en el manuscrito de Avellaneda, y lo corrigió al componer *El licenciado Vidriera*.

Aplausos entusiastas para Polifemo, que espera resignado a que se apaguen y continúa su exposición.

Y en *El coloquio de los perros*, protagonizada por el perro-pícaro Berganza, que cuenta la historia de su vida a otro perro, llamado Cipión, también se suceden las alusiones conjuntas a los manuscritos de la versión definitiva de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo. Por ejemplo, Jerónimo de Pasamonte había descrito en su autobiografía una de sus visiones, en la que «*una multitud de demonios*» rodeaba a una de sus patronas, que él consideraba bruja, y Cervantes se burla de la visión de Pasamonte por medio de la Cañizares, la cual dice que una bruja conocida suya solía encerrarse en un cerco «*con una legión de demonios*», mientras que ella misma, por ser «*algo medrosilla*», se contentaba «*con conjurar media legión*». Pasamonte se había lamentado

en su *Vida* de que las brujas habían matado a su hijo, y la Cañizares desmiente que las brujas estén interesadas en matar niños. Pasamonte había realizado al final de su autobiografía unas disquisiciones teológicas sobre las «tentaciones del demonio», distinguiendo entre la «tentación natural» y la «tentación casi forzosa», que se da cuando los seres demoniacos actúan «contra la permisión de Dios», y la bruja Cañizares esboza disquisiciones teológicas equivalentes, negando que los seres diabólicos puedan hacer nada contra la «permisión» de Dios...

Pero en *El coloquio de los perros* no solo se remedan y corrigen estos y otros pasajes de la *Vida* de Pasamonte, sino que se intercalan abundantes alusiones al *Quijote* de Avellaneda. Os pondré algunos ejemplos: la Bárbara de Avellaneda había envenenado a un perro con zarazas (que eran unas pócimas venenosas), y al perro Berganza tratan de envenenarlo con zarazas; el don Quijote de Avellaneda había participado en una *sortija* o torneo caballeresco, y a Berganza le hacen participar en otra sortija; en el *Quijote* apócrifo se describía satíricamente a la hechicera Bárbara, y Cervantes atribuye rasgos semejantes a su bruja Cañizares, que constituye un claro correlato de la bruja de Avellaneda; esta había negado airadamente que fuera una hechicera, y la Cañizares responde violentamente a la misma acusación; el don Quijote de Avellaneda era seguido por una multitud de niños cuando entraba en los pueblos, y a Berganza le ocurre lo mismo...

Y en *El coloquio de los perros* también se observa con claridad que fue Cervantes quien remedió el manuscrito de Avellaneda, y no al revés. En la obra de Avellaneda, don Quijote llega a Alcalá de Henares, y allí contempla una procesión que hacen los estudiantes de medicina en honor a un profesor que acaba de obtener la cátedra.

Se apaga la luz de la parte izquierda del escenario y se enciende la de la derecha, en la que vemos en primer plano al don Quijote y al Sancho de Avellaneda en Alcalá de Henares, contemplando la procesión de los estudiantes. Suenan cuatro trompetas y un ronco son de atabales. Hay muchos estudiantes que participan en la procesión y no menos que la contemplan, representados, unos y otros, por la mayor parte de los reclusos de la prisión, que así tienen la oportunidad de actuar en la obra, en una escena multitudinaria y casi operística.

DON QUIJOTE (DE AVELLANEDA).— ¡Oh, mi buen escudero Sancho! ¿Oyes, por ventura, aquella acordada música de trompetas y atabales? Pues has de saber que es señal de que hay sin duda en esta

universidad algunas célebres justas o torneos para alegrar el casamiento de alguna famosa infanta que se habrá casado aquí.

UN ESTUDIANTE.— Aquí no hay justas ni infantas de las que vuesa merced ha dicho, sino un paseo que hace la universidad a un doctor médico que ha llevado la cátedra de medicina. Y las trompetas y atabales que vuesa merced oye, es que van ya paseando por todas las calles principales, con *más de dos mil estudiantes* que con ramos en las manos van gritando: «¡Fulano, victor!».

Se apaga la luz de la parte derecha del escenario y se enciende la de la parte izquierda.

POLIFEMO.— La cifra de dos mil estudiantes de medicina resulta totalmente desproporcionada para la época, y Cervantes se burla de esa exageración en *El coloquio de los perros*, en una escena en la que Berganza cuenta a Cipión lo que había oído en Alcalá de Henares.

Se apaga la luz de la parte izquierda del escenario y se enciende la de la derecha, en la que aparece Berganza hablando con Cipión (arrégleselas el director escénico para simular la conversación canina).

BERGANZA.— ¿Sabes lo que oí decir hace unos días a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares?

CIPIÓN.— ¿Qué le oíste decir?

BERGANZA.— Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los *dos mil oían medicina*.

CIPIÓN.— Pues, ¿qué vienes a inferir de eso?

BERGANZA.— Infiero, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre.

Se apaga la luz de la parte derecha y se enciende la de la izquierda.

POLIFEMO.— Es decir, que Cervantes pinta a Berganza como si hubiera sido testigo de la conversación que el don Quijote de Avellaneda mantuvo con el estudiante en Alcalá de Henares. Pero como la cifra de dos mil estudiantes de medicina era desproporcionada, Berganza se burla de esa exageración, en lo que constituye una clara chanza cervantina del manuscrito de Avellaneda.

Para que haya una burla, antes tiene que producirse el hecho que es objeto de esa burla, y eso es precisamente lo que afirma Berganza: que ha oído con anterioridad caer en esa exageración a un estudiante en Alcalá, en diáfana alusión al estudiante del manuscrito de Avellaneda.

Por lo tanto, los hechos sucedieron así: Avellaneda escribió en su manuscrito que en Alcalá de Henares había dos mil estudiantes de medicina; Cervantes leyó el manuscrito de Avellaneda, y se burló de esa exageración al componer *El coloquio de los perros*.

Este tipo de alusiones correctivas o burlescas que aparecen en *El licenciado Vidriera* o en *El coloquio de los perros*, perfectamente identificables, permite demostrar que Cervantes conoció el manuscrito de Avellaneda antes de escribir algunas de sus *Novelas ejemplares*, que estaban listas para la imprenta en julio de 1612.

En suma, de una cosa ya podemos estar seguros: existió un manuscrito del *Quijote* apócrifo, y Cervantes lo leyó atentamente antes de componer algunas de sus *Novelas ejemplares*, y, por consiguiente, antes de escribir la segunda parte de su *Quijote*, cuya elaboración es posterior.

Y, además, podemos estar seguros de otra cosa: Cervantes, en algunas de sus obras, realizó continuas alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo. No se trata de lugares comunes ni de coincidencias, pues su abundancia lo descarta. Son alusiones persistentes y continuadas, perfectamente reconocibles sin ninguna dificultad por cualquiera que coteje las obras correspondientes. Y esas alusiones solo pueden tener un sentido.

pinillo Y BEATRIZ.— Cervantes quiso indicar que el autor de los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo era la misma persona.

POLIFEMO.— Exacto. Por lo tanto, no solo queda demostrado que existió un manuscrito del *Quijote* apócrifo, sino también algo más relevante: Cervantes estaba convencido de que Avellaneda era Pasamonte, y quiso dejar una clara muestra de ese convencimiento en varias de sus obras.

EL MONSTRUO.— ¿Y si Cervantes estuviera equivocado?

POLIFEMO.— Eso cabría dentro de lo posible. Las coincidencias entre la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda, como sabemos, apuntan en sentido contrario. Pero, aun en el improbable caso de que Cervantes se equivocara, lo verdaderamente importante para entender el sentido de algunas de sus principales obras es que las compuso dando por supuesto que Avellaneda era Pasamonte. Y esta

afirmación también atañe a la segunda parte de su *Quijote*, en la que Cervantes dejó claras pistas sobre la identidad de su rival.

EL MONSTRUO.— Pero ¿por qué había de limitarse a dejar pistas? ¿Por qué Cervantes no reveló expresamente, como había hecho Mateo Alemán, la identidad del autor apócrifo?

POLIFEMO.— Se me ocurre una razón para explicarlo. Alemán se mostró dispuesto a continuar la disputa literaria con su imitador cuantas veces hiciera falta; pero Cervantes, que tenía sesenta y ocho años cuando, el 30 de octubre de 1615, firmó el prólogo de la segunda parte de su *Quijote* (compuesto tras acabar la obra), no estaba en condiciones de proseguir la disputa, y le interesaba zanjarla cuanto antes. Seguramente pensó que, si denunciaba abiertamente la identidad de Avellaneda, le forzaría a contraatacar, y es posible que Avellaneda lo hiciese volviéndose a apropiarse de los personajes cervantinos, que era lo que Cervantes quería evitar. Al final del *Quijote* apócrifo, Avellaneda había bosquejado la continuación de las aventuras de don Quijote en Castilla la Vieja, y Cervantes hizo todo lo posible para evitar esa continuación, para lo cual llegó a dar muerte a don Quijote. Pero no las tenía todas consigo, como mostró al manifestar su temor a que Avellaneda sacara de su tumba a don Quijote y le hiciera correr nuevas aventuras. Cervantes debía de ser muy consciente de que se le acababa la vida, y de que ya no tendría tiempo, ni quizás ánimo, para dar una nueva réplica (de hecho, murió el 22 de abril de 1616, apenas seis meses después de escribir el prólogo de la segunda parte de su *Quijote*).

Por eso, parece que Cervantes ofreció una especie de pacto amenazante a Avellaneda. Este había firmado su obra con un seudónimo, lo que indicaba que no quería ser identificado. Y Cervantes dejó en sus obras, y especialmente en la segunda parte de su *Quijote*, claras muestras de que conocía su verdadera identidad, y de que podría revelarla si se empeñaba en continuar la historia de don Quijote. Pero, si renunciaba a hacerlo, su identidad quedaría a salvo. Y es posible que Avellaneda decidiera aceptar el pacto.

BEATRIZ.— Pasamonte ocultó su identidad para no ser identificado con Ginés de Pasamonte, satirizado en una obra de gran difusión. Pero, si llegó a ser fraile, tenía otro motivo para ocultarse, pues no estaba bien visto que los religiosos escribieran obras de entretenimiento.

POLIFEMO.— En cualquier caso, Cervantes dejó clarísimos indicios sobre la identidad de Avellaneda, los cuales son fácilmente identificables.

En la segunda parte de su *Quijote*, Cervantes volvió a hacer lo mismo que en algunas de sus *Novelas ejemplares*: sembrarla de alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo, así como de calcos literales de ambas obras, lo que en sí mismo ratifica su convencimiento de que Pasamonte y Avellaneda eran la misma persona. Lógicamente, en la segunda parte del *Quijote* cervantino hay más alusiones al manuscrito del *Quijote* apócrifo que al de la autobiografía de Pasamonte, pues Cervantes quiso imitar la obra de Avellaneda para componer todos los episodios de su segunda parte. Pero no por ello dejó de incluir alusiones a la *Vida* de Pasamonte.

Por ejemplo, Cervantes hace que su don Quijote visite una imprenta en Barcelona, donde va a presenciar la corrección del libro recién publicado de Avellaneda. Pero antes, se encuentra en la misma imprenta con un «traductor» de italiano, el cual representa claramente al autor del *Quijote* apócrifo. Avellaneda había incluido en su obra dos novelas cortas intercaladas, las cuales derivaban de relatos escritos en italiano y en latín. Y Cervantes se preció en el prólogo de las *Novelas ejemplares* de haberlas creado él mismo, sin traducirlas de otra lengua.

Se apaga la luz de la parte izquierda y el escenario queda momentáneamente a oscuras. El actor que hace de pinillo ha de cambiar rápidamente de lugar pasando a la parte derecha, sin que se vea, para representar a Cervantes a los sesenta y cinco años. Cuando han pasado algunos instantes para que le dé tiempo a caracterizarse, se enciende la luz de la parte derecha del escenario, y vemos a Cervantes sentado en su bufete, con la pluma en la mano, escribiendo el prólogo de las Novelas ejemplares.

MIGUEL DE CERVANTES (*levantando la vista del papel y mirando a la concurrencia*).— Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.

Se apaga la luz de la parte derecha del escenario, que queda a oscuras, y el actor que representa a Cervantes vuelve a la parte izquierda a hacer de pinillo. Se enciende la luz de esta parte cuando pinillo ya está listo en su sitio.

POLIFEMO.— La figura del «traductor» de la imprenta barcelonesa supone una crítica velada a Avellaneda por haber traducido del italiano y del latín sus novelas intercaladas, como ratifica el hecho de que, inmediatamente después, don Quijote vaya a presenciar en esa misma imprenta la corrección del *Quijote* apócrifo. Pero Cervantes no solo relaciona a ese «traductor» con el libro apócrifo, sino también con la autobiografía de Pasamonte.

Se apaga la luz de la parte izquierda y el escenario queda a oscuras. El actor que hace de Polifemo va corriendo a la parte derecha a representar al traductor. Cuando llega, se enciende la luz de esa parte, en la que vemos la imprenta de Barcelona (en esta representación, como veis, no solo los actores van como locos de un lado para otro, sino que el tramoyista también trabaja a destajo, preparando a oscuras las mutaciones escénicas). Don Quijote, ataviado con sus oscuras y mohosas armas, charla con el traductor, representado por el mismo actor que hace de Pasamonte y de Polifemo.

EL TRADUCTOR.— Yo traduzco del italiano a nuestra lengua castellana.

DON QUIJOTE.— Yo sé algún tanto de italiano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto (*don Quijote se pone a cantar en italiano, con voz ronquilla, aunque entonada, la misma estancia del Orlando furioso de Ariosto que aparece en la autobiografía de Pasamonte*):

Studiosi ognun giovare altrui; chè rade
Volte il ben far senza il suo premio fia;
E se pur senza, almen non te ne accade
Morte, nè danno, nè ignominia ria...¹

Mientras don Quijote canta, se apaga la luz de la parte derecha y el escenario queda a oscuras. El actor que hace de traductor vuelve a la parte izquierda a interpretar a Polifemo. Cuando don Quijote termina de cantar a oscuras la estancia de Ariosto, se enciende la luz de la izquierda, y en ese momento irrumpe el tramoyista dando voces

¹ En 1539, Jerónimo de Urrea tradujo así estos versos: «Procure cada uno buenamente / aprovechar a aquel con quien tratare: / que el bien hacer se paga ciertamente / o no daña, si ya no se pagare...».

en mitad del escenario. Se enciende la luz de toda la escena para ver al tramoyista.

EL TRAMOYISTA (*dirigiéndose al público*).— Lo siento, pero ya no puedo más. Me estoy volviendo loco con tanto cambio de escena. Así que, si a ustedes les parece bien, a partir de ahora la parte derecha del escenario quedará sin decoración. Pueden ustedes imaginarse los lugares en los que ocurren las cosas como hacen los espectadores en el teatro oriental, en el que apenas hay elementos decorativos, y los gestos de los actores no solo les sirven para actuar, sino también para representar figuradamente el espacio. Así, si un actor oriental golpea imaginariamente en el espacio vacío como si llamara a una puerta (*el tramoyista hace el gesto de llamar a una puerta*), los espectadores entienden que hay una puerta y que ha llamado a esa puerta. Si otro actor hace el gesto de abrir la puerta (*el tramoyista pasa al otro lado de la puerta imaginaria y la abre*), los espectadores entienden que se ha abierto. Y si el actor que había llamado levanta el pie y pasa el umbral (*el tramoyista vuelve al primer lado de la puerta y levanta el pie para pasar el umbral*), se entiende que ha entrado en la casa o en la habitación. Incluso pueden representarse en escena varios espacios a la vez. Si un actor da vueltas sobre sí mismo, simulando que sube por una escalera de caracol (*el tramoyista da vueltas sobre sí mismo, simulando que sube por una escalera de caracol*), los espectadores entienden que ha subido al piso de arriba. ¿Lo ven? Ya estoy en el piso de arriba. Y si otro actor no ha subido por la escalera, se entiende que se ha quedado en el piso de abajo. Así, aunque los dos actores estén en el mismo nivel, todos comprenden que uno está arriba y el otro abajo.

Y es que en el escenario se pueden representar simultáneamente distintos lugares, incluso muy distantes entre sí. Imaginen ustedes que hay dos actores en escena: uno está esperando ansiosamente, y el otro se apresura hacia la cita. El espectador ve a los dos, pero ellos no se pueden ver, porque están supuestamente muy alejados. La distancia que les separa puede ser cubierta por el que va a la cita mediante los movimientos simbólicos de cruzar un río o de escalar una montaña. Mientras, el que espera se queja por la tardanza. Por fin, se reúnen.

Como ven, los gestos de los actores también sirven para representar sus viajes o movimientos. Si uno se sienta en el suelo y hace el gesto de remar, se supone que está en una barca remando por un río; si hace el gesto de cabalgar, se supone que está cabalgando... Esto, por cierto, nos habría ahorrado tener que meter en escena a Rocinante, que lo ha

dejado todo perdido... En fin, ¿están ustedes de acuerdo en que lo hagamos así?

VARIAS VOCES DE ESPECTADORES.— ¡Sí, estamos de acuerdo!

El director de la cárcel se levanta y alza la voz para que le oigan el tramoyista y todos los presentes, y se encienden las luces del principio de la platea para que se le vea. La concurrencia se estremece, pues nunca ha visto ni verá a nadie tan espantoso.

EL DIRECTOR DE LA CÁRCEL.— ¡Pero esto no era lo previsto! ¡Tenemos presupuesto para meter un caballo en escena y para representar lo que queramos!

EL TRAMOYISTA.— Mire, señor director, yo ya no doy más abasto. Si había tanto presupuesto, tendrían que haber contratado a algún tramoyista más.

EL PRESIDENTE DEL GOBIERNO (*alzándose de su asiento y dirigiéndose a la platea*).— A mí me parece bien que nos imaginemos las cosas como dice el tramoyista.

VARIAS VOCES DE ESPECTADORES.— ¡Sí, sí! ¡Imaginémonos las cosas como dice el tramoyista!

POLIFEMO.— Pues entonces, no hay más que hablar. Apagad la luz de la derecha y continuamos.

Se apaga la luz de la parte derecha del escenario. Aunque ya nadie se fija en él, parece que al director de la cárcel se le han atragantado las palabras del tramoyista, pues le ha sobrevenido un ataque de tos; así que tú misma, querida lectora-espectadora, le das unas palmadas en la espalda hasta que expulsa la parte del presupuesto que se ha comido. Y Polifemo prosigue así:

Como os iba diciendo, el hecho de que don Quijote se precie de cantar en italiano algunas estancias del *Orlando furioso* de Ariosto constituye una diáfana alusión a la escena de la *Vida* de Pasamonte en la que este, estando en Madrid, cantaba —según sus propias palabras— «unos versos de Ariosto en la lengua italiana», vanagloriándose, como hace don Quijote, de que «los cantaba con una poca de gracia». La clarísima alusión cervantina a la *Vida* de Pasamonte, realizada justo antes de que don Quijote presencie en la imprenta la corrección del *Quijote* apócrifo, constituye otra evidencia de que Cervantes identificaba a Pasamonte con Avellaneda.

Tras concluir la segunda parte de su *Quijote*, Cervantes compuso su prólogo, y en él se dirigió expresamente a Avellaneda. Hala, pinillo, te toca ir para allá.

Se apaga la luz de la parte izquierda y el escenario queda a oscuras, mientras pinillo se dirige a la derecha a hacer de Cervantes a los sesenta y ocho años, que eran los que tenía el 30 de octubre de 1615, cuando escribió el prólogo de la segunda parte de su Quijote. Como ya no hay mesa ni silla, ha de doblar las piernas adoptando la postura de quien está sentado en un escritorio. Se enciende la luz de la parte derecha.

MIGUEL DE CERVANTES (*hablando para sí*).— Qué incómodo es esto. A mi edad (*se ve que está metido en el papel*), el tramoyista podría haberme puesto un taburete. En fin, a lo que iba...

(*Mirando ya a los espectadores*): Avellaneda no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si, por ventura, llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado: *que bien sé lo que son tentaciones del demonio*, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama.

Se apaga la luz de la parte derecha. El actor que hace de Cervantes vuelve a la izquierda a hacer de pinillo, y cuando está listo se ilumina.

POLIFEMO.— En estas palabras de su prólogo, Cervantes denuncia la falsedad del nombre y el lugar de origen que se había atribuido Avellaneda, provocando la curiosidad del lector sobre quién pudiera ser en realidad, y dando a entender que podría revelarse en el cuerpo de la novela. Pero, además, Cervantes realiza en ese mismo momento otra clara insinuación sobre la verdadera identidad de su rival. Dirigiéndose expresamente a Avellaneda, Cervantes emplea la expresión «que bien sé lo que son tentaciones del demonio». La fórmula «que bien sé lo que son» indica que Cervantes se dirige a otra persona que ya había tratado de explicar anteriormente en qué consisten dichas tentaciones; pero Avellaneda nunca había hablado en el *Quijote* apócrifo de las «tentaciones del demonio». Sí lo había hecho, como hemos visto, Jerónimo de Pasamonte en la versión definitiva de su autobiografía, en

cuya parte final realizaba una disquisición teológica sobre los tipos de «tentaciones del demonio», empleando los mismos términos que reproduce Cervantes. Así, Cervantes se dirige a Avellaneda dando por supuesto que también ha escrito la *Vida* de Pasamonte, en lo que constituye un inequívoco indicio sobre la verdadera identidad del autor del *Quijote* apócrifo.

EL MONSTRUO.— Ese parece, ciertamente, un dato relevante.

POLIFEMO.— Pero no es el principal indicio que ofreció Cervantes sobre la identidad de Avellaneda, pues dejó otros más claros, por medio de los cuales sugirió, en primer lugar, el verdadero apellido de su rival, y, en segundo lugar, su auténtico nombre de pila.

Con respecto al apellido, Cervantes se inspiró en las estrategias que había empleado poco antes Mateo Alemán para denunciar la identidad de Mateo Luján de Sayavedra. En efecto, Alemán incluyó en la segunda parte de su *Guzmán de Alfarache* un personaje pícaro que acompañaba en sus aventuras a Guzmán, y que en un primer momento fingía su identidad. Este pícaro guardaba una clara relación con la obra apócrifa, ya que decía ser *sevillano* y apellidarse *Sayavedra*, en clara referencia a que el autor del *Guzmán* apócrifo se hubiera disfrazado de Mateo Luján de *Sayavedra*, natural vecino de *Sevilla*. Y, finalmente, el pícaro terminaba por revelar su verdadera identidad y su auténtico lugar de origen, indicando quién era el verdadero autor del *Guzmán* apócrifo: el valenciano Juan Martí.

Y Cervantes se valió de un recurso parecido para sugerir la verdadera identidad de Avellaneda. Entre los capítulos 25 y 27 de la segunda parte de su *Quijote*, incluyó el episodio del titiritero maese Pedro, el cual aparecía en un primer momento disfrazado, y cuya verdadera identidad terminaba por revelarse.

Para relacionarlo con el *Quijote* apócrifo, Cervantes hizo que maese Pedro dirigiera la representación de un retablo que es violentamente interrumpida por don Quijote, de igual manera que, en la obra de Avellaneda, don Quijote había interrumpido violentamente una representación teatral dirigida por el *autor* de la compañía de comediantes. La similitud entre los dos episodios es evidente, y siempre ha sido reconocida, por lo que no cabe duda de que Cervantes quiso relacionar a maese Pedro con el *Quijote* apócrifo.

pinillo.— Pero, además, hay que tener en cuenta que Avellaneda introdujo en su obra dos personajes literarios que lo representaban. Uno de ellos era el soldado Antonio de Bracamonte, cuyas características eran muy similares a los de Jerónimo de Pasamonte. Y el otro era,

precisamente, el *autor* de la compañía de comediantes (del que se decía repetida y superfluamente que era de gran tamaño corporal), de manera que Avellaneda había jugado con el doble sentido del término *autor* para representarse a sí mismo como creador del *Quijote* apócrifo. Y maese Pedro cumple en el episodio cervantino la misma función que el *autor* de la compañía de comediantes de Avellaneda, ya que uno y otro se encargan de dirigir las dos representaciones interrumpidas. Por lo tanto, Cervantes no solo relacionó a maese Pedro con el *Quijote* apócrifo, sino, más específicamente, con el *autor* de la compañía de comediantes, que representaba al mismo Avellaneda.

POLIFEMO.— Ahí es donde quería ir a parar: cuando Avellaneda leyera el episodio cervantino, se preguntaría quién era ese maese Pedro que aparecía disfrazado y que cumplía un papel equivalente al del *autor* de la compañía de comediantes, que él había usado para representarse a sí mismo.

Y al final de su episodio, Cervantes revelaba quién era ese personaje disfrazado y relacionado con la obra apócrifa.

(Al pronunciar la siguiente pregunta, Polifemo se dirige en un principio a sus interlocutores intraescénicos, pero al final se vuelve para lanzarla a la concurrencia): Y ¿os imagináis quién era en realidad maese Pedro?

Polifemo deja unos segundos para que el público se lo piense, y casi todos parecen tener clara la respuesta; pero como percibe cierta dubitación en las primeras filas, cuyos ocupantes interrogan con la mirada al presidente del gobierno, que se encoge de hombros mostrando su incertidumbre, decide ofrecer la solución:

Maese Pedro era en realidad Ginés de Pasamonte, que se había disfrazado de titiritero para ganarse la vida embaucando a la gente.

LOS OCUPANTES DE LAS PRIMERAS FILAS *(con sorpresa y admiración)*.— ¡Maese Pedro era Ginés de Pasamonte!

EL PRESIDENTE DEL GOBIERNO.— Justo lo que pensaba yo...

POLIFEMO.— Al comprobar que maese Pedro era Ginés de Pasamonte, representación literaria de Jerónimo de Pasamonte, Avellaneda entendería que Cervantes le había reconocido bajo la apariencia del *autor* de la compañía de comediantes, por lo que conocía

perfectamente su identidad. Por ello, el episodio del retablo de maese Pedro constituye una revelación sobre la identidad de Avellaneda.

pinillo.— Y el hecho de que Cervantes usara el mismo procedimiento que había usado Alemán para desvelar la identidad de su rival, ratifica que Cervantes quería insinuar la de Avellaneda.

POLIFEMO.— Exacto. Y aún hay más. Acabamos de ver que Cervantes sugirió el verdadero apellido de Avellaneda a través de maese Pedro-Ginés *de Pasamonte*; pero le quedaba por indicar su nombre de pila.

Y eso es lo que hizo en el capítulo 59 de la segunda parte de su *Quijote*. Cervantes compuso ese capítulo después de saber que el *Quijote* apócrifo acababa de ser publicado, adquiriendo una categoría más preocupante, por lo que ya no tenía sentido su estrategia anterior de silenciar el manuscrito de la obra apócrifa. Por eso, decidió mencionar el libro apócrifo recién publicado con la intención de criticarlo. Y, en ese momento, ofreció una clarísima pista sobre la identidad de Avellaneda, pues, en la misma frase en que mencionó por primera vez el *Quijote* apócrifo, incluyó el verdadero nombre de pila de su autor.

Don Quijote y Sancho están alojados en una venta, y, a través de la pared, oyen la conversación que mantienen en el aposento contiguo dos caballeros, los cuales se disponen a leer un capítulo del *Quijote* apócrifo. Uno de esos caballeros tiene un nombre de pila muy común, Juan, sin duda elegido para que destaque más el otro. Y ese otro va a ser quien entregue el libro apócrifo recién publicado al don Quijote cervantino, abrazándolo y reconociéndolo como el auténtico.

(*Polifemo se acerca a la platea y se dirige a toda la concurrencia*). Y ¿adivináis cuál es el nombre de pila que incluye Cervantes en la misma frase en que menciona por primera vez el *Quijote* apócrifo? ¿Imagináis cuál es el nombre de pila de ese personaje que entrega el libro apócrifo al don Quijote cervantino, abrazándolo y reconociéndolo como el auténtico? Esperad, pensadlo bien, pero no lo digáis; y, cuando lo hayáis pensado, lo decimos todos a la vez.

Todos los espectadores parecen adivinar enseguida el nombre en cuestión, salvo los de la primera fila, que se consultan los unos a los otros, como si no estuvieran seguros de la respuesta. Pero, al poco tiempo, toda la concurrencia parece haber dado con la solución, pues mira ya expectante a Polifemo, que dice lo siguiente:

¿Ya estáis todos listos? ¿Sí? Pues, cuando yo diga tres, gritamos bien alto ese nombre, todos a la vez.

¡A la de una, a la de dos, y a la de... tres!

TODA LA PLATEA, LOS PALCOS Y LOS ACTORES (*en muy alta voz*).—
¡Jeeeróoonimoooo!

POLIFEMO.— ¿Cómo habéis dicho, que no he oído bien?

TODA LA PLATEA, LOS PALCOS Y LOS ACTORES (*en más alta voz aún*).— ¡JEEERÓOONIMOOOO!

POLIFEMO.— ¡Más alto aún! ¡Que todo el mundo se entere! ¡Que nadie en el mundo entero deje de enterarse!

TODA LA PLATEA, LOS PALCOS Y LOS ACTORES (*desgañitándose, sobre todo el presidente del gobierno y sus ministros, que disfrutan de lo lindo*).— ¡JEEERÓOONIMOOOO!

POLIFEMO (*ensordecido*).— ¡Muy bien! ¡Así me gusta! Esta vez sí que se ha oído bien...

Pues nada, vamos a ver si tenéis razón.

Se apaga la luz de la parte izquierda, y Polifemo se traslada a la derecha, que se ilumina cuando llega. Una pareja de caballeros se dispone a leer en su aposento el Quijote apócrifo recién publicado. Al otro lado de la pared imaginaria, don Quijote y Sancho los oyen hablar.

DON JUAN.— Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que trae la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Don Quijote oye su propio nombre y se pone alerta, pegando la mano y el oído a la pared invisible para oír la conversación. (En la primera fila, el vicepresidente del gobierno no entiende por qué don Quijote hace ese gesto en el aire, y pregunta al presidente, el cual, con cara de resignación, le da una colleja y le dice ¡Hay un tabique, cretino!).

DON JERÓNIMO (*representado por el mismo actor que hace de Polifemo y de Jerónimo de Pasamonte*).— ¿Para qué quiere vuestra merced que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

DON JUAN.— Con todo eso, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en este más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

DON QUIJOTE (*lleno de ira y de despecho, alzando la voz*).— Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido.

DON JUAN O DON JERÓNIMO.— ¿Quién es el que nos responde?

SANCHO.—¿Quién ha de ser sino el mismo don Quijote de la Mancha?

Don Juan y don Jerónimo abren la puerta intangible y levantan los pies para traspasar el umbral y salir de su habitación, y luego hacen lo mismo para entrar al aposento de don Quijote y Sancho. (El vicepresidente da muestras de que desentrañar tanto gesto es superior a sus fuerzas, pero ya no se atreve a preguntar al presidente, y se dirige a los ministros que están al otro lado, los cuales parecen igual de desconcertados).

Don Jerónimo echa los brazos al cuello a don Quijote.

DON JERÓNIMO.— Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda, vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor de este libro que aquí os entrego (*le ofrece el ejemplar del Quijote apócrifo recién publicado*).

Se apaga la luz de la parte derecha. El actor que hace de don Jerónimo se traslada a la izquierda a representar a Polifemo, y, cuando está dispuesto, se ilumina la parte izquierda.

POLIFEMO.— La pareja de caballeros formada por don Juan y don Jerónimo constituye el correlato de otra pareja de caballeros nobles que tenía una gran importancia en el *Quijote* apócrifo: la compuesta por don Álvaro Tarfe y don Carlos. Y Cervantes se sirve de esa pareja de caballeros para representar al verdadero autor del *Quijote* apócrifo bajo la apariencia de don Jerónimo. Así, en la misma frase en que nombra por primera vez el libro de Avellaneda recién publicado, Cervantes

incluye también el nombre de *Jerónimo*, en lo que constituye una clarísima insinuación del verdadero nombre de pila de su autor. Y Cervantes completa la escena de forma genial, haciendo que don Jerónimo critique su propia obra, juzgándola llena de disparates, que abraza al don Quijote cervantino admitiéndolo como el verdadero y que le entregue el falso libro en señal de sumisión. Magistralmente, Cervantes hace que la propia representación literaria de Avellaneda reconozca a los personajes cervantinos como los auténticos.

Además, en el mismo capítulo 59 de la segunda parte de su *Quijote*, inmediatamente después de sugerir el verdadero nombre de pila de Avellaneda (Jerónimo), Cervantes indica por dos veces que Avellaneda era aragonés: don Quijote hojea el libro recién publicado de Avellaneda y dice que su «lenguaje es *aragonés*», y el narrador afirma que don Juan y don Jerónimo «verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor *aragonés*». Y, como sabemos, Cervantes indicaría dos veces más, en los capítulos 61 y 70, que Avellaneda era aragonés. Así pues, Cervantes no solo reveló expresamente el verdadero lugar de origen de Avellaneda, sino que sugirió su nombre de pila y su apellido a través de dos personajes indudablemente relacionados con el *Quijote* apócrifo: don **Jerónimo** y maese Pedro-Ginés **de Pasamonte**.

EL MONSTRUO.— Me sorprende que los estudiosos no hayan sido capaces de desvelar el misterio, pues las pistas que ofrece Cervantes son tan claras que hasta un niño podría desentrañarlas.

pinillo.— De eso precisamente se trata: hace falta tener la ingenuidad de un niño, como la tiene el Poli, para no estar contagiado de los prejuicios heredados de la tradición de los estudios cervantinos. Es el peso de esa tradición, que ha construido una imagen de la disputa literaria entre Cervantes y Avellaneda completamente distorsionada, lo que ha impedido a los estudiosos resolver un misterio que, en sí mismo, y una vez descubierta la *Vida* de Pasamonte, no ofrecía mayores dificultades.

BEATRIZ (*avanzando hacia la platea y dirigiéndose a toda la concurrencia para cerrar la representación*).— En suma, hemos llegado a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el análisis de la *Vida* de Pasamonte, de la primera parte del *Quijote* y del *Quijote* de Avellaneda nos ha permitido establecer los requisitos que ha de cumplir el autor de la obra apócrifa (*Beatriz va numerando esas condiciones con los dedos de sus dos manos*):

Avellaneda ha sido imitado en la primera parte del *Quijote* (y Cervantes imitó en esa obra la *Vida* de Jerónimo de Pasamonte al componer el episodio del capitán cautivo); ha sido ofendido mediante «sinónimos voluntarios» en la misma primera parte del *Quijote* (y el nombre y el apellido del denostado *Ginés de Pasamonte* constituyen clarísimos sinónimos voluntarios de los de *Jerónimo de Pasamonte*); quiere aludir en su soneto preliminar (en el que incluye la expresión «el que *correr* quisiere tan al *trote*») a la forma injuriosa en que Cervantes había retratado a Ginés de Pasamonte (el cual había huido «tomando un *trote* que parecía *carrera*»); tiene un conocimiento de primera mano de la cofradía del Rosario bendito de Calatayud y la elogia con entusiasmo, mencionando expresamente a los ciento cincuenta miembros encargados de asistirle (uno de los cuales era Jerónimo de Pasamonte); sabe que Somet, localidad muy cercana a Ibdes, pueblo natal de Pasamonte, tenía dos alcaldes; conoce y destaca la sarga de la Resurrección de la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, en la que fue bautizado Pasamonte; es admirador, como el aragonés, de los frailes dominicos y de san Bernardo; desea corregir la edad que Cervantes había adjudicado a Ginés de Pasamonte y está interesado en introducir en su obra un personaje (Antonio de Bracamonte) cuyo apellido y características remiten a Jerónimo de Pasamonte.

Aunque de entre los candidatos propuestos tan solo Jerónimo de Pasamonte cumple todos esos requisitos, nos parecía que aún no quedaba demostrada definitivamente la identidad de Avellaneda, puesto que, hipotéticamente, podría existir otro autor desconocido que también cumpliera algunos de ellos.

Y, en honor a la verdad, he de decir que no hemos demostrado la identidad de Avellaneda.

Lo que sí queda demostrado es que el propio Cervantes identificaba al aragonés Jerónimo de Pasamonte con Avellaneda.

En efecto, el hecho de que Cervantes aludiera conjunta e insistentemente en varias de sus obras (como *El licenciado Vidriera*, *El coloquio de los perros* y la segunda parte de su *Quijote*) a los manuscritos de la *Vida y trabajos* de Pasamonte y del *Quijote* de Avellaneda demuestra de manera fehaciente su convencimiento de que ambos manuscritos habían sido escritos por la misma persona. Y la revelación persistente e inequívoca de que Avellaneda era aragonés, así como los episodios de maese Pedro-Ginés de Pasamonte y de don Jerónimo, ratifican que Cervantes identificaba a Avellaneda con el aragonés Jerónimo de Pasamonte, y que quiso dejar en la segunda parte

de su *Quijote* suficientes pistas sobre la identidad del autor del *Quijote* apócrifo, tal vez con la esperanza de que algún día fueran advertidas, como así ha sido.

Y esto, en sí mismo, es más que suficiente para entender el propósito que tuvo Cervantes al escribir algunas de sus más importantes obras, entre las que se encuentra la segunda parte de su *Quijote*.

El hecho de que Jerónimo de Pasamonte sea el único autor conocido que cumpla todos los requisitos que ha de tener Avellaneda viene a sustentar que Cervantes estaba en lo cierto. Pero, aun en el muy improbable caso de que se hubiera equivocado, lo verdaderamente importante es que escribió algunas de sus mejores obras dejando en ellas evidencias de que consideraba a Pasamonte el autor del *Quijote* apócrifo.

Es posible que, algún día, aparezca un documento que demuestre definitivamente quién era Avellaneda, tal vez en los archivos de Nápoles, en la abundante documentación sobre el monasterio de Piedra que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, o en cualquier otro lugar. Ojalá sea así.

Pero ese documento tan solo vendría a ratificar si Cervantes estaba o no en lo cierto, y, en uno u otro caso, lo esencial seguiría siendo que escribió algunas de sus mejores obras dando por supuesto que Pasamonte era Avellaneda; y eso, que conocemos ya, es lo que hay que tener presente para entenderlas.

Beatriz hace una ligera reverencia a su público a modo de despedida y cae el

TELÓN.

Suena una ovación desmedida, hasta el punto de que los propios actores se sienten sobrepasados, pues no podían imaginar algo así. Con el telón echado, el Monstruo, pinillo, el Poli y Beatriz, junto con todos los reclusos que han participado en la representación, salen a escena para ser agasajados por su audiencia. Al rato, los reclusos desfilan por un lateral y los cuatro actores principales se ocultan tras el telón. Pero los aplausos persisten, y han de volver a salir varias veces.

Como los aplausos siguen sonando, deciden ir saliendo de uno en uno, a la espera de que la concurrencia se canse y deje ya de aplaudir. Pero no se cansan.

Detrás del telón aparece Gento, ataviado todavía de Quevedo con su hábito de Santiago, y portando una botella de champán y varios vasos de plástico. Parece constipado, pues habla con voz nasal.

GENTO.— ¡Qué exitazo, chicos! ¡Esto hay que celebrarlo! Voy a descorchar una botella de champán.

POLIFEMO.— Trae, ya la abro yo.

GENTO.— Deja, yo me encargo.

POLIFEMO (*enérgico*).— De ninguna manera. En un día como este, tienes que concederme esa satisfacción (*le arrebató la botella de las manos*). Además, Beatriz tiene copas de cristal (*Polifemo se dirige al lugar del botiquín en el que están las copas, y las llena con champán, mientras Gento le mira de reojo*).

BEATRIZ (*cogiendo a Gento del brazo y arrastrándolo a su terreno*).— ¿Así que crees que hemos estado bien?

GENTO.— Ya lo creo. Jamás se ha oído en esta cárcel una ovación semejante (aunque también es verdad que nunca se había hecho otra función). Habéis estado muy bien.

Llega el Poli con las copas de champán.

POLIFEMO.— Por nosotros.

TODOS (*menos el Monstruo, que está en la otra parte del telón recogiendo los aplausos*).— Por nosotros.

Chocan alegres las copas y las llevan a los labios. Entra el Monstruo.

EL MONSTRUO.— Que salga otro, que no paran de aplaudir. Beatriz, ¿sales tú? (*Beatriz sale a que la aplaudan*). ¿Estáis bebiendo champán? ¿Hay una copa para mí?

POLIFEMO.— Claro, Monstruo. Hay champán para todos (*el Poli va a llenar una copa y se la trae al Monstruo, que la bebe de un trago y vuelve tras el telón a sustituir a Beatriz. Está claro que al Monstruo le gustan los aplausos. Entra Beatriz*).

GENTO.— Bueno, chicos... ¡Vaya una demostración! Así que Cervantes creía que Pasamonte era Avellaneda... Quién lo iba a decir...

pinillo.— Parece que te interesaba este asunto, ¿eh?

GENTO.— Más de lo que imaginas.

Entra el Monstruo, que no puede solo con tanto aplauso.

EL MONSTRUO.— Venid conmigo a escena a soportar la carga, que yo no puedo solo con tanto aplauso.

GENTO.— Sí, salid todos a escena, que bien os merecéis esos aplausos. Pero no os durmáis en los laureles...

EL MONSTRUO.— ¿Qué ha querido decir con eso?

POLIFEMO.— Ni caso. Vamos a ver si entre todos podemos con la ovación.

Salen todos, y los aplausos aumentan sin cesar. Aplauden sobre todo rabiosamente el presidente y los miembros de su gobierno, que sudan como ríos de tanto aplaudir. El tramoyista, que ha ido al cuadro de luces, va apagando todas las del local, a ver si se cansan. Pero siguen aplaudiendo a oscuras. Así que vuelve a encenderlas.

POLIFEMO (*alzando a duras penas su vozarrón sobre los aplausos, y gesticulando para que dejen de aplaudir*).— Escuchad, ya sé que os dije que guardarais los aplausos para el final. Y, al parecer, sí que teníais ganas de aplaudir. Pero la función debe continuar. Creo que el rey pronunciará a continuación un discurso.

Su Majestad está aplaudiendo tan desgañitado como los miembros del gobierno, pero Polifemo le hace signos para que se aplaque. Como si saliera de un sueño, el monarca empieza a moderar su entusiasmo, hasta que, finalmente, deja de aplaudir. Los aplausos se van apaciguando en toda la sala. Los actores se inclinan en señal de reconocimiento (el Monstruo se trastabilla y casi cae de bruces) y se esconden por fin tras el telón. Los operarios de la casa real empiezan a preparar el escenario para el discurso del rey. Hay suficiente espacio entre el telón y la platea, y ahí se colocará el atril desde el que lo pronunciará.

EL MONSTRUO.— No sé qué me pasa, pero de pronto me siento fatigado. No imaginaba que los aplausos cansaran tanto (*bosteza con todas sus ganas*). De hecho, creo que me han aturdido, pues no me encuentro muy bien (*se sienta en una silla, apoyándose con los brazos sobre la mesa, a punto de quedarse dormido. Sus bostezos parecen ser contagiosos, puesto que todos, salvo Gento, bostezan ostentosamente y dan muestras de somnolencia*).

GENTO (*frotándose las manos y dejando de hablar con voz nasal*).— Bueno, bueno... Parece que os ha entrado a todos un repentino sopor (*el Monstruo se queda profundamente dormido sobre la mesa, y los demás entrecierran los ojos y cabecean*). He tenido que ser paciente, pero al fin ha llegado mi momento. Voy a quitarme este disfraz.

Gento se quita el hábito de Santiago, las lentes quevedescas, la peluca, el bigote y la perilla. Se desacopla también unos artilugios que lleva en los talones y las pantorrillas, que le impedían caminar correctamente, y empieza a andar como una persona normal. Mira a sus víctimas y sonríe con satisfacción.

Pero pinillo, el Poli y Beatriz no muestran la menor sorpresa ante la transformación de Gento. Ni siquiera parecen ya amodorrados. El que estaba disfrazado de Gento (como fingían su identidad el pícaro Sayavedra y el titiritero maese Pedro: aquí todo el mundo se disfraza...) empieza a mostrar preocupación. El Poli se pone tras él para impedirle la huida.

EL QUE ESTABA DISFRAZADO DE GENTO (*dirigiéndose con creciente temor a pinillo*).— Entonces..., ¿me habías reconocido!

pinillo.— En un principio, no. He de admitir que el hecho de que ya estuvieras en la cárcel cuando yo llegué me desconcertó. Fue realmente hábil por tu parte anticiparte a mi ingreso en prisión. Eso te excluía completamente como sospechoso, pues se suponía que tú no tendrías por qué saber que yo iba a venir a esta cárcel. Supongo que te enteraste de que Beatriz trabajaba aquí, y eso te hizo imaginar que yo acabaría viniendo. Adivinaste que me había enamorado de ella, y que por eso te hice la jugarreta de dejarte desnudo en su habitación, así que previste mi llegada y te adelantaste. Y es que nunca has tenido un pelo de tonto. Además, hiciste que el Poli ingresara en prisión, lo que le convertía en el único sospechoso de perseguirme, y te dejaba a ti completamente en la sombra. Supongo que querías presenciar directamente tu venganza, y por eso no te conformaste con enviarlo a él, sino que viniste tú antes para controlar lo que ocurría. Incluso la apariencia que elegiste resultó afortunada. Presumí que, después de lo que sucedió en París, te habrías hecho la cirugía estética para no ser reconocido, y ya veo que estaba en lo cierto: ahora estás mucho mejor (pues antes —habrás de reconocerlo— eras bastante feo). Pero adoptaste además esa apariencia de bibliotecario intelectual. Seguro

que no tuviste ningún problema para ganarte el puesto comprando al director de la cárcel, cuya propensión a la corrupción es inmejorable. Sabías de mi afición por la lectura, y eso te aseguraba que yo visitaría la biblioteca y que tendrías un contacto continuado conmigo,teniéndome vigilado a la espera del momento propicio para ejecutar tu venganza. Y, cuando comprobaste que el Poli se había puesto de nuestra parte, decidiste encargarte tú mismo del asunto.

No obstante, hubo un par de cosas que me hicieron sospechar.

En primer lugar, me extrañó que el director de la prisión me propusiera descubrir quién era Avellaneda. Es cierto que, previamente, le había comunicado el resultado de mis deducciones sobre aquel asesino en serie que descubrí desde la cárcel, pero, conociendo su menguada capacidad cerebral, dudé mucho de que le diera más de sí que para atribuirse ese mérito, y supuse que una alimaña descerebrada como él jamás habría pensado en que yo pudiera serle de utilidad para descubrir la identidad de Avellaneda. Sé bien que conoces, y tal vez admiras, mi capacidad de deducción, de la que te di muestras desde aquellos tiempos de nuestra juventud, y especialmente en París. Así que sospeché que, detrás de esa petición del director, tendrías que estar tú. Cuando recibió la orden de conmemorar la muerte de Cervantes, pensó en ti para que le sacaras del apuro, y tú seguramente le trasladaste la idea de que uno de sus reclusos podría encargarse de aclarar quién había escrito el *Quijote* apócrifo con ciertas posibilidades de éxito. Así me tendrías entretenido y desviarías mi atención de tu presencia en la cárcel, a la espera de perpetrar tu desquite. Es muy posible, además, que quisieras ponerme a prueba para ver si era capaz de esclarecer el enigma de Avellaneda, pues tú también querías conocer su solución. Y, ya ves, no he sido yo quien lo ha aclarado, sino el Poli, contando con nuestra colaboración. Aunque no habríamos llegado a nada sin la magnífica intuición de Martín de Riquer: él fue quien levantó la liebre, y nosotros no hemos hecho más que desarrollar su idea.

La segunda cosa que me pareció sospechosa fue que, en cierta ocasión, hablando con los demás sobre ti, comenté que te portabas muy bien conmigo, pero que eras parco en palabras; y el Monstruo dijo que con él siempre te mostrabas dicharachero.

A partir de ese momento, traté de hacerte hablar, pues, por mucho que se intente, es imposible disimular completamente la voz. Y me di cuenta de que siempre me contestabas con gestos, con gruñidos o con monosílabos.

Pero tu disfraz y tus andares estaban tan conseguidos que nunca pude estar seguro de que fueras tú.

Fue algo que ocurrió después lo que realmente me alertó.

En un momento dado, y sin saber muy bien por qué, empecé a tener un mal presentimiento, como si fuera a ocurrir una desgracia. Notaba que algo iba mal, y ni siquiera podía dormir bien, sintiendo un temor a algo desconocido que no podía precisar. No era la primera vez que experimentaba algo así, y siempre que he tenido ese tipo de intuiciones, había una causa real por la que preocuparse. Así que le pedí a Beatriz que organizara cuanto antes nuestra fuga de la prisión.

Poco después, cuando al fin pude dormir, comprendí la causa de mi alteración. Soñé con la época en que éramos estudiantes de medicina, en la que tú y yo íbamos por los bares persiguiendo a Pérez Méndez y a Rodríguez Morejón. Y, en ese sueño, entrábamos en un bar que solíamos frecuentar y te pedías tu bebida favorita: una copa de «Mascaró», aquel coñac catalán que tanto te gustaba, y que consumías con entusiasmo y determinación. En mi sueño, la copa crecía hasta ser como una pecera, y tú la agitabas en la mano, olfateándola con satisfacción, antes de zambullirte en ella y bucear entre libros de colores que abrían y cerraban sus páginas para avanzar.

Y, al despertar, tuve una revelación. Era el olor de ese coñac lo que me estaba alterando. Desde hacía unos días, sin que yo fuera muy consciente de ello, ese aroma envolvía mi cerebro como un lienzo impreciso que lo apretara. Al sentarme en la cama, no solo identifiqué claramente ese aroma, sino que vino súbitamente a mi boca, o a mi cerebro, el sabor del mismo coñac, que había probado contigo en alguna ocasión. Es curiosa nuestra capacidad para memorizar y hacer resurgir, pasado el tiempo, los sabores y los olores.

Y me di cuenta de que había olido ese aroma en la prisión.

Pero no directamente, sino en tu respiración.

Una tarde que había ido a pedirte un libro, mi cerebro debió de registrar, casi inconscientemente, el ligero aroma a coñac que desprendías. Porque hasta en eso habías sido cuidadoso, y nunca habías bebido tanto como para que yo pudiera percibirlo con claridad. Pero aquel día, al parecer, no te resististe a catar un poco. Y, al despertar de mi sueño, comprendí que bajo la apariencia de Gento tenías que esconderte tú.

Para acabar de cerciorarme, te puse a prueba. Un día que salías de la biblioteca, después de haber mantenido una larga charla con el Monstruo, te hice tropezar con el palo de una escoba cuando bajabas

por las escaleras, para comprobar si al levantarte cojeabas. Como tenías esos artilugios acoplados a las pantorrillas, te levantaste cojeando, pero no te acordaste de disimular la forma de hablar, o de blasfemar, y te pasaste un rato maldiciendo como un campeón, por lo que reconocí perfectamente tu voz y pude cerciorarme de que eras tú.

Y como no es raro que se venda a sí mismo quien es afín a la mercadería vendible, pues no otra cosa son esas historias que nos cuenta en el patio, supuse que también habías comprado al Monstruo, quien te tenía al día de lo que hacíamos y de nuestras pesquisas sobre Avellaneda, en las cuales participabas indirectamente consiguiéndonos algunos libros. Y me di cuenta de que, mientras el misterio no se resolviera, no llevarías a cabo la venganza que tuvieras prevista, pues, al igual que al Monstruo, te había picado la curiosidad. Así que me bastaba con enredar al Monstruo y tenerle expectante con respecto a la resolución del enigma, a sabiendas de que él te trasladaría nuestros progresos, de los que tú también estarías pendiente. Al igual que Sherezade salvaba su vida dejando sus relatos inconclusos al amanecer, para que el rey no la ejecutara a la espera de que a la noche siguiente los culminara, yo he ido salvando el pellejo embaucándoos a los dos con el enigma de Avellaneda.

Finalmente, Beatriz me dijo que estaba todo preparado para nuestra fuga. Aprovechando el jaleo que hay hoy con la asistencia a la función de tantas celebridades, y de que su seguridad es lo que más preocupa a los guardias de la prisión, vamos a largarnos de aquí sin que nadie se entere.

Y tú te quedarás, una vez más, sin perpetrar tu miserable venganza, que, al parecer, tenías prevista para hoy.

POLIFEMO (*dirigiéndose al que estaba disfrazado de Gento*).— Y ahora, vas a portarte bien y te vas a beber todo lo que queda en la botella de champán que traías para nosotros. Como ya habrás comprendido, pinillo, Beatriz y yo nos llevamos la copa a los labios, pero no hemos bebido nada, como tampoco has bebido tú, y hemos vaciado su contenido al otro lado del telón, cuando no nos veías. Solo el Monstruo, al que ni siquiera advertiste de lo que pensabas hacer, se ha bebido su copa, y hemos podido comprobar sus efectos. Así que, amiguito, a colaborar. Bébetela botella entera, porque si no te voy a saltar todos los dientes de un tortazo.

El Poli tiende la botella a Sanz Porras con una actitud tan amenazante que causa auténtico pavor. pinillo y Beatriz se asustan de

su aspecto, y hasta nos asustamos tú y yo. Sanz Porras opone cierta resistencia, pero, en cuanto el Poli alza la mano y grita ¡Bebe!, decide engullirla a toda velocidad.

Beatriz, el Poli y pinillo esperan a que los somníferos hagan su efecto. Al poco, Sanz Porras empieza a sudar y a bambolearse.

SANZ PORRAS.— pinillo, eres un auténtico cerdo, además de un inútil y un cobarde. Te juro que te acordarás de mí.

A Sanz Porras se le nubla la vista y cae fulminado sobre el terrazo.

BEATRIZ.— Venga, vámonos ya. Todo el mundo está ahora pendiente del discurso del rey, y es el mejor momento para largarnos. Saldremos, pinillo, por donde siempre, pero esta vez nos iremos en la ambulancia.

pinillo.— ¿Habéis visto esa silla de escritorio con ruedas que ha aparecido en el botiquín? Ni siquiera os habíais fijado en ella, ¿verdad? Pues juega su papel en este asunto: Sanz Porras la tenía preparada para mí. Id yendo hacia allá, que os alcanzo enseguida.

BEATRIZ.— pinillo, no es el momento de hacer tonterías. Vámonos cuanto antes.

pinillo.— No te preocupes, que no tardaré ni un minuto. Marchaos ya.

El Poli y Beatriz se pierden por el foro.

pinillo desnuda rápidamente a Sanz Porras, lo sienta en la silla con ruedas y lo acerca en ella hasta el telón. Abre en él una rendija por la que mira, y espera a que el monarca vaya a ocupar su sitio para pronunciar el discurso desde el atril. Una multitud de cámaras de televisión enfoca el escenario, donde hace su aparición el rey.

En ese momento aparece junto a pinillo el tramoyista.

EL TRAMOYISTA.— pinillo, eso que vas a hacer es una insensatez.

pinillo.— Es que siempre he sido un insensato...

pinillo abre un poco el telón, apoya el pie en el respaldo de la silla y lanza a Sanz Porras hacia la Fama.

8. EL MENOR ARCANO DE NUESTRAS LETRAS

¿Qué le ocurrió a pinillo en París?

¿Quién era el misterioso personaje que acompañó a Beatriz a Ibdes, y que dormía cada noche en su cama? ¿Era tal vez aquel novio que se echó en sus tiempos de estudiante, Rodríguez Morejón? ¿Qué ha sido de él?

Y, sobre todo: ¿de dónde vienen y adónde van pinillo, Polifemo y Beatriz?

Una vez resuelto el enigma de Avellaneda, todo esto tiene pinta de convertirse en el menor arcano de nuestras letras.

9. EL AUTOR Y SUS PERSONAJES

Hoy, 7 de diciembre de 2015, es mi cumpleaños, y sigo dándole vueltas al encargo que he recibido de escribir un capítulo sobre Cervantes para un libro que se publicará en el 2016, año en el que se van a conmemorar los cuatro siglos de su muerte. Como le pasará a casi todos los que hayan recibido una encomienda similar, no tengo ni la más remota idea de lo que voy a contar, ni veo la manera de salir del paso. Muchas veces me senté ante el ordenador para escribirlo, y muchas lo dejé, por no saber lo que escribiría. Y, estando otra vez suspenso, con la pantalla delante, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando en lo que diré, suena a deshora el teléfono.

Es Beatriz. Me dice que está con pinillo y el Poli, a los que ha ayudado a fugarse de la cárcel. Y que, antes de salir del país, desearían verme para comentarme y trasladarme un importante hallazgo.

Este sí que es un buen regalo de cumpleaños: mis propios personajes, como si fuera Unamuno, vienen a visitarme.

Están, al parecer, en un bar cercano a la Casa de Cervantes, pues el Poli, aprovechando su paso por Valladolid, ha querido ir a verla. Al principio me ha parecido una locura, pero, pensándolo bien, ¿quién iba a imaginar que los fugitivos se dedicaran a hacer turismo cultural? A nadie se le ocurriría buscarlos ahí.

Les digo que vengan a mi casa, que está muy cerca, pero que procuren llegar sin llamar mucho la atención, no vayan a meterme a mí en un lío.

Y al poco, llaman al timbre. Me alegro de estar solo, para no tener que dar explicaciones. Abro la puerta, y ahí están los tres, mirándome. Al verlos materializados y comprobar tan de cerca su aspecto, me invade una sensación de felicidad, aunque no son exactamente como creía. Y es que no solo los lectores percibís difusamente el aspecto físico de los personajes de las obras que leéis, sino que los autores tampoco tienen una idea exacta de la apariencia de sus criaturas. Y, hasta que no las ven en persona, ni se imaginan cómo son en realidad. Eso sin contar con que, una vez que las crean, cobran vida propia y tiran por donde les place.

Aunque pinillo está en primer plano, casi pasa desapercibido, y me fijo más en Beatriz, cuya hermosura me resulta inquietante, y en el Poli, que llena todo el rellano de la escalera con su ubicuidad, y parece estar encajado, como si no cupiera y fuera a reventar el edificio. Me pregunto si el seguro de la comunidad cubriría los daños causados por un personaje ficticio.

Los invito a pasar al salón. El Poli, como un dios omnipresente, despliega su todopoderío en uno de los sofás, que a duras penas resiste, y en el otro se sientan pinillo y Beatriz. Cojo una silla para ponerme frente a ellos y les pregunto si quieren tomar algo. Me dicen que no, que tienen prisa, y que deben partir en cuanto me expliquen lo que han venido a contarme, aunque les llevará algún tiempo. Me alegro de que no quieran tomar nada, pues seguro que no queda ni una cerveza en el frigo.

pinillo, curiosamente, es muy apuesto, pero, si no eres muy observador, ni siquiera te das cuenta, pues su aguileño rostro, su lisa y desembarazada frente y sus alegres ojos pasan completamente desapercibidos. Seguro que cuando entra en una discoteca ninguna chica se fija en él. Es como si lo envolviera un lienzo impreciso que lo camuflara, haciéndolo casi incorpóreo. Y no es poca virtud la de la invisibilidad. Quién la tuviera.

El Poli, en cambio, se hace notar desde el principio. Su tamaño reclamaría la atención del más despistado. Se acerca mucho a la imagen que me hice de él: grande, tuerto, cejijunto, mal encarado. Pero tiene algo que hace que me caiga bien. Pero que muy bien. Un tío majo, Polifemo.

Y en cuanto a Beatriz, me ha sorprendido. Es indudable que posee una belleza espectacular, pero, curiosamente, no es mi tipo. ¿Alguna vez habéis reconocido la hermosura de un hombre o de una mujer, comprendiendo que a otras personas les atraiga, pero sin que os acabe de gustar? Pues eso me pasa a mí con Beatriz. Habiéndola creado yo, tendría que ajustarse completamente a mis preferencias, pero tiene un no sé qué que me desasosiega.

—Me alegro mucho de conoceros en persona —les digo—, y de que hayáis elegido este día para fugaros. Vuestra visita es sin duda el mejor regalo de cumpleaños que podría tener.

—En realidad —dice pinillo—, no hemos venido a tirarte de las orejas, sino a pedir tu colaboración. Ni siquiera sabíamos que era tu aniversario, pues, como es lógico, tú nos conoces mejor que nosotros a

ti. Pero hay algo que sí sabíamos: que das clases de Teoría y Crítica literaria en la Universidad. Y por eso estamos aquí.

—Queremos pedirte un favor —me dice Beatriz con un tono y un gesto tan melifluos que romperían cualquier resistencia, si la tuviera.

El Poli me mira y luego mira a Beatriz y luego vuelve a mirarme a mí, como calibrando el efecto que sus palabras y sus ojos me han causado.

—Tienes que ayudarnos —dice para remacharlo—. No podemos confiar en nadie más.

—Estaré encantado de ayudaros —les digo—, si es que puedo hacerlo. ¿De qué se trata?

—Verás —dice pinillo—: hemos hecho un descubrimiento importante, y necesitamos que seas nuestro altavoz para divulgarlo. Tú formas parte del mundo universitario, y los expertos en el tema harán caso de lo que digas.

—Pero ¿qué expertos? ¿A qué tema os referís?

pinillo saca una enorme mochila que hasta entonces no había visto. Es como si su incorporeidad afectara a los objetos que porta. Y empieza a sacar papeles de ella: por lo menos seiscientos o setecientos folios, que deja encima de la mesa.

—Aquí están recogidos todos los detalles de nuestro descubrimiento. Y queremos que lo des a conocer.

—¿Me vais a decir de una vez de qué se trata?

Aunque pinillo toma la palabra y parece que es quien lleva la manija, Beatriz y el Poli lo interrumpen continuamente, dando detalles que a él se le escapan, o ejemplificando convenientemente sus asertos. Lo cierto es que entre los tres componen un magnífico coro. Al principio me muestro muy escéptico, hasta ofensivamente burlón, pero poco a poco me doy cuenta de que no están diciendo tonterías. Y, al cabo, después de dos largas horas en las que me ofrecen todo tipo de explicaciones, consiguen hacerme partícipe de su hallazgo y convencerme de su veracidad. Y el asunto no es baladí. Nada menos que la resolución del mayor arcano de nuestras letras: ¡Cervantes creía que Avellaneda era el aragonés Jerónimo de Pasamonte!

Yo no salgo de mi asombro. ¿Cómo es posible que estos tres hayan podido solucionar ese misterio? No es que tuviera una mala impresión de mis personajes, ni que los considerara faltos de talento..., pero he de reconocer que me han dejado perplejo.

Y, tras vencer mi estupefacción, pienso que tengo que aprovecharme como sea de su hallazgo.

Después de todo, su condición de fugitivos les impediría sacar todo el partido del asunto, y a mí me viene como anillo al dedo para cumplir mi encargo. Yo tan solo tenía que escribir un trabajito sobre Cervantes, y aquí hay material para publicar libros enteros. Y parece que confían en mí, y hasta me atribuyen —qué candidez— cierto grado de autoridad para juzgar el asunto.

—Veréis —les digo solemne—: la cuestión no es tan sencilla como parece. Me estáis hablando de un descubrimiento que se opone completamente a la tradición de los estudios cervantinos, por lo que sin duda generará una enorme resistencia. No es que quiera desanimaros, pero os voy a contar lo que sucederá cuando hagamos público vuestro descubrimiento.

»En un primer momento, aguardaréis ansiosos a que se edite la obra en la que se divulgue, y la espera se os hará interminable. Por fin, un día la veréis publicada, y os sentiréis muy felices de haber hecho partícipe al mundo de vuestro hallazgo. Habéis disfrutado tanto con él que solo querréis compartir vuestro gozo con los demás. Pero pronto os desengañaréis, y caeréis en la cuenta de vuestra ingenuidad, al comprobar que vuestro descubrimiento, lejos de provocar la satisfacción prevista en los estudiosos, les causará un profundo malestar.

»Habrà, eso sí —prosigo desalentándolos—, alguna reseña favorable a vuestro hallazgo, dando el misterio por dilucidado, seguramente en el extranjero, pues nadie es profeta en su tierra, y menos vosotros, que sois fugitivos y ni siquiera tenéis patria.

—Soy ciudadano del mundo —recuerda pinillo.

—Sí, ciudadano del mundo por obligación, porque vas a tener que recorrerlo de arriba abajo para que no te cacen como a un conejo. Ahora no solo tendrás que escapar de Sanz Porras, sino también de la policía.

—Hombre —me dice—, ya puestos a huir, mejor que no sea solo de ese imbécil.

—Y no solo tendrás que escapar tú, sino que has enredado en tu huida al Poli y a Beatriz, que ha dejado todo para irse contigo, convirtiéndose ella misma en fugitiva. No sé qué habrá visto en ti... —digo con cierta envidia al comprender que nadie lo dejaría todo para fugarse conmigo.

»En fin, como os decía, habrá algunos investigadores que os den la razón, pero serán los menos, y otros reaccionarán violentamente contra el descubrimiento. Entre estos se encontrarán, lógicamente, los que hayan defendido otro candidato a la autoría del *Quijote* apócrifo, cuyo

empecinamiento será monumental, y no cederían un ápice en su convencimiento ni aunque el mismo Cervantes resucitara y les confesara en persona lo que ocurrió. Para vuestra sorpresa, los más virulentos serán los que habían defendido posturas afines a las vuestras, pues sentirán que queréis pisarles el terreno. Algunos sostendrán un planteamiento parecido, pero no por lo que habéis descubierto vosotros, sino por lo que dirán que han hallado ellos. Y los más, sencillamente, se desentenderán completamente del asunto. Así que veréis pasar el tiempo sin que la sociedad llegue a conocer vuestro descubrimiento, puesto que, para que trascendiera, necesitaríais el beneplácito de los expertos, y no lo tendréis, pues su indiferencia será imperturbable. Y os tocará contentaros con ser los únicos que sepáis lo que realmente pasó. Nadie más se va a enterar.

—Vaya una pintura que nos has hecho de los investigadores. ¿En serio son tan mezquinos? —dice el Poli.

—No, en realidad he exagerado un poco, para que no os ilusionéis demasiado. Lo cierto es que yo formo parte de ese mundo académico, y, sin querer caer en el corporativismo, siento bastante estima por muchos cervantistas, que son gente de bien. Pero no tenéis que tener demasiadas esperanzas en que se reconozca pronto vuestro hallazgo. Se acabará admitiendo, sin duda; pero no viviréis para verlo.

—Pues sí que hemos venido a un buen sitio para que nos den ánimos... —lamenta el Poli.

—No viviréis para verlo porque los estudiosos no podrán asimilarlo. En un primer momento, lo achacaréis al peso de la tradición heredada de la Historia de la Literatura, que ha construido una imagen idealizada de Cervantes y ha minimizado la importancia que tenía en su época la imitación y la circulación manuscrita de las obras. Después, os creeréis con derecho —sin tenerlo— a reclamar la atención de los investigadores sobre el hallazgo, y lamentaréis que la mayor parte de ellos se refugien en la comodidad de no tomar partido sobre el asunto...

—Vaya una panda de cobardes.

—No es cobardía, Poli —le digo—, sino sensatez. A fin de cuentas, ni les va ni les viene, y, si apoyaran el hallazgo, asumirían un gran riesgo sin tener nada que ganar. Cuando algún investigador saque provecho por reconocer el descubrimiento, lo hará. Mientras tanto, ¿para qué iba a arriesgarse nadie? Lo más juicioso que pueden hacer es no apostar por algo que podría volverse en su contra, y esperar tranquilamente a que se desarrollen los acontecimientos y ver en qué para el asunto.

—¡Pero así no parará nunca en nada!

—Algo acabará pasando, porque el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra (*¿de qué me suena a mí esto que acabo de decir? Tendré que buscarlo en Internet*). Pero el proceso será lento, como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia con los descubrimientos que se oponían a las creencias establecidas. ¿Cuánto tiempo tardó en reconocerse que la tierra giraba alrededor del sol? ¿Acaso fue sencillo asimilar la evolución de las especies? ¿Sabéis lo que pasó con el hallazgo de las pinturas prehistóricas de las cuevas de Altamira?

—Sí, conozco el caso —dice Beatriz—. La mayor parte de los estudiosos españoles y franceses, y entre ellos uno de los más reconocidos sabios del momento, Émile Cartailhac, negaron su autenticidad, defendida por Marcelino Sanz de Sautuola, que las descubrió, si no recuerdo mal, en el verano de 1879 (aunque fue su hija María, de ocho años, que entró a la cueva con él, quien las vio por primera vez y dijo: *¡Mira, papá! ¡Bueyes pintados!*). Por entonces, era difícil admitir que los hombres primitivos, a los que se consideraba poco menos que animales, pudieran elaborar tales obras de arte, por lo que el descubrimiento se oponía frontalmente a las creencias establecidas. Sin embargo, los hallazgos posteriores de pinturas semejantes en otras partes de Francia llevaron a Cartailhac a reconsiderar su postura, tal vez interesado en que se reconociera la existencia de pinturas prehistóricas en su país, y finalmente asumió su error en el famoso documento, publicado en 1902, *La cueva de Altamira. «Mea culpa» de un escéptico*; pero solo pudo presentar sus excusas a la hija de Marcelino Sanz de Sautuola, ya que este había muerto en 1888 sin que su hallazgo fuera reconocido.

—¿Me estáis diciendo —dice el Poli— que vendrán a pedirle excusas a mi hija cuando yo la haya palmado? Porque yo no tengo hija...

—Pues no sé a qué esperas para tenerla —le digo—. Lo que quiero haceros comprender es que el descubrimiento tardará en ser admitido, entre otras cosas porque sería necesario un gran esfuerzo por parte de los estudiosos para asimilarlo. Con el tiempo, comprenderéis que los investigadores no os dan la razón, sencillamente, porque la mayor parte de ellos no habrán leído vuestros argumentos ni los habrán comprobado en los textos literarios en que se sustentan. Tened en cuenta que, para ratificar lo que decís, no solo habría que leer las obras en las que

comuniquéis vuestro hallazgo (que en sí mismas habrían de ser necesariamente extensas), sino también releer y cotejar cuidadosamente, desde la perspectiva propuesta, las dos partes del *Quijote* y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, el *Quijote* de Avellaneda, la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y algunas otras obras de Cervantes, de Quevedo, de Mateo Alemán y de Lope de Vega. Y tened por seguro que casi nadie lo va a hacer.

—¿Acaso no las hemos leído nosotros? —dice Polifemo—. Vaya unos golfos.

—No son unos golfos, Poli. Se trata, simplemente, de que tienen otras muchas cosas que hacer. Vosotros, en la cárcel, disponíais de tiempo para leer, pero a los estudiosos se les pide que escriban y publiquen continuamente trabajos de investigación, pues de lo contrario no podrían prosperar en su carrera. Y como cada uno está obligado a escribir y a publicar, apenas le queda tiempo para leer la ingente cantidad de trabajos que editan los demás. En esas circunstancias, ¿quién podría perder su valioso tiempo leyendo y cotejando un montón de obras para corroborar un hallazgo ajeno que, en principio, solo es hipotético? A nadie le interesaría hacerlo.

—En definitiva —dice pinillo—, nos estás diciendo que no hay nada que hacer, y que nuestro descubrimiento ha sido inútil.

—Hombre, para algo sí que ha servido. Al menos nosotros cuatro ya sabemos lo que ocurrió, y podéis estar orgullosos de vuestra labor. Y a mí también me podría servir...

—¿Qué quieres decir? —dice el Poli.

—Quiero decir que, si me traspasarais el hallazgo, podría tratar de divulgarlo en los medios académicos y universitarios, ya que formo parte de ellos. A mí tampoco me harán —claro está— ni puñetero caso, pero al menos podría afianzar mi currículum, y lo más seguro es que me invitaran a dar alguna que otra conferencia sobre el asunto, lo que me permitiría hacer algo de turismo y conocer lugares remotos. Y, a juzgar por el taco de folios que hay encima de la mesa, podría publicar suficientes trabajos como para obtener un par de sexenios de investigación, con lo que tendría casi resuelta mi carrera universitaria.

—¿Sabéis lo que os digo? —dice el Poli—. Que me avergüenzo de que este individuo sea mi autor.

—Pues a mí no me cae mal —dice sonriéndome Beatriz—, y hasta me parece atractivo. Él solo trata de sacar su tajada —añade sin dejar de mirarme mientras habla de mí como si no estuviera—. Y depende de nosotros que se lo permitamos o no. ¿Se lo vamos a permitir?

Empiezo a reconsiderar seriamente si Beatriz no es mi tipo. Si sigue mirándome así, me va a dar algo. El Poli me observa de reojo con su único ojo como si me leyera el pensamiento, cuando debería ser al revés: que fuera yo quien se lo leyera a él. Y prefiero que no sepa lo que estoy pensando.

—Hombre —dice pinillo—, si nosotros no vamos a lograr nada, podríamos dejar al menos que lo intentara él. Y no es que quiera favorecerlo por haberme creado, pues no le doy mucha importancia a mi existencia... La verdad es que me da igual cómo le vaya.

Me duele descubrir —con lo que los quiero yo— el desapego que mis personajes muestran hacia mí.

Y constato algo elemental: a diferencia de lo que ocurre con los hijos de verdad, que te devuelven con creces el cariño que les das, las criaturas de ficción nunca podrían correspondernos. ¡Ten hijos apócrifos para esto!

Me repongo a duras penas del golpe, y consigo argumentar lo siguiente:

—Cuanto mejor esté yo, mejor te irá a ti también, ¿no? Si yo estoy contento, podré transmitirte fácilmente mi alegría.

—No te esfuerces por alegrarme la vida. Puedes concentrar tus energías en quienes puedan ofrecerte algo a cambio —dice pinillo, como si él también me leyera el pensamiento—. Por mi parte, me resultaría indiferente que te aprovecharas de nuestro hallazgo, pues creo que debería divulgarse, y me daría igual que lo hicieras tú, ya que tenemos una responsabilidad. Al menos, yo lo siento así.

—¿Una responsabilidad? —preguntan el Poli y Beatriz (yo no digo nada porque estoy de acuerdo con él).

—Sí —contesta pinillo—. Por extraño que os parezca, y sin que sepa a qué pueda deberse, me siento especialmente identificado con Cervantes. Es como si sus libros fueran espejos en los que, al leerlos, me mirara, y me parece adivinar sus intenciones, como si se reflejaran en mi mente. Ya sé que parece una chorrada, pero creo que debo hacer algo por él.

—Sí que parece una chorrada, sí —decimos convencidos los tres.

—Pues os aseguro que no lo es. Estoy persuadido, no me preguntéis por qué, de que Cervantes tuvo la esperanza de que el mensaje implícito que incluyó en la segunda parte de su *Quijote* fuera algún día advertido y divulgado. Cervantes pudo llegar a intuir que su obra pasaría a la historia, y que podría ser interpretada de distintas maneras a lo largo del tiempo.

»Porque el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra.

»¿Qué mayor logro para un autor que comunicar algo en un libro a sus primeros lectores y otra cosa muy distinta a las generaciones futuras? ¿No es increíble que Cervantes no solo se dirigiera a sus contemporáneos, sino que dejara algo en su libro para los lectores actuales, mandándonos un mensaje a través de los tiempos? ¿Qué mejor forma habría de prolongarse en la historia y de vencer al devenir? Pues eso es lo que creo que se propuso Cervantes: que algún día se advirtiera que su obra no es solo lo que parece, sino también una imitación burlesca y correctiva del *Quijote* apócrifo, y que percibiéramos de paso las pistas que nos dejó sobre la identidad de Avellaneda. Y para que Cervantes viera satisfecha su intención, algún lector tendría que descubrirla y servirle de portavoz allende el tiempo. Ciertamente, hemos estado un poco torpes, tardando más de la cuenta en descifrar su mensaje, pero eso lo prorroga cuatro siglos en la historia. Y, por un momento, he pensado que me había tocado a mí, como podría haber sido a cualquier otro, el papel de comunicar a los demás el propósito de Cervantes.

»Pero, a juzgar por lo que dices —me dice—, iba a estrellarme en el intento, y tú mismo no lograrías mucho más. Así que el bueno de Cervantes seguirá dilatándose en el tiempo. Creo que no tenemos nada más que hacer aquí. Quédate esos papeles, si quieres, y ojalá te sirvan para algo. Hala, vámonos.

En este momento, la pantalla se divide en dos (¿acaso no te acordabas de que estabas viendo una película?): en la parte de la izquierda empiezan a salir los créditos, con el típico listado de zarandajas que, al parecer, tenemos que tragarnos los espectadores. Para que se vea que a nadie interesan, los créditos están escritos en unas grafías indescifrables parecidas a las de las tablillas cuneiformes de la antigua Mesopotamia. Y en la parte de la derecha, pinillo, Beatriz y el Poli se levantan de sus asientos y se dirigen a la salida.

Salgo corriendo y me pongo delante de la puerta para impedir que se vayan.

—Esperad —les digo—. No me he explicado del todo. Lo que os pido es que me dejéis a mí la labor de contender con los investigadores. No me importa fracasar en ese empeño, pues mi prestigio no puede desmoronarse, ya que carezco por completo de él. Yo haré todo lo posible porque el hallazgo sea conocido y aceptado, y, si no lo logro

porque es imposible de toda imposibilidad, tendré al menos la conciencia muy tranquila por haberlo intentado. Si los estudiosos no quieren reconocerlo, allá ellos. Aunque, como antes os decía, no se trata tanto de que no quieran hacerlo, como de que no están en condiciones de asumirlo. Y en eso creo que consiste, pinillo, tu responsabilidad, pues todo el mundo tiene derecho a conocerlo.

—¿Qué quieres decir? —dicen.

—Que tienes que dirigirte directamente a la mayor parte de la sociedad, a la gente llana, normal y corriente, porque ella estará mucho más capacitada para apreciar el descubrimiento que los propios estudiosos.

—¿Y cómo quieres que haga eso? —dicen.

—Tienes que escribir una novela.

—¿Una novela?

—Sí, una novela. La escribiría yo mismo, pero a mí no me gusta escribir novelas. Incluso si un amigo muy querido me dijera que tenía que escribir esa novela, me resistiría, y solo algún accidente nefasto y demoledor me impulsaría a componerla en su memoria. Dicen que es un género que proporciona una gran libertad, pero yo soy incapaz de ajustarme a la penosa esclavitud de escribir una novela. Así que será mejor que la escribas tú, que eres el más capacitado para hacerlo —al menos yo te di esa habilidad, que espero no hayas perdido—.

»Has de escribir una novela —continúo— para que sus lectores puedan gozar de vuestro hallazgo. A diferencia de los estudiosos, ellos sí podrán hacerlo. Como conoces bien el tema, tardarías poco tiempo en componerla, y la darías a conocer en el año que se avecina, el 2016, en el que se conmemorarán los cuatrocientos años transcurridos desde la muerte de Cervantes.

—Pero ya nadie lee novelas —dice Polifemo—. Sería mejor hacer una película.

—Ya —dice con sorna pinillo—. Y contratamos a José Coronado y a Emilio Gutiérrez Caba para que hagan de Lope y de Cervantes. No te digo...

»Siempre podríamos actuar nosotros mismos, pero ¿cómo me las arreglo yo para dirigir una película mientras huimos? ¿Van a acompañarnos con sus bártulos todos los implicados en su realización? Aunque, se me ocurre que...

—¿Qué se te ocurre? —decimos.

—Que podría, eso sí, *escribir una película*. No un guion cinematográfico, sino una novela que fuera como una película, como

una hipotética película que hubiera de visionar el lector, convirtiéndose a la vez en espectador. De igual manera que cuando leemos un texto dramático nos imaginamos cómo sería su representación, cada lector de mi novela podría construir a su antojo la película correspondiente, con lo que habría tantas películas como lectores. Incluso podría incluir algún pasaje difícilmente trasladable al cine, para sugerir las distintas posibilidades de cada género...

—¡Escribir una película! —decimos.

En este momento se acaban los créditos de la parte izquierda, y la parte derecha reconquista toda la pantalla. En realidad, los créditos no han durado demasiado, pues no ha hecho falta mucha gente para hacer esta película.

—Al tratarse de una investigación —continúa pinillo—, la presentaría como una intriga detectivesca, y, para suavizar un poco el tema, cabría intercalar cualquier otra historia que ayudara a mantener la atención de los espectadores.

—Podrías contarles tu vida... y tus trabajos, como Jerónimo —digo.

—El principal reto —piensa pinillo— consistiría en explicar con imágenes las imitaciones que Cervantes realiza de otras obras. Si se tratara de un libro académico de investigación, bastaría con incluir los fragmentos de los textos literarios que se comparan para que las relaciones entre ellos saltaran a la vista. Pero ¿cómo llevar eso a una película?

—¡Bah!, algo se te ocurrirá... —dicen.

—Y como aquella fue una de las mejores épocas de nuestra literatura —sigue pensando pinillo—, no estaría de más incluir a algunos escritores del momento... E incluso podría establecer relaciones especulares entre esos escritores y nosotros mismos, para hacer ver que sus obras son nuestras y nos conciernen...

»Está bien. Escribiré esa novela —decide—. Se la dedicaré a un queridísimo amigo al que cada día echo más de menos, fallecido el 24 de julio de 2013 en un famoso accidente de tren que tuvo lugar cerca de Santiago de Compostela. Para que tú tengas vela en este entierro —me dice mirándome con conmiseración, como si yo fuera mucho más insignificante que él y quisiera aliviar mi nimiedad—, incorporaré en su capítulo final esta misma conversación. Y, cuando acabe de escribirla, me olvidaré para siempre del asunto, que tengo cosas más importantes que hacer.

—Quién sabe si no tendrán en cuenta tu novela —especula el Poli— para hacer una película de verdad. Podrían titularla *Cervantes contra Pasamonte*.

—Me temo que ese título —dice Beatriz—, no sería muy comercial. Seguro que pondrían otro en el que apareciera Lope, que tiene mucho más tirón. Aunque eso podría obligar a dar más protagonismo a Lope del que tuvo en realidad. Mientras tengan en cuenta [lo que pensaba realmente Cervantes](#)...

—¡Qué imaginación tenéis! Fantasías aparte, me centraré en mi novela, que es lo único que puedo hacer.

Así que la novela que escribiré pinillo, desocupado lector-espectador, es la misma que estás leyendo, la cual se titulará así —te dejamos que lo digas con nosotros—:

—*¡Hacen falta cuatro siglos para entender a Cervantes!*
—coreamos contigo.

—Bueno, vámonos —dice pinillo.

El Poli se dispone a bajar andando por las escaleras, pues casi no cabe en el ascensor, en el que entran pinillo y Beatriz.

—¡Ah!, casi se me olvida —dice pinillo, tendiéndome un pequeño teléfono móvil—. Verás que aquí hay grabada una escena que filmé en el despacho del director de la prisión. ¿Podrías hacerla llegar a los medios de comunicación?

Cojo el telefonillo y lo guardo en el bolsillo.

—Adiós —digo con pena al verlos partir—. Que os vaya muy bien en vuestra huida, y ojalá no os atrapen nunca.

—Ya nos veréis —dicen.

La pantalla queda en negro y llega el

FIN